

MAGOSTO.



R. 14.

MAGOSTO



COLECCION DE TRADICIONES

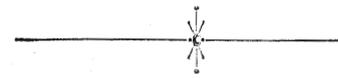
NOVELAS

y

CONFERENCIAS ASTURIANAS ORIGINALES

POR

EVA CANEL.



HABANA.

Imprenta y Papelería "La Universal," de Ruiz y Hno.,

PROVEEDORES DE LA REAL CASA.

Calle de San Ignacio núm. 15.

1894.

1

R. M. F. R.

SOLERA



18-3-15

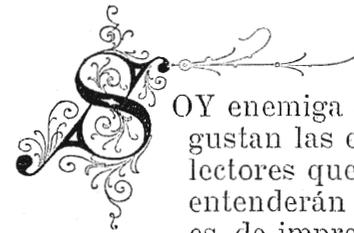
Dedicatoria.

A ti.....

Que como nadie mereces la dedicatoria de este volumen, formado para que en ratos de ocio recuerdes tu tierra y á

La Autora.

Entrada.



SOY enemiga de los prólogos: pero me gustan las explicaciones, y como los lectores que no sean asturianos no entenderán el título de este volumen, es de imprescindible necesidad que yo diga lo que quiere decir «Magosto» y por qué he puesto á mi libro un nombre que no está á la inmediata comprensión de todo el mundo.

Llámase Magosto en mi tierra á la fogata que se hace en el campo para asar castañas; y el acto de hacer un magosto reviste carácter de jovialidad y de alegría *sidrera*.

Hacer un magosto no es una merienda; es llevar las castañas y la sidra ó la leche para remojarlas; buscar hojarasca seca; amontonar bastante; acarrear cada cual la que puede y cuanta más mejor, y vaciar en medio el saco de castañas.

Después de formar el montón de combustible se le prende fuego; las castañas comienzan á reventar saltando y algunas veces hiriendo á los

que están cerca; por lo cual con un largo palo, para no acercarse mucho, se revuelve el fuego evitando que se apague y se juntan las ramas para que no se pierda el calor ni se esparzan los residuos humeantes.

Cuando se apagan las llamas queda el montón de rescoldo y castañas todo revuelto: acaban estas de *tomar punto* y después de probar si están asadas como deben estarlo, se apartan, siempre con los palos, porque las muy indinas continúan estallando, habiéndose dado el caso de reventar algunas en la boca, haciendo un flaco servicio á los que pensaban regodearse alegremente.

En varias regiones de Asturias no se dice *magosto*; se dice *maquesto* y *amaquesto* pero aun siendo más asturianas estas terminaciones, he preferido escribir *magosto* porque así decimos en la región donde yo he nacido.

Siendo este libro formado de retazos, inéditos los unos y publicados los otros, me ha parecido al reunirlos que juntaba los jaramagos para hacer un *magosto* pero como *magosto* sin castañas no hay posibilidad de hacerlo por eso enjareto estas cuartillas que podrán *amagostarse* en la introducción, á ver si consigo hacer olvidar que las castañas, son los trabajillos que siguen á este.

Sobre todo, lectores, soportadme con paciencia y no digais en ningún tiempo que os he dado *la castaña*.

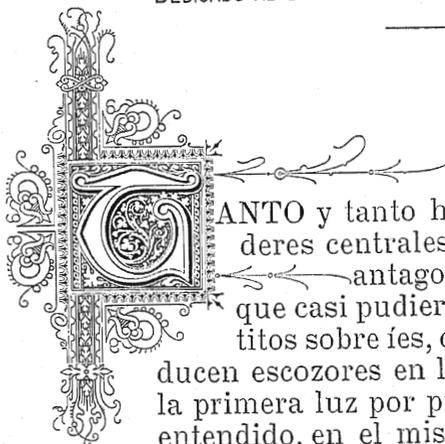
Decid mejor que las habeis mascado á conciencia. Esto es más soportable para vosotros y menos vergonzoso para vuestra siempre agradecida.

EVA.



LAS REGIONES.

DEDICADO AL CENTRO ASTURIANO DE LA HABANA.



QANTO y tanto han declamado los poderes centrales contra lo que llaman antagonismo de las regiones, que casi pudiera yo temer colgar puntitos sobre íes, que cuando menos producen escozores en los que habiendo visto la primera luz por privilegio, según tienen entendido, en el mismísimo corazón político de la patria, miran de soslayo ó por encimita del hombro á todo el que no vocifera que *de Madrid al cielo* y aun allá en las alturas piden un ventanillo para contemplar á la famosísima villa del madroño.

No debe ser sospechoso de parcialidad quien, como yo se asimila pronto y sin esfuerzo á todas las costumbres y á todos los países: y así como

no encuentro desposeída de gracias á la mujer que más fama de fea goce, así en todos los pueblos halló algo de bueno, mucho de pasable y no poco que disculpar, si por acaso de disculpas se necesitase.

Quiero decir que ni me ciega la pasión ni pierdo el conocimiento.

Bien está, no lo niego, que los hijos de la madre común, á la madre común atiendan lo primero; pero no tanto, tanto, que por ella quede al olvido relegada aquella madrecita cariñosa y tierna que cuando niños arrulló nuestro sueño, que acarició amorosa nuestras mejillas y que dió á nuestra sangre el vigor preciso para luchar á brazo partido con los rudos mandobles que sin piedad el mundo nos descarga.

Si la madre común es la patria, la madrecita cariñosa es la región. La primera forma tronco robusto y fuerte, á cuya conservación contribuimos todos: la segunda es rama, sostenida por los esfuerzos constantes de algunos buenos hijos, que ni la olvidarán jamás ni dejan de quererla.

Por mucho que los estadistas declamen; por más que los cancilleres de mayor ó menor potencia aprieten los resortes políticos para unir razas y sumar hombres, agrupándolos en el pozo airón de las capitales populosas, la naturaleza se impone con las ineludibles leyes del amor que nos inspira el terruño.

Observemos si no, á los hombres que rigen los destinos de nuestra patria. Mientras legislan con arreglo á leyes unitarias en lo que á España concierne, pretenden con parcialidad manifiesta dejar abierto el portillo por donde pueda entrar el beneficio que para su prosperidad y adelanto necesita la región en donde han nacido.

Pues si esto pasa y ocurre en las esferas en donde la igualdad debiera ser medida inalterable para todas las ramas del mismo tronco, ¿qué mucho que lejos de la tierra querida seamos, hasta cierto punto, regionalistas, los que al ver en cada español un individuo de la propia familia, vemos en cada comprovinciano un hermano del alma?

No soy intransigente ni soy exclusivista. Hay en mi sangre torrentes de fraternidad universal, y en mi cerebro fermentan más y más cada día las consoladoras doctrinas de ese código del porvenir que se llama cosmopolitismo, comenzado á trazar en la cúspide eterna del Calvario y difundido, gracias á la constante labor de la naturaleza; verbo de las revoluciones operadas por la ciencia, en la humanidad y en sus costumbres.

Y sin embargo, y á pesar de esto, soy, como pocas criaturas, regionalista inconsciente.

El recuerdo de mi aldea; el acento de un dialecto que á mí me parece superior á todos los idiomas, porque al alma me hablan así sus incorrecciones como sus bellezas; el sonido de una campana rajada que trae á mis oídos el eco perdido de la primera que me llamó al *angelus*, son motivos suficientes para que se me nublen los ojos, se me caigan los párpados y el jugo de un corazón, generador eterno de amargo líquido, pugne por abrirse paso hasta rodar silencioso sobre las enrojecidas mejillas.

Estos recuerdos, estas impresiones, estas luchas del sentimiento, se atropellaron á mi espíritu la otra noche al poner el pié en la suntuosa morada del «Centro Asturiano.»—Esta es su casa, me dijo el bondadoso vicepresidente Don

Saturnino Martínez, presidente accidental á la sazón.—Y con efecto, me parecía llegar á la casa solariega de mis mayores, después de haber peregrinado, en lucha constante con las adversidades.—¡Asturianos! ¡asturianos, todos!—me decía.—¿Ves aquel joven alegre y decidor que revolotea del uno al otro extremo del salón? Pues ese piensa como tú, y como tú recuerda los prados, las vegas, las montañas y los ríos, en cuyas poéticas orillas le aguarda una sencilla y amorosa madre.

¿Ves aquel niño arrancado, por imperioso mandato del egoísmo y del afán de oro, al maternal regazo y á la escuela incompleta de su pueblo? Pues ahí germina un hombre del porvenir, ahí se elabora un ciudadano que sacudirá el yugo de la ignorancia, y aunque pasen años y más años, aunque forme familia y cree afecciones, jamás olvidará su tierra, la tierra querida que con justicia lleva, unida á sus hermanas las provincias gallegas, el pintoresco y propio nombre de la Suiza española.

Esto y mucho más me hablaba el corazón, en aquella noche de feliz memoria.

Si nuestras madres, si los seres queridos que allá con impaciencia nos aguardan hubiesen podido ver la dicha que nos embargaba, yo estoy segura que al dolor dieran tregua por algunas horas, como á los afanes y á las luchas de la vida lo estábamos nosotros dando en aquellos momentos.

De mí sé decir que fué un paréntesis dulcísimo.

¡Pero tan corto!.....



EL ESFOYON.

A MI BELLA PAISANA DOÑA CONCEPCION HERES DE VALLE.



QUE revoltijo de mozos y de mozas había aquella noche en casa del tío Pacho!

Era la primera de *esfoyon*: se procedía á deshojar el maíz para enristrarlo luego, y curarlo después y comerlo más tarde contando con que el amarillo y humildísimo grano es allí el alimento principal de personas y de animales.

El tío Pacho era rico; rico porque le sobraba lo que en Asturias falta á los labradores pobres: maíz, patatas y judías. El que no necesita comprar estas cosas en todo el año es tenido por un potentado en las aldeas.

Las mozas y los *rapaces* estaban siempre propicios para *esfoyar* en casa de Pachón. Había allí buena luz, dos candiles de petróleo que ahu-

maban al *espíritu santo* con todo y ser quien era: —castañas gallegas, sabrosas y bien cocidas que se repartían á tres *conçadas* por barba cuando menos, y, para remate (pues en algo había de conocerse el aldeano pudiente) algún que otro *vasín* de sidra dulce ó de vino blanco de Castilla. Además, el tío Pacho era viudo verde con una hija casadera, pues otras con que Dios y la difunta le habían favorecido ya estaban bien casadas hacía mucho tiempo.

Veinte carros de maíz, lo menos, amontonaba en la sala el tío Pacho: en la *panera* no cabía ni una mazorca más y había también maíz en otro cuarto, y en otro, y en el otro.... ¡Vaya! que la voluntad del Señor estaba conocida por aquel año. No había miserias y buena falta hacía sacudirlas porque las cosechas anteriores habían sido muy malas: de remate.

¡Y qué no andaba diligente de un lado para otro Pachina, la dueña de la casa! Recomendaba á la criada que atizase con buenos troncos el fuego de la cocina y arreaba al criado para que sacase de la *corripa*, ó montón de herizos puestos á secar en la era, las castañas suficientes para esa noche.

Alimentó Pachina los candiles y escarbando escarbando la pared maestra, dejó los antiguos trebejos balanceándose en alto y despidiendo el humo pestilente que produce el aceite mineral, al consumirse libre del tubo que recoge la llama. La iluminación al decir de los concurrentes, no dejaba qué desear.

Ya se iba llenando la sala que era mal techada, con las vigas al descubierto, renegridas como las paredes y suelo de tablas carcomidas por las caricias de zuecos y madreñas. Tales ren-

dijas había en el pavimento que desde arriba observaba Pacha muchas veces, las demasías que su padre y el tagarote del criado gastaban cuando se les antojaba pasar la mano ya por el lomo de las vacas ya por las caderas de la criada. Pachina que había visto no pocos atrevimientos de amo y de criado, dirigía á éste desde la sala una retahila de insolencias, conformándose, en cambio, cuando de su padre se trataba, con toser de una manera significativa para que el tío Pacho supiese que su hija no se dormía en las pajas.

El barullo era de los buenos y el *esfoyón* prometía ser de los que hacen época en los anales de una aldea.

La faena comenzaba airosamente por parte de ellas que apostaban á cuál haría caer primero al *rapaz* que, sentado sobre el montón de mazorcas tenía en frente. El tío Pacho animaba á todos picándoles el amor propio y *poniendo* una *concada* de castañas contra un *pellizcón* muy retorcido, por ésta ó por la otra moza *esfoyadora*. Con semejante pugilato salía el amo ganando: si continuaban con aquel *agayo* harían desaparecer el montón en una noche!

Manteniase vulgar y corriente la conversación: se hablaba de los bueyes de fulano que engordaban bien *¡par Dios!* y que ya estaban echando á andar para Castilla; se discutía algo sobre los chanchullos de don Mengano gracias á los cuales tenía *don* y cuartos; y se murmuraba de dos mozas que andaban muy recogidas asegurando que ya las había llamado el señor cura para interrogarlas acerca de cierta hidropesía á plazo fijo y averiguar quienes fueran los causantes de las enfermedades achacando todas las cul-

pas á los novios respectivos; pero en esto apareció uno de los aludidos que juró y perjuró diciendo que *muerto lo enterrasen* si había tenido arte ni parte en el desaguizado de su novia, y afirmando que ya la muchacha *estaba dejada* por cuanto él no quería cargar con crímenes que no había cometido.

Pachina entraba y salía llamando murmuradores á unos, desvergonzados á otros y, por fin, llamó *pillo* al que negaba ser causante de una de las consabidas gorduras.

A la hija del tío Pacho la querían bien todos los vecinos. Era una rapaza blanca, rubia y colorada que daba gloria verla. Formal desde muy pequeña y huérfana de madre, hacía muchos años, era ella el ama de casa y el ídolo de su padre que la quería más que á las niñas de sus ojos. Y sin embargo de aquel cariño, no había consentido el tío Pacho que su Pachina se casase con el mozo elegido por el corazón de ésta mucho tiempo antes.

Tratábase de un pobre aseñoritado y ¿para qué demonios quería Pacho semejante yerno?

Un hombre que se desayuna con chocolate y no *lleva* fanegas de renta es la ruina en casa de un labrador acomodado.—Nada, nada; darle con la puerta en los hocicos; y si mi hija no lo despacha yo lo despacharé; que en cuanto á dote y á casar bien á sus hijas no se casa con nadie Pacho de la Ribeira!

Murmuraban las gentes que con esta oposición sufriría mucho Pachina y la verdad era que difícilmente se la había visto reír desde que se había iniciado el contratiempo. Suspiraba, comía poco y se confesaba tan á menudo que de no haber sido un viejo su confesor creyéranse

los mal pensados que las confesiones tenían *intrínsecas* de rejillas adentro.

El mozo desairado no pudo continuar en el pueblo. Su madre era pobre viuda de un escribano, tenía tres hijas y aquel hijo á medio estudiar la carrera de notario; y como las rentas eran escasísimas y las muchachas, si habían de casarse, necesitaban dote, vió el cielo abierto con que Pachina prefiriese á su hijo entre muchos pretendientes. El día que Pedrín le dijo llorando que no lo quería para yerno el padre de su novia, vinieron por el suelo tantos castillos hechos en el aire por la pobre mujer, y sus ilusiones volaron esparcidas por un mundo negro, muy negro, inundado de lágrimas.

El desventurado Pedrín sufría horribilmente, y pasadas las consecuencias de aquella crisis violenta que le había hecho llorar como si no fuese un hombre, habló á su madre de marchar á la Habana: quería probar fortuna. Si ésta le soplabá haría la felicidad de sus hermanas dotándolas dignamente, y satisfaría él aquella única aspiración de su vida—casarse con Pachina,—para lo cual necesitaba, por lo menos, dos mil duros que el tío Pacho exigía de dote al que aspirase á marido de la mayorazga de la Ribeira.

¡Cuántos afanes, cuántos empeños, cuántos pasos de acá para allá costó á la pobre viuda del escribano lo que necesitaba para habilitar el viaje de su hijo! Encontró, por fin, el dinero necesario, pagando un interés de siete por ciento, hipotecando la casa en que vivían pero sin que Pedrín supiese este último sacrificio.

La despedida furtiva de los novios fué trisísima. Pachina juró que no lo olvidaría nunca; pero no pudo prometer que lo aguardaría: si su

padre se empeñaba en casarla con otro era forzoso obedecer.

Salió Pedrín de la aldea un jueves, día de mercado en la villa próxima. Le acompañaban su madre; le acompañaban sus hermanas..... Pero Pachina..... ¡Pachina quedaba en casa!... quizás llorando, quizás contenta porque desaparecía el hombre terco que ni á sol ni á sombra la dejaba con sus miradas!.....

Pedro no podía creer esto y, sin embargo, lo pensaba.

Pasó por delante de la casa del tío Pacho. Esperaba que ella lo espíase asomada á la ventana para dirigirle la última mirada..... Ladró un mastín dentro del corral y, como si el ladrido fuese convenida señal, apareció detrás de las vidrieras el rostro compungido y lloroso de Pachina. Pedrín sonrió mirándola. ¡Qué egoísta es el amor! Las lágrimas de la mujer amada mitigaban las penas del enamorado. ¡Lo sentía, lloraba y sufría Pachina con su ausencia!..... luego, podía marchar tranquilo.

Se abrió la ventana y Pacha, enjugándose los ojos, inclinó el busto hacia afuera:—Toma—dijo—y soltó un paquetito. Era un mechón de su dorado cabello, una hoja de malva-rosa, un pañuelo toscamente bordado por sus manos y un escapulario de la Virgen del Carmen. Pedro recogió el paquete en su sombrero:—¡Adiós!—dijo, y continuó el camino, pero volviendo á cada paso la vista, nublada por las lágrimas, hácia la ventana. ¡Pachina ya no estaba allí; ya no la veía! El camino hacía una curva y la ventana desapareció. Antes de llegar á la villa el viajero miró muchas veces á la aldea; siempre que podía divisar la casa del tío Pacho, rodeada de arboleda que la

sombreaba completamente. ¡Con qué avidéz hubiesen penetrado sus pupilas entre las ramas de aquellas copudas higueras que le ocultaban el bien querido y adorado!

Pasaron cuatro años; cuatro años durante los cuales enviaba Pedro á su madre cuanto ganaba y cuanto tenía. Era tabaquero: había aprendido este oficio porque le reportaba mayor y más rápidas ganancias que el comercio, y con dos años más tendría la pequeña *fortuna* que necesitaba. ¡Porque su madre conservaría cuanto él le iba mandando! ¡Claro que lo conservaría!

Escribía á Pachina por medio de su madre, directamente era imposible; lo hubiese sabido el tío Pacho. En las aldeas no puede haber nada oculto. La correspondencia anda de casa en casa en la mano del chico que la reparte y todo el mundo se entera de quien la recibe.

Pero la madre de Pedro se hacía á su vez, egoísta como el tío Pacho. Su hijo ganaba dinero y su hijo era mayorazgo. A la vuelta de pocos años podía casarse con una mujer más rica que Pachina y no necesitaba meterse en casa de ningún aldeano: tenía la suya; y que su Pedrín no había nacido para destripar terrones. Las cartas del ausente dejaron, al año, de ser leídas por la novia; las hermanas le decían que estaba bueno, que mandaba memorias nada.

Pacha no podía creer que la hubiese olvidado pero las señas eran mortales. Treinta y seis meses de silencio suponían muchos días de espera y muchas noches de insomnio.

El tío Pacho habló á su hija de una proporción. Se trataba de un buen chico, trabajador, guapo y con treinta mil reales de dote.

La moza plegó los labios y encogió los hom-

bros, lo mismo le daba: estaba bien; el que quisiese su padre. Pero el matrimonio no cuajó por entonces: no se arreglaron los padres en el ajuste definitivo y dos pícaras onzas de oro fueron las causantes de aquel rompimiento.

Pedro lo supo y perdió toda esperanza. Si no había sido con aquél sería con otro. Su madre le aseguraba que Pacha lo había olvidado. Ya la salud de Pedrín que jamás había sido excelente comenzó á darle disgustos. Trabajaba poco: la mitad del tiempo lo pasaba en la Casa de Salud y un año de enfermedad y de trabajar apenas lo condujo á la miseria y al desconsuelo.

Recurrió á la generosidad de sus paisanos y consiguió recursos para llegar á su casa. Estaba herido de muerte: estaba tísico y quería morir allí, allí donde había nacido, donde estaba su madre, donde podía ver á Pachina, á la cual no podía olvidar un momento siquiera.

¡Qué viaje hizo el pobre tísico, qué viaje! Creyó morir sin llegar á sus montañas queridas, sin ver el mar Cantábrico, tan azul y tan movido, y sin aspirar el perfume de aquellos prados llenos del oxígeno que necesitaban sus pulmones.

Pero llegó; llegó á los brazos de su madre. Pachina no lo esperaba: precisamente en aquellos días andaban otra vez de *vistas* y de *ajuste* para casarla.

La noche del *esfoyón* hacía ocho días justos que había llegado Pedro. Decían en el pueblo que se moriría: estaba en la cama. El tío Pacho había ido á verle: lo cortés no quitaba á lo valiente. Si el muchacho llevaba dinero y no estaba tan malo, como decían..... quien sabía si le duraba aquel fuerte querer; lo que es de

su hija él respondía. A poco que se soplasen las cenizas echaba chispas y quemaba: era testaruda y no daba su brazo á torcer; si le buscaba novio, bien: si no se lo buscaba, mejor. Para ella todo era igual desde que Pedrín había marchado.

Pacho vió al chico y no podía engañarse: era un cadáver. Además confesó Pedro su situación; dijo que había vuelto al pueblo por la caridad de sus paisanos lo cual probaba que no tenía dos reales, y el tío Pacho se despidió mascullando cuatro palabras de consuelo para la madre y echando un puñado de tierra sobre los amores y sobre la vida del muchacho. Este no había preguntado por Pachina, pero al despedirse vió Pacho que se le saltaban dos lagrimones.

.....
 ¡Qué alborotados estaban ya los *esfoyadores* del tío Pacho! La mucha gente y el humo de los candiles sofocaban á las mozas y los mozos se animaban con los cuentos de oreja, el tacto de codos, los pellizcos suaves y los espaldazos bestiales que se pegaban unos á los otros provocando una tempestad de risotadas.

Pero cuando la cosa no tenía fin era cuando rodaba un mozo por que le minaban el terreno de mazorcas. Pachina pretendía poner paz y sujetar á los revoltosos ayudada por el pretendiente á ser su marido, que ya se tomaba confianzas de mando porque estaba la cosa muy adelantada; pero como era el tío Pacho hombre de pocas penas, y á *rebumbio* de mozos ganancia de viejos verdes estaba el padre muy contento con que empujasen á esta y á la otra con tal de que fuesen á caer sobre su personaza de sesenta y pico.

Iba el montón desapareciendo cuando comenzó furtivamente la pedrea de mazorcas. Una

moza descarada y *galluspera* como una liebre, fué la que rompió el fuego con un mazorcazo en el hombro de aquel que más le gustaba. La ruptura de hostilidades ya era esperada por cuanto no se hicieron de rogar el tiroteo, los gritos y los chillidos, acompañados de ¡bruto! ¡borrico! ¡animal! ¡rocín! y otras lindezas con que aderezaban todos la devolución de proyectiles.

Dos mozos se guiñaron el ojo y ni dos segundos tardaron en apagar los candiles que cayeron á impulso de sendos mazorcazos bien dirigidos. A la oscuridad siguió un ¡Ooooh! cuya prolongación duró muchísimo porque se repitieron los chillidos, y los gritos y el alboroto seguidos del ¡estáte quieto! ¿quién me coje? ¿quién me ha pellizcado? ¿quién me muerde? ¡ay, mi cabeza! ¡ay, mi.....!

Aquello hubiera sido el fin del mundo, ó el principio, si bien se considera, á no haber entrado Pachina con otro candil encendido diciéndolo á gritos:—*¡Callaivos*, que están tocando á muerto!

El silencio fué instantáneo y profundo. Los mozos se pusieron de pié buscando los sombreros que habían perdido en la refriega; las mozas, una ponía derecho el pañuelo del cuello que se le había ladeado en el teje maneje de repartir bofetadas, la otra estiraba las faldas que se encojieran en fuerza de sacudir patadas al vecino; pero ni el zumbido de un mosquito habría pasado inadvertido.

—¿Quién ha muerto?

—¿Han sacramentado á *dalguno* en estos días? ¿quién estaba enfermo?

Pacha se había quedado inmóvil con el candil en la mano derecha, mientras que con la iz-

quierda cogía el delantal y lo enrollaba entre los dedos índice y pulgar. Estaba pálida, temblorosa y no acertaba á decir palabra.

—¡Ah! dijo por fin una muchacha, debe ser el americano.

Pachina hizo un esfuerzo para no caerse, lo presentía, pero anhelaba engañar á su corazón.

—¡Quiá! repuso otra, si no se ha confesado todavía.

La joven respiró.

—Si no ha querido confesarse cuando fué el señor cura, añadió un tercero.

El rayo de esperanza se desvaneció para la enamorada hija del tío Pacho.

—Vamos á salir de dudas,—dijo éste y abrió la ventana, esperando que las campanas terminasen el repique fúnebre que hacían en aquel momento, para continuar con el pavoroso ¡tin, tan! acompasado y espeluznante, de noche y en las aldeas sobre todo.

En un momento de silencio hizo Pacho con sus manos bocina y dando á la pregunta toda la fuerza que sus resistentes pulmones podían darle, gritó sacando el cuerpo hácia fuera: ¿Quién murió?

El aire era contrario, y hasta tres repiques le fué preciso aguardar para que le dejaran vez las campanas y repetir la pregunta.

Por fin; clara, inteligible y sonora se oyó la contestación penetrando en la casa á impulsos del viento norte que la conducía. La voz del sacristán fué para Pachina una puñalada cruel que la hizo caer de bruces sobre un montón de mazorcas deshojadas.

—¡El americano!





LAS MUJERES DE MI TIERRA

LEIDO EN UNA VELADA DEL CENTRO ASTURIANO Y DEDICADO
A LOS MUCHACHOS DE ESTA SOCIEDAD.

HABLAR de la mujer en general, es hablar *de la mar* como dice un modismo nacido y aclimatado en los madriles.

Desde que Michelet y Severo Catalina se metieron con nosotras en el más noble y alto sentido de la frase, todos los que rompen el cascarón literario, pertenezcan al sexo que pertenecieren, considéranse con derecho á echar su cuarto á espadas, escribiendo artículos cuyo epígrafe invariable es «La educación de la mujer.»

Los unos quieren que remendemos los defectos del hogar como ocupación única, y los otros que seamos sabias de universidad, lo cual no quiere decir que poseamos sabiduría práctica ni aprovechable.

Si yo me *arrancase* ahora con un sermoncito sobre la educación de la mujer, tendríais derecho ¿qué digo derecho? obligación de mandarme callar; porque sabiendo ó no sabiendo todos vosotros como deben ser las mujeres en general, sabeis seguramente como quereis que sea la que para vosotros elijais ó hayais elegido.

Hablaros pues, de la ignorante ó de la instruida; decantar las excelencias de la una sobre la otra y pretender que en estas íntimas cuestiones se pongan dos hombres de acuerdo, sería tanto como querer aprisionar ese mundo impenetrable que se llama condición humana, en la demarcación muy limitada de mis estudios psicológicos.

No hablaré, pues, de las mujeres que por su nacimiento, ó por haber visto la luz en ciudades y villas, donde la instrucción sale al paso de todo el que la busca, pueden figurar, siquiera no sea mas, que en el montón de las que tienen barniz y toques de sociabilidad. No buscaré tampoco mis modelos en las mujeres de las clases elevadas de mi tierra, porque los caracteres de éstas no guardan uniformidad; viven como viven las privilegiadas de todas partes y están sujetas no á la costumbre, ni á la tradición, ni á la rutina, sino á los caprichos de la moda, á las exigencias de la época y á la instrucción rudimentaria de los colegios de nombradía.

No negaré que está encarnado en las costumbres y que pasa de madres á hijas en las mujeres asturianas, algo de lo mucho, excepcional y grande que tenían las nobles señoras del principado; pero esto como otras cosas, como todo lo secular, poco apreciado en el final de este

siglo, va cayendo á impulsos de modernismos inoportunos y digo inoportunos porque á veces se revuelven airados contra los mismos que los han implantado.

Mas dejemos á las damas de Asturias y de todas partes y vengamos á las mujeres de mi tierra.

Existe una creencia errónea en la mayoría de las personas que por bien educadas se tienen: la de suponer que una mujer inculta y falta de instrucción, carece de lo que yo llamo elegancias morales y delicadezas del espíritu. Los que así piensan no han nacido ni vivido entre las aldeanas de Asturias.

Pocas, poquísimas mujeres en el mundo, poseen inteligencia más viva, ni más fina penetración, ni razón más asentada, ni más sano discurso. Yo que las quería, cuando á la edad de *doce* años me decían á Dios, llorando apenadas por las desgracias de mi familia, las admiré *ca-torçe* después al estudiarlas y comprenderlas y compararlas con las mujeres de otros pueblos y de otras razas.

La manera de ser, y de vivir y de pensar de aquellas mujeres, no guarda regla comparativa con ninguna otra y entiéndase que cuando en la regla general hay escepciones no deben éstas alterar las armonías del conjunto. Así, por ejemplo, las aldeanas de mi tierra son guardadoras fieles de la honra conyugal y compañeras abnegadas del marido en todos los momentos de la vida; viéndose más de un caso en que una joven casquivana, revoltosa y hasta de equívoca conducta cuando soltera, resulta una casada excelente y una madre llena de virtudes.

La mujer de las aldeas, en Asturias, posee

el instinto de lo noble y de lo digno; y si me apuráis un poco, diré que practica los refinamientos de la educación moral sin otro espolique para practicarlos, que la vivacidad de su inteligencia y las indicaciones honradísimas de su naturaleza.

Es muy corriente oír á las aldeanas censurar con alto sentido las acciones de tal ó cual señora; rechazar con asombrosa intuición de lo que llamamos deberes sociales, todo lo que reviste carácter de grosería ó de mala crianza y aún añadir con la dignidad de las más encopetadas *fijas dalgo*:

—Yo no haría eso aunque me matasen y eso que no soy señora de principios.

La mujer de mi tierra, que por el hecho de ayudar al hombre en las faenas agrícolas, es tenida en el resto de España, como si fuese esclava ó mula de reata, es la que goza en nuestra patria de mayores derechos, merecidos por su inteligencia y concedidos por el hombre que le consulta desde la compra de un par de bueyes hasta si ha de ser Buenos-Aires ó la Habana el punto á donde se deben encaminar los muchachos. Pocas, poquísimas veces dejan de resolver de común acuerdo y sí por acaso el marido, hombre al fin, impone su voluntad inquebrantable, suele oírsele decir después, con acento de pesadumbre ¡quién hubiese hecho caso *de la mujer!*

El dominio de la aldeana de Asturias en el hogar, llega al extremo de que corta de la hogaza el pan que comen todos los miembros de la familia. Y en la región donde yo he nacido revisite carácter de grandísimo respeto la función importante de mojar la sopa que cada individuo hace en su propia taza.

Se casa una muchacha celebrando la boda en casa de sus padres: por la tarde va con todo su acompañamiento para la de su marido y al día siguiente cuando se han quedado en familia, cuando comienza la vida del nuevo matrimonio, que ha de procrear y desarrollarse al calor del matrimonio viejo, la suegra presenta á la nuera la cacilla ó para decirlo más propiamente la *garfiella*, símbolo allí de dirección doméstica. Si la nuera quiere ser sumisa y obediente á la madre de su marido, no admite el artefacto culinario y continúa el ama vieja ejerciendo su autoridad hasta la hora de la muerte.

La mujer de nuestras aldeas lleva el alza y baja del trigo que se necesita para pagar la renta y sembrar de nuevo; vende el que sobra para satisfacer necesidades de contribuciones y vestimenta; espera si ha de vender ó comprar el estado oportuno del mercado; echa cuentas de memoria con precisión matemática, sin consultar con nadie ni saber diferenciar un 2 de un 4; nivela los presupuestos de la casa mejor que nuestros ministros de Hacienda y cuando la cosecha es mala ó las calamidades muchas y no alcanza el maíz para las hornadas del año, procura evitar á su marido el trabajo de buscarlo fiado, ya que cuanto hay en la casa está bajo su absoluta voluntad y custodia. ¿Se figurará por lo menos el que no conozca esta manera patriarcal de vivir, que aquellas mujeres reducen al hombre al estado de sirviente bien mandado? pues tan lejos de eso; el respeto, el cariño, la consideración y las mayores atenciones, son para el marido. Si él ordena una cosa se hace y en lo tocante al ganado y á las faenas del campo, la mujer no dice palabra á no ser que se la consulte.

Un dato que da la medida de cuantas consideraciones guardan aquellas esposas á sus maridos: antes faltaría el sol para dar vida á sus cuerpos que faltasen los cigarros que cada uno fuma diariamente.

.....
En el concejo de Coaña hay un puertecito de mar llamado Ortiguera, nombre debido quizás á los montones de ortigas que bordan sus tortuosos callejones.

Las mujeres de este pueblo medio marino y medio aldeano, aunque ellas no quieren que sea lo segundo, son tan excepcionales, tan extraordinarias y virtuosas, en la acepción lata é inacabable que la palabra virtud lleva aparejada; que no conceptúo superiores á estas á ninguna de las mujeres del orbe.

Todas son hijas, hermanas y esposas de marineros. Ni se casan con hombre que no sea de su pueblo, ni consentirían de grado que allí hiciese nido una mujer extraña, á no ser que resultase tan perfecta casada como resultan ellas. Los maridos de estas mujeres navegan en la costa Cantábrica; mandan, muchos de ellos, barquitos de cabotaje, y tanto la esposa del capitán como la del último de los marineros, viven pendientes de los vientos, de los temporales, del huerto donde siembran patatas y legumbres para todo el año y del camino por donde llega el empleado del telégrafo de Navía que les lleva los partes anunciándoles arribadas felices. Aquellas mujeres lloran á coro cuando una sufre; rien á gritos cuando en una familia hay fausto acontecimiento; van á todas las bodas y á todos los bautizos y no puede celebrarse matrimonio sin que la dispensa de parentesco preceda á las amo-

nestaciones; todos son parientes y todos individuos de la propia familia.

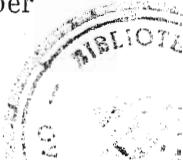
Comienzan los noviazgos cuando apenas tienen 15 años y después matricúlanse los muchachos para ayudar á los viejos, en las rudas faenas de la pesca: ingresan en la Armada cuando los llaman para servir al rey y los esperan ellas tranquilamente sin dudar de la fé jurada, ni ensuciarles el pensamiento la menor idea de impureza. Una vez cumplido el servicio militar, que ninguno escusa, vuelven á Ortiguera y comienzan ó continúan la navegación de cabotaje, hasta que reunen para construir su casita y cercar huerto: después se casan y viven felices criando hijos que vienen á continuar la tradición inalterable de aquel pueblo.

Las mujeres de Ortiguera son religiosas en extremo y devotas fanáticas de la Virgen de la Caridad; imágen que tiene su capilla edificada en una altiplanicie dominando el mar y la poética ría de Navía, y que es de lo más bello que puede verse dentro de lo escarpado y de lo agreste.

Allí rezan por los navegantes: allí depositan sus votos: y allí pasan el día cuando calculan que puede cruzar el barco de su marido.

El esposo entrega á la mujer las ganancias del viaje y la mujer ahorra, guarda y escatima, para que el marido no navegue en los tres meses crudos del invierno: es la verdadera hormiga; una hormiga racional y perfecta que no acertarían á clasificar los naturalistas más esclarecidos.

¿Y sabéis lo que estas mujeres piden á los hombres á cambio de la vida que les consagran? pues solamente la papeleta que atestigüe haber ellos cumplido con el precepto de la iglesia.



Desconociendo que son hombres y juzgándolos por ellas mismas, no creen capaces á sus maridos, de faltar á la fidelidad conyugal, y si, por desgracia, de ello se convenciesen, ó se morirían de pesar ó no saldrían á la calle suponiéndose deshonradas.

Un deslíz en una mujer no lo comprende nadie en Ortiguera y que un hombre pueda cometer una villanía con cualquiera de ellas se comprenden menos aún: mucho menos.

¿No es verdad que casi reniega uno de la civilización, cuando se conocen pueblos *atrasados* que practican estas virtudes?

.....
Para terminar, voy á presentaros á la mujer de mi tierra, bajo la faz política.

No lee periódicos, es verdad. No sabe que cosa puede ser libertad ó conservaduría, porque para ella todos los políticos son iguales; pero sabe que don fulano ha prometido *al su home* rebajarle la contribución de consumos y la territorial á cambio del voto: tampoco ignora que la obediencia les manda votar al candidato, amigo del amo á quien pagan la renta.

Pues á pesar de saber, que no saben ni entienden nada, toman activa parte en las elecciones: y si el *pacificador* de Marruecos lanzase proyectiles de plomo con sus cañones, como los lanzan ellas con frases ingeniosas y satíricas, no temblaríamos de rabia y de coraje los españoles pensando que nuestros valientes soldados tascan el freno de la disciplina encerrados en la estrecha plaza de Melilla.

Recuerdo que hace muy pocos años ayudaron las mujeres de mi concejo á romper el yugo conque un cacique lo sujetaba tiránicamente;

era para los vecinos un azote y se propusieron que pagasen caras las tropelías, aquellos que iban amañando las votaciones; y unas mujeres tan pacíficas, tan sufridas, tan buenas esposas, despues de bautizar á cada cual con motes gráficos, ingeniosos y llenos de propiedad, persiguieron y acosaron á un adversario hasta que el perseguido se refugió en un horno por miedo á las pedradas y á los puñetazos.

Algunas de las intrépidas de ocasión proponían *roxar* el horno para obligar á salir al fugitivo.

¿Tienen estas criaturas á las cuales se llama incultas, conciencia fija y determinada de sus deberes?

Estoy segura que todos pronunciais un sí desde lo más hondo de vuestros corazones.

Podía haber hecho más acabada pintura de la campesina de Asturias, pero las dimensiones de este trabajo hubiesen sido mortificantes para el auditorio. Solo he procurado dar á conocer el tipo moral de la mujer de nuestras aldeas, á los que habiendo venido niños á esta tierra conservan confusa la idea de su pueblo y refrescar al propio tiempo á todos la memoria, para que recuerden las grandísimas virtudes de aquellas santas mujeres que les dieron el ser.

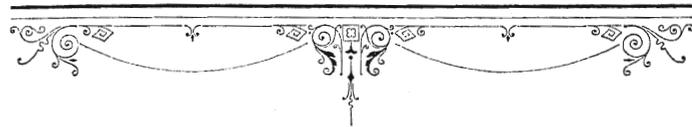
Sin ellas, sin la educación moral en que crían á sus hijos, sin las máximas que les inculcan, América no tendría ese extraordinario contingente de astures que la engrandecen. Sin ellas que saben arraigar el amor á la tierra nativa en los hombres que nacen de sus entrañas, faltaría á estas provincias españolas el mas marcado sello de patriotismo, que consiste, en conservar el apego á las tradiciones de la región. Y así como

las madres de los hombres célebres juegan en la vida y en la historia un papel tan importantísimo como merecido, así deben tener un puesto refulgente entre nuestras alabanzas, las que con el solo *don* de su inteligencia y de sus virtudes forman el corazón de niños que al emigrar y convertirse en hombres llevan la semilla del bien á donde quiera que posan su planta.

Ellas, las aldeanas de Asturias, dan vida y honor á ciudadanos que enriquecen el suelo que los acoge; y estos ciudadanos dignifican después las costumbres sociales, con las elegancias y las distinciones de que nos vemos rodeados en esta deliciosa mansión de los asturianos de Cuba.

He dicho.

Habana, Diciembre 8 de 1893.



EL SANTO MILAGROSO

A LA MARQUESA DE PINAR DEL RIO.

COMO atalaya religiosa del fanatismo inculto levántase humilde en un pintoresco promontorio de la costa cántabra la pequeña ermita dedicada por los fieles á San Román; santo que andando el tiempo ha venido á llamársele de las Figueiras, pues no hay quien por allá suponga que otro de igual nombre tenga influencia con Dios ni poder suficiente para interesar al consejo de ministros que gobierna el globo terráqueo desde las alturas. San Román de las Figueiras es el auténtico para los astures de la raya gallega, y aun los mismísimos habitantes de *Brañas* y de aldeas remotas, tienen fé inquebrantable en los buenos oficios del santo para curar ciáticas, gota y reumatismos.

¡Válgame Dios, y qué de muletas, piernas de cera, manos de hueso y otros perendengues tiene San Román como regalo interesado de los favorecidos!

Aquello es el acabóse de colgajos amarillentos, lisiados á su vez algunos por la respetable antigüedad que alcanzan y llenos otros de telarañas, por absoluta carencia de paños y plumeros. Tampoco faltan al santo barquitos, lanchas, anclas y toda clase de atributos marineros; pues han descubierto los devotos de San Román que la efigie adorada en las Figueiras se mete de vez en cuando en la jurisdicción de la virgen del Carmen.

Para los marineros del contorno no hay Carmelita que valga. San Román aplaca las tormentas; San Román tuerce los rayos que van dirigidos al palo mayor y San Román conduce los buques desmantelados á seguro puerto: creen que es el diputado más oído en las cámaras y consejos del Paraíso.

Al que lo niegue no le arriendo la ganancia, porque las figueirinas son mujeres muy sueltas de lengua y más sueltas todavía de manos que de la sin hueso.

Asiéntanse las Figueiras en una orilla del caudaloso Eu, brazo de mar que separa las provincias de Lugo y Oviedo, allí por donde á la naturaleza plugo deslindarlas.

Nada más encantador que aquel río, imponente en sus tormentas, arrullador en sus calmas, pintoresco por sus riberas bellísimas, majestuoso en sus corrientes de flujo y reflujo; fascinador por el batir de sus ondas en los peñascos de la orilla y sublime por el manto de blanca espuma que las olas forman y el choque eleva al espacio, para convertirla en rocío que de nuevo cae en el seno de donde ha salido.

Ribadeo, Castropol y Figueiras son las riberas poéticas que formando triángulo imperfecto

guardan el paso y dan el ¡quién vive! á los que pretenden llegar á la vega de Ribadeo remontando el río. Nada mas bello, nada mas encantador que aquel panorama lleno de luz y de colores, que aquellos tres pueblos de casas blancas como garzas, con sus ventanas verdes y su aspecto tranquilo. Allí se sueña; allí se vive con el espíritu atraído por los gemidos lánguidos de la naturaleza.

El mar embravecido, la ría alborotada, las lanchas maniobrando para evitar con un rodeo el banco de arena que les interrumpe el paso y capear el vendabal que amenaza volcarlas, es un espectáculo inolvidable; pero la mar en calma, la ría plateada y lánguidamente adormecida, el sol en su ocaso y natura despierta, chillona, alborotada, con los campos floridos y espigados, los huertos pletóricos de repollos, los maizales verdes, los aldeanos esparcidos por acá y por allá conduciendo los bueyes uncidos ó la vaca sujeta con delgada cadena, es algo que se incrusta en la mente para torturarla cuando sufrimos y enardecerla cuando somos felices.

Sabiendo, pues, que San Román tiene su domicilio en un paraje tan bello, debemos suponer que la imaginación, inconscientemente impresionada de las aldeanas, gaste en rezos y en votos la energía poética que emana de las selvas, de las playas y de los prados siempre verdes.

Las mujeres de Figueiras son especialísimas por sus ocurrencias, por su gracia inculta y por sus fanatismos. Durante la tarde véseles caminar en procesión hácia la ermita del santo predilecto. Van á pedirle Norte, Sur, Este ú Oeste, según el viento que necesita para hacerse á la vela

el novio, el hijo ó el marido que aguardan en Gijón, Santander, en Bilbao ó la Coruña.

Allá por el año 54, segunda etapa, según creo, de milicianos nacionales en España, los liberales de Figueiras encasquetaron á San Román una vestimenta de patriota que convirtió al Santo en un bandolero fusilable. ¡Y qué majo estaba con sus arrumacos!

Era cosa de ofrecerse por verlo, aunque maldito el dolor reumático que tuviesen los creyentes.

Tranquilo y sosegado descansaba el santo una tarde, libre de comadres brujas y de plañideras beatas, regodeando su alcornoqueña persona con la idea de un silencio no interrumpido con jimoteos y peticiones, cuando apareció una garrida moza armada de dos remos que acababa de sacar de su bote varado en la playa. Había tenido carta del novio, un marinero perdulario, que le hacía pasar el sino con sus infidelidades, y porque, según malas lenguas, visitaba con harta frecuencia á una mujer que ni casada, ni soltera, ni viuda, consolaba las soledades de su estado interrogando á cuantos volvían de viaje sobre si sabían ó no sabían por dónde andaba su marido.

Decíale el truhan que aguardaban Norte para salir del puerto, y la crédula enamorada hizo girar al Santo poniéndole la cara hácia el viento que le convenía y se arrodilló pidiendo en alta voz á la grotesca imágen que lo llevase con bien y más enamorado que nunca.

Diez cuentas del rosario había pasado para marcar otros tantos Padre-nuestros, cuando sintió que una persona calzada con zuecas llegaba á la puerta de la capilla.

Oyó cómo se descalzaba la que fuese y cómo penetraba en el reducido templo. Ni volvió la cabeza ni quiso hacer alto en la recién llegada: que era una mujer no le cabía duda, pues en las pisadas habíalo adivinado; mas tan grandes eran su devoción y sus afanes, que no apartó la mirada de San Román, porque parecía acariciarle y prometerle mucho con la suya.

El demonio, sin respetar la santidad del recinto, quiso hacer de las que acostumbra; sopló en la oreja á la que entraba, y ésta pasó delante de la devota como provocándola con su meneo de sayas y sus torceduras de cuerpo al arrodillarse.

Viendo la primera con el rabillo del ojo los contoneos de cintura que hacía la segunda, no pudo resistir á la curiosidad, máxime cuando ya le escarabajeaba en el pecho un bichillo que, ó mucho se engañaba, ó era el de los celos condenados.

No en vano había sentido golpecitos de la sangre en las arterias al oír las pisadas. Era la sinvergüenza, la mal casada, la que le robaba su novio y le impedía que con ella contrajese matrimonio.....

¿Qué iría á pedirle al santo aquella bribona?

Santiguóse la tal, precipitadamente; rezó un acto de contricción en voz bastante alta para que su vecina pudiese oírlo y abrió los brazos disponiéndose á rezar una estación y permaneciendo en cruz, según costumbre del país, hasta despachar los seis padre-nuestros de ritual.

¡Con qué gusto hubiese levantado la que estaba detrás un remo, para dejarlo caer sobre el brazo que pasándole muy cerca, la incitaba á romperlo. ¡Dejar manca á la muy sinvergüenza hubiese sido su gusto!

Si lo pensaba mucho, llegaría á olvidarse del sitio en donde estaba.

Cerró por fin los brazos la devota, quitando con esto las tentaciones que asaltaban á la enemiga y se puso de pié! dirigióse al altar y pegó un salto para subirse encima, pero antes que tuviese tiempo de hacerlo, habíala cogido la otra por las faldas adivinando quizás sus intenciones. Era indudable que la *endina* iba á virar el *barómetro* figueirino: la muy desorejada ¿necesitaría Sur ó Nordeste? Pues lo que es de aquella no salía con bien.

—¿Qué te importa el viento, sinvergüenza? ¿aguardas á tu marido?

—Aguardo á quien aguardo y no tengo que darte cuenta.

—Pues el santo ha de quedarse como yo lo puse.

—Eso lo veremos.

—Ya lo estamos viendo.

—Mira que te rompo un brazo.

—¿A quién?

—A tí.

—*Quiéreme* mucho San Román para consentirlo.

—Pues que te defienda—y la airada muchacha volvió al centro de la ermita para coger un remo y descargar sobre su rival el palo que antes no se había decidido á soltarle.

La otra, testaruda también y como su contrincante mujer de instintos belicosos, saltó sobre el altar y viró á San Román rápidamente, tan rápidamente, que el remazo descargado á su brazo derecho hizo pedazos el izquierdo del santo.

Cayó el remo de la mano de la creyente y

temblando á la cólera divina comenzó á implorar la protección de Dios y de la Virgen, prometiendo quedarse toda la noche en penitencia para aplacar las iras que suponía estarse forjando en las alturas.

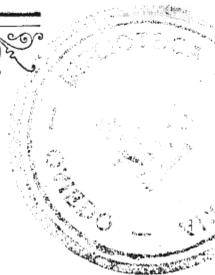
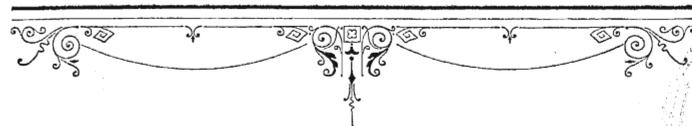
Tan grande era su arrepentimiento que la enemiga tuvo á bien despreciarla, y salió de la capilla riendo á carcajadas, que hubieran ensoberbecido á la iconoclasta de ocasión si no estuviese tan preocupada con su atroz pecado.

Yo no sé qué aires desencadenó el santo después de haber sido víctima de sus devotas, pero una vez encolados los huesos de su brazo, siguió como antes siendo el zarandillo de unas y de otras; mirando á los cuatro vientos y recibiendo algunas palizas que solían propinarle las descontentas.

Yo no he visto sacudirle ninguna, pero me lo han asegurado personas que lo saben.

Vedado, Abril 1891.





DON ROMAN ROMANO

NO conozco al caballero cuyo nombre en-
cabeza estos renglones, ni
sabía que semejante perso-
na existiese: no será por lo tanto sospecho-
so mi elogio; elogio exclusivamente mio,
sin intervención de nadie, sin acicate de al-
guno y declarando *urbi et orbe* que la virtud y el
mérito de estas líneas están en el que con sus
hechos presta ideas á la mente, alas á la pluma
y entusiasmo al corazón.

Don Román Romano es un caballero de
Llanes, un armador de buques, un naviero, un
hombre rico al fin; esto lo sabrán muchos, lo sa-
brán todos los que viven sepultados entre el peso
abrumador de letras, pagarés, descuentos, giros,
ferros, cubas, deuda exterior, cuatro por ciento y
tantas otras cosas de las que se aunan para cons-
tituir la vida comercial y bursátil. Pero lo que
no sabrán es, que bajo la capa del hombre de
negocios, se oculta el corazón de un filántropo,

de un hombre generoso, bienhechor de la humanidad y conocedor de las necesidades de su pueblo.

Hace algunos años salía de Llanes un jovenzuelo, casi un niño, enjugándose las lágrimas con la manga de su chaqueta y volviendo los ojos hácia la casita adorada en donde la triste madre lanzaba desgarradores gritos por el pedazo de su corazón que pronto debía sepultarse detrás de aquella nube azul, que lejos, muy lejos, bañaba sus jirones en las tranquilas ondas del océano.

Aquel jóven, como tantos otros, llevaba la pena en el alma y en el rostro; pero el corazón no tomaba parte en las amargas: cuando se confía mucho, cuando se espera, cuando los agitados latidos de la viscera nos revelan que toda la vida se reconcentra en una aspiración y en un deseo, entonces las penas son casi dulces, fugaces: el espíritu se tranquiliza, las lágrimas se estancan y las aspiraciones de *ser algo* ocupan completamente nuestro pensamiento.

Así surcó los mares aquel joven de Llanes; sereno ante las borrascas del mónstruo, firme en sus deseos de abarcar aquel mundo que había presentido desde su pueblo; confiando en la Virgen hermosa de Covadonga, y prometiéndose á sí mismo pagar la protección que esperaba de la *santina*, siendo más tarde, *si vivía*, la providencia del desvalido.

Este era el joven Román.

Algunos años pasados en Méjico convirtieron al niño en hombre y al pobre en rico; su honradez, su laboriosidad y la nobleza de sus sentimientos tuvieron digna recompensa en los dones de la fortuna.

Regresó á su patria; marchó á Barcelona; continuó su vida comercial; procuró engrandecer

su pueblo matriculando allí sus vapores, y por fin, después de prodigar limosnas sin que la publicidad hiciese llegar á sus oídos el aplauso de los asturianos, sabemos que en estos días arribó á Llanes uno de sus vapores, portador de quinientas fanegas de maíz para repartirlas entre los pobres.

¡Qué ejemplo más hermoso!

Los ricos que explotan la caridad oficial para darse *lustre* y *donar dos ó tres* pesetas á cada familia, debían imitar cada uno según sus posibles, la conducta de don Román Romano.

El pobre que recibe directamente una limosna por pequeña que sea, eleva al cielo una plegaria en bien de la persona que le socorre; no así el que extiende la mano para recoger un mendrugo sobado y tan duro como dura era la caridad del señor don Juan de Robres.

Hasta en esto son desgraciados los pobres de occidente: no hay un don Román Romano que de ellos se acuerde para socorrerlos sin alharacas ni estrépitos de bombo.

.....
 Á cambio de estas frases que me dicta el corazón, conmovido por las nobilísimas acciones del naviero de Llanes, solo me atrevo á pedir que piense alguna vez en otros pobres más pobres y más desvalidos que aquellos á quienes socorre su bendita mano.

En los desheredados por Dios y por los hombres que viven muriendo de hambre en el concejo de Coaña.

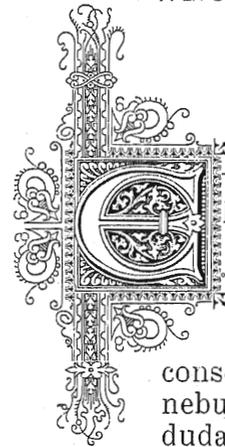
Oviedo, Mayo 4 de 1888.





LA PIEDRA DE NUESTRA SEÑORA

A LA SEÑORA DOÑA TARSILA VILLAMIL DE OLAVARRIETA.



EN este rincón de Asturias, olvidado por sus representantes en Córtes y por los gobiernos que de nada se acuerdan más que de apremiar para el pago de contribuciones y cédulas, se conservan restos de edades ocultas por las nebulosidades del tiempo, restos que indudablemente arrojarían alguna luz sobre la debatida cuestión de nuestras prehistóricas razas.

Á la salida de Coaña, por el camino que conduce á San Esteban, existe una piedra grande, cuya forma está pregonando á gritos su origen pagano; pero la extinguida piedad de estas que fueron sencillas gentes, y como tales, llenas de supersticiosas tradiciones, guardó como santo

legado una, inverosímil, que de generación en generación ha llegado hasta los primeros años de mi vida.

No preguntéis á la juventud presente, por qué la piedra, sobre la cual descansa muchas veces, con menos reverencia de la que sus ascendientes tuvieron, se llama *La Piedra de Nuestra Señora*.

Apenas si podrían responder á tal pregunta: pero los ancianos, los que *van con el siglo*, y felizmente hay muchos en esta parroquia, satisfarán vuestra curiosidad refiriendo cuentos, á medida y placer del narrador inculto.

Cuando yo era niña, y por desgracia apenas si guardo memoria de tiempo tan remoto, pasaba diariamente por delante de la piedra célebre.

Mi abuelita conservaba una costumbre que se había convertido en necesidad del espíritu y en ley de la perseverancia, para los señores de Canél: todas las tardes llegaba hasta el ídolo gentilicio; pero la buena señora que vivía en oposición constante con la ilustración y adelantos intelectuales de su propia familia, enmendaba la plana á los suyos y no se conformaba con llegar, por vía de paseo; hacía una cruz sobre la piedra con el índice de la mano derecha, y besaba luego con reverencia digna de mejor objeto el imaginario signo que su fanatismo había trazado.

Apenas si podía yo darme cuenta del por qué hacía mi abuela tales garabatos, y menos me explicaba que una señora pulcra y exagerada en cuestiones de limpieza, posase los labios sobre el granito lleno de polvo siempre y de lodo muchas veces.

Con el vicio de la imitación innato en todos los chiquillos hacía yo la misma ridícula cere-

monia que veía hacer, llenando de placer y de orgullo el corazón de la madre *por partida doble*.

—Tú serás una *santina*—me decía algunas veces—y para que nadie pueda torcer las doctrinas que yo voy inculcando en tu corazoncito, quiero enviarte á un convento del cual es abadesa una sobrina mía.

No me parecían aceptables los buenos deseos de mi abuela, pero en cuestiones inquisitoriales, nadie podía llevar la contraria á la muy autocrática señora doña Josefa Uría de Llano Florez y algo más, pues la pacientísima borrega de Cristo se tornaba semejante á la hiena, hasta con sus propios hijos, si éstos osaban replicar á sus exageraciones político-religiosas y tradicionales.

Callaba yo, por lo tanto, pero no me convenían las razones de abuelita, ni menos perdía la esperanza de que sus tan santos propósitos se convirtiesen en agua de cerrajas.

Una tarde, en la que el paseo se había prolongado hasta el montecillo de Mafaya, desde donde se dominan las fértiles vegas que baña el caudaloso Navia, regresábamos ámbas un tantico molidas y despeadas.

—¿Nos sentaremos en la piedra de *Nuestra Señora*?—pregunté.

—¿En la piedra?—replicó asombrada.—En la piedra no puede sentarse nadie: no te sientes jamás, querida de mis ojos.

—¿Por qué?

—Porque esa piedra ha sido puesta ahí por la Virgen.

—¿Y cómo pudo traerla siendo tan pesada?

—Para la Virgen nada hay pesado más que los pecados de los impíos; de esos infames libe-



rales que todo lo pervierten y acaban con la santísima religión.

¿Y para qué habrá traído la Virgen esta piedra, abuelita?

—Para dar una muestra de su grandísimo poder, hija mía: escucha.

Había en Coaña hace muchos años, un hombre malísimo que odiaba de muerte á un vecino suyo, por el solo motivo de que éste era tan honrado y trabajador como holgazán y bribón era el otro.

El vecino bueno sufría con resignación las infamias del malo, y siempre Dios le salvaba de las mil calumnias inventadas por el infame que había jurado perderle.

Todo el pueblo tenía mala voluntad á *Pachín*, pero nadie se oponía á su perversidad por temor á las venganzas que pudiera tomar y así vivió muchos años siendo el azote cruel de los tímidos aldeanos. Robó una vez el maíz que un labrador guardaba en su *panera* y acusó á Pedro, el vecino bueno, de haber cometido el robo. El labrador robado, no tuvo en cuenta los antecedentes del uno y del otro y ayudado por las falsas declaraciones de *Pachín* y de sus hijos, logró que aplicasen el tormento al desgraciado Pedro: de nada le sirvió á este protestar de su inocencia y fué encerrado sufriendo atroces martirios para que confesase un delito que no había cometido.

Una mañana de aquellas en que el inocente gemía bajo el peso de tan terrible acusación. Carmina, su hija, muchachita de doce años, llevaba sus ovejas á Mafaya: apenas veía el camino, porque las lágrimas que sin cesar llenaban sus ojos, le impedían fijarse hasta en sus amados corde-

ritos, que se quedaban atrás por no poder seguir el rebaño.

—Virgen Santísima—decía la pobre niña—Madre de Dios, llena de gracia, señora nuestra del Rosario, vuélvenos á mi padre y perdona al que ha jurado en falso, para que no lo castigue Dios como merece.

De pronto cesó de llorar la pastorcita, y se quedó asombrada mirando á una hermosísima señora que la llamaba por su nombre.

—Calla, Carmina—le dijo la señora—no llores más; la Virgen oye tu ruego y te devolverá á tu padre; véte al pueblo y dí que la Virgen ha mandado que lo suelten, porque es inocente: acusa tu á *Pachín*.

—Virgen hermosa, señora nuestra del Rosario, no me creerán; háblales tú, santa bendita.

—Yo no puedo; pero lleva este papel; que lo lean, y si en el camino lo perdieres, vuelve, que aquí en una piedra encontrarás escritas las mismas palabras que contiene.

La dama sacó un pliego de la manga de su vestido y lo entregó á la hija de Pedro, desapareciendo inmediatamente.

Carmina, corrió al pueblo dando gritos; pregonando la inocencia de su padre; mostrando el escrito bendecido y diciendo que *Nuestra Señora* se lo había entregado.

Pachín, como los demás, oyó el alboroto que promovía Carmina; se acercó á ella y le arrancó el papel haciéndolo pedazos, pero en aquel momento cayó al suelo preso de un ataque epiléptico, de resultas del cual quedó mudo y paralítico para toda la vida.

Carmina volvió, seguida de la gente que corría tras ella, al sitio en donde se leía la declara-

ción irrefutable de la Madre de Dios asegurando que Pedro era inocente y que *Pachín* era el ladrón.

—¿Pero cómo trajo la Virgen esta piedra?— insistí yo después que mi abuelita hubo terminado el cuento.

—En la manga del vestido.

A decir verdad no me satisfizo la narración, porque á pesar de mis pocos años no podía creer como creían los coañeses, que la Virgen fuese una señora de manga tan ancha: callé, sin embargo, y no había vuelto á pensar más en la inverosímil tradición de mi abuelita hasta hace pocos días que llegué paseando al mismo sitio, y advertí que la piedra no estaba en su lugar.

La profanación de una cosa santificada por la respetabilísima ley del tiempo, me hizo recordar la veneración de los antiguos y las cruces que, imitando á mi abuela formaba yo para besarlas luego, con lo cual no dejaba de mascar una buena cantidad de tierra que se me pegaba en los labios.

—¿Quién movió esta piedra? pregunté á un aldeano que por allí pasaba.

—No se sabe.

—¿Cómo que no se sabe?

—No señora, porque amaneció así una mañana.

—¿Y nadie ha tratado de averiguar quiénes y porqué han sacado la piedra de su sitio?

—Sí señora, suponemos que fueron unos cuantos del pueblo que buscaban al dios Apolo.

Creí perecer de risa al oír esta contestación dada con espontánea naturalidad, y como si hubiese dicho que buscaban una *perra chica*.

—Yo le diré á usted, continuó el aldeano, presumiendo que mi risa era provocada por la

incredulidad, aseguraban que ese *dios* estaba aquí enterrado con sus tesoros y por eso lo buscaban.

¡Oh tiempos de mi abuela! pensé yo entonces. Aquella generación creía en la Virgen *de la manga ancha*; los coañeses del día, argonautas por instinto, iconoclastas con los ídolos que representan la ciega fé de sus mayores, profanan la *sagrada* piedra para buscar el áureo borreguillo que suponen enterrado junto á un dios Apolo asturiano, y de fabricación especial.

¿Quién les ha dicho que no crean la tradición de la *manga*?

Nadie.

Los ciclones que reinan en el último tercio de este siglo, derrumban los edificios que tienen por base la tradición sobrenatural.

Pero en cambio, aquel perjurio *Pachín*, castigado por la señora que se apareció á Carmina, ha dejado una familia maldita extendida por estos contornos.

Coaña, Abril de 1888.





LA PEGOREIRA

ALLA muy alto muy alto en la cima de aquel picacho que parecía agujerear las nubes, tenía el águila rapaz su nido. Allí debía tener también los corderos que robaba á la pobre Carmina, la *pegoreira* asalariada, la hospiciana infeliz, recogida y criada en casa del tío Juan, un labrador pobre de Asturias, en donde los labradores ricos son aquellos que pueden comer pan de maíz los doce meses del año.

Pegoreira, quiere decir pastora de ovejas, y eso era Carmela en casa de sus padres adoptivos: más como éstos eran de lo más infeliz de la parroquia, y todo su rebaño consistía en media docena de cabezas entre grandes y chicas, hacían que la hospiciana les proporcionase peseta y media de renta mensual, cuidando los rebaños muy menguados también, de media docena de vecinos.

Las amigas más íntimas de Carmela eran las ovejas: sus muñecas, los corderillos, y sus enemigos más endiablados, los carneros ladrones que saltaban en los sembrados cada vez que la pastora descuidada y con paso tardo, seguía el rebaño caminando con la cabeza baja, contando las piedras grandes del camino y dándoles palitos con la vara de arrear el ganado, por vía de entretenimiento.

Carmela era rubia, de un rubio tostado como el cútis de su blanco rostro, enmascarado con un velo obscuro y adherido á la piel por la inclemencia del sol y del nordeste. Tenía los ojos negros, muy negros, y muy negras también las pestañas, largas, rizadas y crespas, como si finísima tenacilla las hubiese retorcido.

Las desgrefiadas crenchas remataban detrás de las orejas, en dos rodetes chatos como dos tortillas, pues aunque Carmela era por natural limpia y coqueta, resultábale tan rebelde el cabello, que después de muy alisado y encharcado en agua, volvía á las andadas, cayendo frente abajo y alborotándole la cabeza como si el peine cariñoso no le hubiese entrado nunca.

Toda la coquetería de Carmela consistía en labotearse piés y piernas y en refregarse cara y manos, en cuantos arroyuelos encontraba y pasábase las horas muertas, sentada á la orilla del agua, restregándose el cuello con una piedra lisa, y peinándose dos ó tres veces, según las ráfagas de viento faltaban al respeto, á la pulcritud de su cabello. Primero se le olvidaba á Carmela el pedazo de pan de maiz con que desde la mañana á la noche entretenía el hambre, que se le olvidase el peine y algún pedazo de jabon; única *golosina* que se permitía cuando por rara casualidad

contaba con un *perro chico*, para su bolsillo.

Tenía doce años; doce años sin madre; doce años de penurias y miserias, llorando por el pecho en los dos primeros de su vida, y por pan hasta que cumpliera los cinco. Dijérase que al llegar á esta edad había entrado en ella el uso de razón acompañado de una formalidad mezclada de tristeza, que dejaba pasmados á todos los del pueblo.

Una noche horrorosa, día de difuntos, por más señas, habíanla depositado, recién nacida, en la puerta del tío Juan, cuya mujer diera á luz dos meses antes. La codicia ó la necesidad hicieron que el pobre matrimonio pretendiese criar la niña para cobrar la miserable pensión que á las madres alquiladas paga la Diputación provincial, y merced á chanchullos y favores que los Ayuntamientos de monterilla hacen á expensas de la salud y de la vida de las pobres criaturas, la mujer del tío Juan mal crió á su hijo y á Carmela, aunque la peor parte fué naturalmente para la desgraciada huerfanita.

Susurrábase por el contorno que la niña aparecida era hija de una aldeana aseñoritada que residía en un pueblo cercano, cuyo novio, un estudiante holgazán y calabaceado, había tomado el tole para Buenos Aires, dejando á la novia compuesta, ó mejor dicho, descompuesta, á causa de las habladurías á que habían dado lugar las relaciones. La cosa podía ser verdad, pero la jóven en cuestión contrajo matrimonio á los dos años con un americano que fué á pasar el estío en la *tierrina* y se marchó con él muy satisfecha, demostrando haberse olvidado del ingrato que ántes á su vez la había dejado. Ni esperanzas, pues, quedaron de que Carmela fuese reconocida por sus padres.

Cuando la hospiciiana hubo cumplido seis años comenzó la vida de *Pegoreira*: su nombre fué eclipsado por el oficio, y á los doce, nadie recordaba que sus padrinos le pusieran Carmen y que de pequeñita le decían Carmela, llamándola cariñosamente.

El tío Juan y su mujer no eran buenos ni malos para la huérfana: la vestían con guiñapos, pero también era verdad que sus hijos no andaban mejor trajeados que la pastora. Le daban su taza llena de sopa de maíz para desayuno, su pedazo de pan que llevaba al monte dentro del cestito en donde iba el desdentado peine, y á la noche cenaba como los demás, otra taza de patatas, judías y berzas, cuyo caldo, aunque no carecía de sal, carecía y mucho de la grasa que necesitaba para ser pasable.

La niña no pedía más ni más deseaba; tenía suficiente con que el águila no le quitase sus corderitos. Ya le había robado cinco de distintos dueños, y como lo menos que podían hacer los perjudicados era dejar de pagarle cuatro meses para indemnizarse, costaba á Carmela el descuido ó la desgracia una cruel tunda de palos que le propinaba su madre de adopción.

La *Pegoreira* no lloraba cuando le pegaban: se sentaba en un rincón de la cocina, miraba fijamente el chisporroteo de la leña seca, ó soportaba el humo asfixiante de los jaramagos verdes y húmedos, pero sin rechistar, sin quejarse, revolviendo quizás en el caos doloroso de su cerebro ideas y reflexiones oprimidas con las argollas despiadadas del raciocinio embrionario.

¡Pobre criatura! La noche que el águila se regodeaba en las alturas con la sabrosa y tierna presa, que rápida entre sus garras había eleva-

do, la pastorcilla no cenaba y aquel potaje deslazado que otras noches sirviera para dar calor á su estómago débil y aterido, era rechazado por Carmela que no quería comer después de recibir un injusto castigo.

Teníanla por altiva, por orgullosa y por indómita.—No hay duda—decían—esta chica es hija de quien presumimos.

El águila seguía haciendo de las suyas.

—Debe tener el nido muy alto,—pensó Carmela,—pero yo le buscaré; yo subiré al pico de la montaña, aunque ruede y me estrelle. Es artículo de fe entre los aldeanos que en todos los nidos de águila se encuentra una bola de oro macizo, pues al decir de los que pasan por inteligentes en la materia, la reina de los aires no se aviene á poner sus huevos si antes no adorna el nido real con la gran bola consabida.

¿Qué cómo y quién hace al águila el presente del fabuloso huevo? Pues ella, ella misma, que presiente el rico metal y lo encuentra revuelto con los pedruscos del tortuoso río que serpentea entre dos cadenas de montañas: á fuerza de paciencia picoteando arenas y separando guijas, dicen que llega á reunir el oro indispensable para su fecundidad.

—¡Me vengaré!—decía la pobre niña—le quito la bola, estrello los huevos y ella se muere de pena; si la cojo en el nido, también la mato: ¡infame!, robarme los corderitos. No siento los palos que me pega mi madre; los palos, no me duelen; siento los pobres animalitos, que de pronto se ven arrancados del pecho de la oveja para ser devorados á picotazos, ¡infames! ¡infames todos los que hacen daño á las criaturitas de Dios!

Para la *Pegoreira* sus corderitos eran como los niños: ella los abrigaba con sus harapos cuando tenían frío; los conducía en brazos si se cansaban; les echaba el aliento si estaban ateridos..... ¿cómo no llorarlos si eran su distracción única, su amor entrañable, su juguete más hermoso?

Desde que Carmela concibió la idea de trepar hasta el nido del águila no tuvo un momento de sosiego. ¡Con qué gusto le quitaría la bola de oro! Debía valer un dineral: la vendería; compraría la casa en que vivían sus padres para que no pagasen renta por ella. Se haría dos ó tres vestidos de percal, compraría un pañuelo de seda, unos zapatos, horquillas, peine nuevo y jabón, mucho jabón para poder lavarse á su gusto... y sobre todo, vengaría á las pobres víctimas del ave carnicera. ¡Bribona el aguilucha, más que bribonaza!

Carmela trepaba la montaña. Hacía dos horas lo menos que sin darse cuenta iba ascendiendo ensangrentadas las piernas, arañadas las manos; con las trenzas deshechas y entre mezclada con menudencias y jaramagos secos á los cuales se agarraba con fuerza unas veces, y clavando otras las uñas en las raíces para no rodar al abismo profundísimo.

De vez en cuando levantaba los ojos y medía la altura: cuanto más iba subiendo, más le parecía que se elevaba el pico en donde el águila debía estar oculta. Aquel día no la había divisado y seguramente sería provechoso su viaje: matar el ave, apoderarse de la bola.... ¡Arriba y no desmayar!

La falda de la *Pegoreira* estaba ya hecha girones, ni su menguada camisa de estopa viejeci-

ta y pasada, se había librado de los rasguños. ¡Vaya una abertura que por delante le había hecho aquella maldita piedra de pico! Pues allí no se quedaba..... Y Carmela tiró cuanto pudo hasta arrancar la piedra que rodó monte abajo, pegando saltos y llevándose de encuentro algunas más pequeñas.

—¡Jesús! ¿Si andará alguien por el camino y le caerá encima! Como una ráfaga pasó esta idea por el cerebro de la niña que continuó el ascenso sin advertir que sudaba á chorros y que el sudor, la tierra y la sangre que brotaba de un profundo rasguño que tenía en la mejilla, daban á su carita el aspecto de fiera encarnizada. Ya serían más de las doce, según cálculo de Carmela y todavía le faltaba mucho: no sabía cuánto, pero á juzgar por lo alto que veía el pico, decididamente crecía, cuanto ella más lo escalaba.

No quería mirar abajo ¿para qué?, ni sabía tampoco la manera de bajar: la creía más fácil... En último caso, bajaré de espaldas—pensó.

Por fin, jadeante, sin fuerzas físicas, pero animosa, valiente en su atrevida resolución y con el espíritu sereno hizo el último esfuerzo: le faltarían dos brazas para llegar á la cúspide: allí, debajo de alguna peña debía estar el nido; no le cabía duda. Carmela lanzó un grito; veía huevos, huevos esparcidos y una cabeza medio podrida, picoteada y asquerosa.... era de su corderito blanco, la conocía y aquellos huesecitos de sus corderos también. ¡Oh! no se había engañado.....

Redoblóse el furor de la pastorcita y se agarró fuertemente á una peña que parecía sostener otra mayor suspendida de la cúspide por unión invisible.—¡Si no está el nido aquí!—dijo Carmela

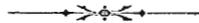
en voz alta—está del otro lado: daré la vuelta; sin encontrarlo no me bajo.

El esfuerzo nervioso hizo á la niña colgarse más que apoyarse en la piedra que ella juzgaba protuberancia del terreno y la piedra cedió, sobresaltando á la pastora que ahogó un grito de espanto y se tambaleó en el espacio. En aquel instante supremo, cuando Carmela hubiese necesitado, la sangre fría que durante su larga y penosa ascensión no le había faltado, sintió un aletazo fortísimo, que le cruzó el rostro de lleno, produciéndole horribles contracciones.

Era el águila, el águila enfurecida, que no podía perdonar á la imprudente el atrevimiento con que había ido á sorprenderla en su palacio elevadísimo.

La niña rodó; rodó seguida de la piedra enorme que se arrancó de cuajo, y después de un descenso rápido en el cual dejaba rastros de su sangre y trozos de su carne, pendientes de los garfios espontáneos del monte, bajó su cuerpecito á la llanura, yendo á parar destrozado entre el rebaño de las únicas amigas que la querían de veras.

El águila vengativa siguió á la niña en la bajada vertiginosa de la montaña y fué á ensañarse en el cadáver mutilado, cebándose en él hasta dejar completamente desfigurado el rostro de la desventurada *Pegoreira*.




LA BENEFICENCIA ESPAÑOLA EN AMERICA.

LEIDO EN MATANZAS A PETICION DE LA SOCIEDAD ASTURIANA
DE BENEFICENCIA Y DEDICADO A LA MISMA

POCO y á más de poco viejo, es lo que vais á escuchar de mis labios; no he venido á Matanzas para enseñaros nada, y cuanto yo pueda deciros, olvidado lo tendreis ya seguramente; porque en asuntos de beneficencia y de regionalismo se ha hecho y se ha dicho tanto, que todo resulta manoseado y antiguo (aunque con la antigüedad de las joyas artísticas, cuyo mérito jamás desmerece, es verdad), pero pálido ante los arranques de un discurso patriótico ó de las garrulerías, no siempre sinceras, de una oración política.

Mis ideas, rancias quizás para la juventud presente, han sido interpretadas por mi pluma sin nerviosidad ni apasionamientos, y con la

propia tranquilidad que al papel las he trasladado vuelven á la mente, para que al tomar la forma oral, caigan en vuestros oídos, y se graben en vuestra memoria, como recuerdo imprecadero de esta noche asturiana.

Indudablemente, señores, si las agrupaciones benéficas españolas, no existiesen en el Nuevo Mundo, habría que fundarlas; y esto, que vosotros no podeis apreciar bastante, porque al salir de España, á un pedazo hermoso de España habeis venido, podemos darle su valor, su valor extraordinario, los que en distintos países hemos vivido, empapándonos en las necesidades de nuestros compatriotas; enjugando sus lágrimas, aliviando sus penas, y recojiendo sus últimos suspiros si por ley fatal del errante destino, morían lejos de su patria y de su familia.

Las sociedades de beneficencia entre nosotros, son una continuación del hogar paterno: aquí estais todos, los que juntos corrísteis debajo de los castaños; los que á la escuela fuísteis unidos; los que acaso en la misma iglesia aprendísteis á orar y hasta los que cual encarnizados enemigos sosteníais valientemente el pabellón de vuestro pueblo, arrojando piedra tras de piedra á los muchachos de la aldea vecina.

Pero en las repúblicas del Plata, hace 15 años; en el Pacífico, en el Ecuador y en el Centro América, aún hoy, es difícil, imposible casi, tropezar con un amigo de la infancia, con un ser que nos recuerde los días inocentes de nuestra juventud, que nos tararé la cadenciosa música de nuestras montañas, y que refresque nuestro corazón con los amantísimos recuerdos de nuestras madres.

.....

Viene á mi memoria, produciéndome estremecimientos de placer á pesar de los años transcurridos, la impresión que recibí al escuchar la *Quena* en el Perú; especie de flauta, que cuando niña había oído yo á los pastores de una montaña de mi provincia, montaña tan hermosa como imponente y tan imponente como solitaria. Lloré entonces al percibir los lamentos de aquella música pastoril, y lloré con las lágrimas de la nostalgia más profunda, con las lágrimas que produce la morriña al gallego y *assoudades* al portugués y á los hijos de la región de Asturias donde yo he nacido, aquello que denominan *señardá* en su pintoresco lenguaje y cuya frase propia no tiene traducción, más que al idioma sin léxico del amor y del sentimiento. Os he hablado de mí en esta pequeña digresión, para llevar á vuestro entender el convencimiento de que vosotros sois muchos más felices que aquellos que de la patria se alejan.

Las sociedades de beneficencia que se forman en los países hispano-americanos, no obedecen al estrecho cariño de regionalismo; son nacionales, son españolas sin distinción de provincias; se llaman paisanos todos los individuos que las componen; se atienden; se quieren y se auxilian en todas sus tribulaciones; pero ni el catalán encuentra ecos en su voz para endulzar las amarguras del castellano, ni el castellano acierta con el remedio que ha de ser lenitivo á los males del catalán.

Se agrupan, se estrechan, se cobijan bajo la bandera común, pero no se comunican los entusiasmos que en Cuba rejuvenecen á los ancianos, y hacen saltar de gozo á los muchachos; y es porque de la común alegría no brotan las re-

membranzas de la cuna, ni repercuten los besos de la que les dió el ser, como tampoco reverdecen los usos y las costumbres de la tierra nativa.

Los unos aman á la Virgen de Monserrat; los otros adoran á la Pilarica; estos imploran á la imágen de Aránzazu ó de Begoña y aquellos invocan á la madre de los Desamparados ó á la Santina de Covadonga.

Vuelvo á decir, pues, que vosotros los que formais las sociedades benéficas y los centros de recreo y las agrupaciones corales, sois mil veces más dichosos que nuestros hermanos diseminados en el continente del Nuevo Mundo. Transportais de vuestras provincias las costumbres; las implantais con todo el amor y el entusiasmo del filial cariño que á vuestra región conservais, y siquiera no sea más que una vez al año, sentís centuplicados los entusiasmos y los retozos que cuando niños os producían la gaita y los cohetes en las romerías comarcanas.

Para que vosotros supiéseis todo lo que se aman los recuerdos de la infancia, sería necesario que no tuviéseis cómo ni con quien reproducirlos; y yo que os amo á todos los asturianos como á miembros queridos de mi propia familia, deseo con todas las potencias de mi alma que no se apoderen jamás de la vuestra, las orfandades y las nostalgias de que antes os he hablado.

Las sociedades de beneficencia son, mis queridos amigos, un medio de amparar al que sobre ser nuestro hermano en la humanidad, y nuestro inseparable ante la patria, es nuestro vecino en la cuna; resultan por su índole algo más sagrado, algo más sublime, que quizás pase inadvertido para aquellos que no han necesitado de sus auxilios.

Estas sociedades, son el hada virtuoso y caritativa que une los lábios del hijo moribundo á los de la madre sin ventura.

Si vosotros, los que gozais bienes de fortuna; los que desatendeis vuestros quehaceres por dedicar algunas horas al alivio de los provincianos pobres, si vosotros presenciáseis la primera entrevista de la madre que espera, vieja de sufrir y lánguida de llorar, al hijo tuberculoso y anémico; si pudiéseis apreciar las escenas que á diario se repiten en todas las regiones y en todos los pueblos de España, os sentiríais orgullosos de la misión altísima que desempeñais y de lo grandes que sois dentro de vuestras facultades.

Sin vosotros, muchísimas criaturas que vuelven á morir al regazo materno dejarían este mundo sin que lágrimas tiernas fuesen regando el camino del cementerio: sin vosotros no doblarían las campanas de las aldeas por muchos de nuestros hermanos, cuyas naturalezas fuertes y robustas destruyen los abrasadores rayos del sol de los trópicos.

¿Qué mayor motivo de orgullo queréis para vuestras esposas, ni que mayor timbre de gloria para vuestros hijos?

Sois honrados, sois buenos, sois caritativos. ¿Qué importa que no abordeis problemas sociales, ni discutais en los Ateneos, ni pronunciéis discursos en los Congresos? Quizás la instrucción profunda, basta por sí sola para hacer de un sabio un ciudadano útil?

No: yo lo niego.

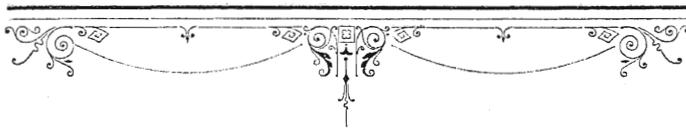
Así como la virtud no estriba en una sola cosa, ni la bondad consiste en hacer bien á ton-tas y á locas: así la inteligencia y la importancia

de los hombres no ha de buscarse únicamente en las Universidades.

Vosotros que poseéis modestas fortunas sois más necesarios á la humanidad que los Cresos, reconocidos por dueños y señores del mundo que habitamos.

Las sociedades benéficas por vosotros constituidas, reportan mayor suma de bienes á nuestros semejantes, que todas esas filantrópicas asociaciones oficiales, donde la farsa ejerce de principal factor muchas veces: y vosotros, los que sin desatender las calamidades públicas, practicáis noblemente la caridad privada, mereceis más que estátuas de mármoles y de bronce, los monumentos de amor y de gratitud que en sus corazones os levantan las madres españolas.

HE DICHO.



ASTURIAS Y LOS ASTURIANOS

LEIDO EN EL CENTRO ASTURIANO Y DEDICADO
A LA JUNTA DIRECTIVA.



No he asaltado indebidamente esta tribuna, inaugurada por eminentes oradores, para enseñaros cosas que no sepais, ni menos para pretender ilustraros (pues en mucho tomára yo la ilustración que sobra á no pocos de vosotros;) pero siento regocijada complacencia, y satisfacción de las más puras, considerando que la Sección de Recreo y Adorno, de una sociedad para mí tan querida, me ha supuesto con facultades para dirijiros la palabra.

Difícil se me presenta el tema; muy difícil dados los heterogéneos elementos que componen la entidad «Centro Asturiano»; por esto pensé leeros algo que no fuese mio, para que resultase bueno, mas temiendo que lo tomáseis á falta de voluntad hácia los que me han elegido, he variado de parecer y he escrito algunas cuartillas,

que si no son buenas, son, no lo dudeis, la expresión fiel de mi sentir y de mi cariño hacia vosotros.

El que no esté dotado de rápida concepción y de fácil palabra, no debe pronunciar discursos; pero que los lea, explayando algunas ideas y esbozando otras, bien puede perdonársele al escritor que no debe á la naturaleza el don de la oratoria.

No creáis que hago alardes de modestia, eso sería más inmodesto que la propia alabanza: Tenedme por sincera.

¿Algunos de vosotros está desposeido de sinceridad?

Pues recordad que también soy asturiana y juzgadme de igual modo, que pudiéseris juzgaros á vosotros mismos.

Dos problemas se presentan á mi juicio, en esta tierra que amamos y defendemos como se defienden las cosas propias; y estos problemas sois quizá vosotros los llamados á resolverlos; vosotros que componeis el mayor número; vosotros que os presentais á la faz de la Nación, como los más unidos, como los más entusiastas, como los más espléndidos en vuestras fundaciones.

Me refiero al socialismo y al regionalismo, conceptuando más peligroso el segundo que el primero, porque miro las doctrinas socialistas, como un mal ó como un bien intermitente, sujeto á la mayor ó menor capacidad de los que van ascendiendo.

El socialista empuja al político, el político asciende á burgués, el burgués á banquero, el banquero aspira á un título de nobleza y el noble se estaciona en un ambiente conservador, y tem-

plado, que para nada nos recuerda al jóven de ideas y de doctrinas demoleadoras.

Esta es la evolución naturalísima de las constantes aspiraciones humanas; este es el fin de una carrera que comienza en los talleres subordinados y que termina acatando leyes viejas y aportando luces para la constitución de otras nuevas.

No creo, pues, que el socialismo de los obreros honrados pueda presentársenos con aspecto feróz; el socialista que perora, que escribe y que discute, es un excelente muchacho lleno de nobles aspiraciones; es el que en la edad provecta y cuando tenga hijas por cuya ventura se desvele, no se arrojará á darlas en matrimonio á los que estén comenzando la carrera que él ha seguido luchando.

Así son felizmente los socialistas que tenemos en Cuba.

A la simple observación, y viendo como se auxilian y protejen todos los socialistas del mundo, cualquiera pudiese creer que no tienen patria; que su nación está enclavada en un mundo hipotético y que no les preocupan mucho ni poco, los acontecimientos que se desarrollan fuera del círculo en que ellos se mueven.

Yo no creo esto.

Para mí, son los socialistas como los estudiantes; á la menor cosa que afecta á la clase, protestan desde un ámbito á otro del mundo civilizado; se animan los unos á los otros con telegramas y comunicaciones; se protejen con los ahorros de su jornal, pero si surgiere un conflicto de naciones, cada cual defendería la suya cortando con las armas el nudo gordiano que

hubiesen atado las peroraciones, los discursos y las doctrinas.

Algo más temible encuentro que es, para la unidad de los pueblos, la exajeración del regionalismo; la defensa del terruño, en particular, con abandono de la tierra en general; y aunque debemos atribuir la exasperación de estas ideas á las doctrinas federales admitidas y puestas en práctica por algunos pueblos civilizados, hay situaciones y momentos en que traspasarlas de su límite resulta inconveniente y hasta si me apurais, resulta un crimen de leso patriotismo.

Si el padre de familia quiere que sus hijos sean buenos, no debe dar lugar á que sean malos, para evitar reprimendas y castigos.

Cuentan que una cangreja queria que sus cañgrecitos anduviesen hácia adelante para lo cual les daba lecciones teóricas, pero caminando ella hácia atrás contradiciendo así lo que pretendía enseñarles: y ¡es claro! sus hijos no llegaron á obedecerla nunca.

Siempre recordaré que un sabio Franciscano, allá en remotas tierras bolivianas, de indios salvajes, pretendió convertir á un cacique al catolicismo.

Pudo convencerlo de cuanto provecho sacaría de nuestra religión, pero sintiéndose el indio incapaz de seguir lo que no había practicado respondió al misionero: «Bueno, yo te creo, Señor, y deseo que mis hijos sean cristianos, pero haré el sacrificio de entregártelos y no verlos, para que no comparen tus consejos con mis acciones. Yo no puedo variar y aunque les diga que te escuchen y que te obedezcan, harán siempre lo que me vean hacer y no tendré razón para imponerles otra cosa.»

No penseis por esto que no soy regionalista ¿quién puede dudarlo? sólo tanto, tanto, que prefiero mi aldea con sus callejuelas enlodadas ó llenas de polvo, y sus caminos intransitables, y sus veredas escarpadas, á la capital de la provincia con su gran prado de San Francisco, su aristocrático Bombé y sus hermosos edificios de construcción moderna.

Si me respondiéseis todos, puesta la mano sobre el corazón, me diríais que sentís y pensais lo mismo; que cuando muchachos sosteníais pedreas con los del pueblo vecino y qué os armábais de tranca para asistir á las romerías pensando que pudiesen promoverse disgustos de concejo, de parroquia ó de caserío, que á tanto llega nuestra demencia por el rincón nativo.

Aunque á grandes rasgos ó con la llaneza de estilo que me es propia, quiero recoger en esta noche primera (y quien sabe si última que os dirijo la palabra) algunos cargos que repetidas veces he oido formular contra los asturianos residentes en Cuba en general y contra el Centro Asturiano en particular.

Dicen ciertas gentes, mal avenidas por sistema, con todo lo que crece y se desarrolla y se engrandece, como la colonia asturiana en esta isla, que habeis salido de vuestra provincia arrojados por el hambre.

No es cierto: habeis salido para dar rienda á las aspiraciones vuestras de ser y de tener; habeis salido por miedo al uniforme de soldado que un tiempo fué terror de las madres y que hoy continúa sirviendo de coco por tradición y sin motivo para ello: habeis salido porque vuestros padres haciendo lo que la cangreja del cuento, quieren empujaros en los adelantos, mientras

ellos continúan apegados á lo viejo sin dárselos un bledo que la ley haya destruido los mayorazgos y las primogenituras que conservan: pero arrojados por el hambre, nó.

En vuestras casas había pan; de maiz, bien, pero pan: y valiéndome de una palabra provincial, diré, salvo tristísimas excepciones, que seguramente no faltaba algo para *acompangar*.

Teníais leche, fruta, castañas, caza y pesca á vuestra disposición. ¿Podríais ser arrojados por el hambre?

¿Emigran los manchegos que tienen muchísimo menos? ¿Emigran los astellanos que viven eternamente sirviendo por mísero jornal á los grandes cosecheros?

Nó.

¿Emigran los catalanes por hambre?

Tampoco.

Luego vosotros emigrais por vuestro caracter, poco conforme con lo pequeño, y por vuestro deseo de salir fácil y rápidamente de la esfera en que habeis nacido....

Las diferencias notabilísimas que en Europa separan á los hombres de distinta educación y de distinta inteligencia, pueden quizás empujaros y acaso la idea igualitaria sea el reflector que os atrae hácia los pueblos nuevos, en donde la fortuna lo nivela todo.

Esto es noble, nobilísimo: pero no es necesidad estomacal: es sed de prosperar y de elevarse.

No es Asturias un pais agrícola, porque ni su topografía, ni su clima son propicios para esta fortuna, pero se mantiene en un bienestar relativo, con su riqueza pecuaria, con sus fábricas

y con los minerales extraídos de sus pletóricas entrañas.

Exporta nuestra provincia mantequilla, sidra, huevos, frutas, ganados, jamones, pescados apreciadísimos de su incomparable Cantábrico y salmones abundantes y sabrosos de sus navegables rios.

También son muy apreciadas nuestras maderas de pino, de castaño, de nogal y de roble.

La provincia que cuenta con estos elementos no aporta, por hambre, contingente á la emigración; y para dar una idea de las facultades intelectuales de los asturianos, diré que en una estadística reciente he visto que ocupa Asturias el segundo lugar entre las provincias más adelantadas en instrucción primaria.

El primer puesto pertenece á la provincia de León y lo consigno para honra de los leoneses.

Se dice que habeis venido sin ilustración y sin cultura: bien; pero apenas uno habrá venido sin saber leer y ninguno seguramente sin honra.

Muchos de los que me escuchais, descendéis acaso de nobles familias arruinadas por el desmoronamiento del Feudalismo y arrojados de sus históricos pedestales, por la ráfaga que destruyó cuanto viejo y secular se mantenía en pié; y así como alguien dijo, con burla, que todos los asturianos pretendían descender del zancarrón derecho de D. Pelayo, así yo aseguro que muchos nobles y muchos grandes quisieran para enorgullecerse los ascendientes que teneis algunos de vosotros.

Se os tacha y quizás con razón, de díscolos y descontentadizos: esto que puede ser un defecto, y sin duda lo es no reprimiéndolo individualmente, constituye en colectividad el fondo de



vuestra nobleza y acusa la virilidad y la altivez política de vuestra raza. Se nos podrá decir que no siempre resultan convenientes las altiveces prodigadas; pero entre la sumisión inconsciente, el rebajamiento moral y las indómitas terquedades, quedémonos con lo que es nuestro; con lo último.

Nuestra raza ha surjido de las costas occidentadas de un mar tempestuoso, formando su carácter entre riscos y peñas; y los ilustres varones antepasados nuestros, parecían forjados con granito de nuestras canteras, con dulzuras de nuestras manzanas y con las nieves casi eternas de nuestros cordales.

Se ha tachado, bien lo sabeis, á la mayor parte de los socios que formais este Centro, de mas regionalistas que amantes de la nacionalidad: puede haber algo en la superficie pero nunca en el fondo.

Los hombres que crearon la patria moderna; los que recogieron el Espíritu de godos y españoles, único poder sobreviviente despues de la batalla del Guadalete, para lanzar el grito de guerra contra el invasor Agareno; los que esparramándose por las comarcas cánicas treparon el monte *Auseba* para rechazar al enemigo destruyendo la propia montaña que con tesón defendían, no pueden haber enjendrado hijos que pospongan á la dulce y encantadora pequenez del regionalismo, la prosperidad y el engrandecimiento de la pátria una é indivisible.

Don Alfonso el sabio pintó en su llanto de España la situación lastimosa en que la nación había quedado.

--Despues que la batalla fué acabada desventuradamente—dijo—fueron muertos los unos e

los otros, e fincada toda la tierra vacía del pueblo bañado en lágrimas, cumplida de apellido, huésped de los extraños, engañada de los vecinos, desamparada de los moradores, viuda e asolada, de los sus hijos, confundida de los bárbaros, desmembrada por el llanto e por llaga, fallecida de fortaleza, flaca de fuerza, menguada de consorte...

¡Que horrible pintura!

Pues esta fué la herencia que nuestros bravos progenitores recogieron y estos los refuerzos con que contaban, para llevar á cabo la empresa titánica que no tiene precedente ni tuvo segundo en los fastos de la historia.

Y no ha sido entonces la única vez que los asturianos lanzaron retos á poderosos enemigos, en defensa de la patria hollada y escarnecida.

Cuando Napoleón en sus sueños de coloso, pletórico de ambiciones, pensó que España podía ser rico florón para su imperial diadema: cuando nuestros Monarcas legítimos vejetaban pudiendo apenas soportar la indignidad de una tutela extranjera: cuando el heróico pueblo de Madrid había sucumbido con todas sus energías y todos sus ardores y todas sus patrióticas pujanzas, á la matanza del «dos de Mayo» tan gloriosamente desconsolador, y á los horrores de aquella noche satánica; los asturianos, amantes y defensores de la patria, lanzaron de nuevo el grito de rebelión contra el invasor; rechazaron la nueva nacionalidad que se les ofrecía y sacaron triunfante la que agonizaba por debilidad y rebajamiento de algunos y por la fuerza potente del gran usurpador europeo.

Al levantamiento de Asturias siguieron las de otras regiones de España, pero Asturias fué

la primera, aparte siempre el dos de Mayo.

Asturias fué la que retó á Francia en la persona de su Cónsul residente en Gijón: los estudiantes y el pueblo de Oviedo, apoyados por la Diputación, y teniendo enfrente un enemigo tan poderoso como lo era la afrancesada Audiencia, fueron los que templaron el valor astur, y enardecieron la sangre de sus comprovincianos para realizar la sublevación del 24 de Mayo de 1808.

De esta sublevación salió la chispa que prendió por la nación entera: de allí salieron las guerrillas que tanto hostilizaron á los invasores y que tan altas pusieron las condiciones guerreras de los habitantes de las montañas.

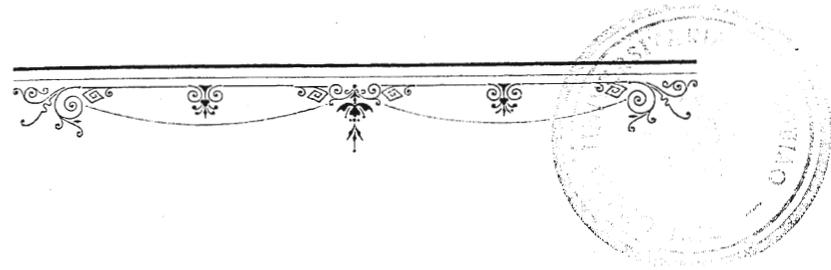
Asturianos, fueron los que sin reparar en obstáculos, ni en peligros, se encaminaron á Inglaterra pidiendo auxilios y alianzas; y aquellos nobles magnates, hijos del Principado, que habían estado exentos de alcabalas y erogaciones, contribuyeron con su dinero á la vez que con su sangre á reconquistar la nacionalidad perdida.

De entonces data la ruina de muchas familias poderosas.

Quizás debais algunos de vosotros el haber venido pobres á Cuba, al patriotismo de vuestros abuelos y al amor entrañable que á la nacionalidad tuvieron.

¡Decídmeme por fin, si los nietos de aquellos patriotas podrán inspirar jamás recelos de tibieza ni ser tildados de indiferentes para nuestra hermosa y queridísima España!

¡Perdonad! y he dicho.



GARTA DE UN ALDEANO INSTRUIDO A UN HIJO GOMERGIANTE.

PARA MI HIJO RUPERTO PEREZ: EN LA HABANA.

QUERIDO hijo de mi corazón: Parece que con los veinte años transcurridos, desde nuestra conmovedora despedida, vas olvidándote de lo que soy, de lo que sé y de lo que aprendí cuando muchacho entre la escuela de este pueblo y el seminario de la capital.

Acuérdaste, sin disputa de que me llamaban por entonces el *abogadín*, queriendo decir con esto que era yo un picapleitos algo entendido; que tenia un estante con libros; que trasegaba el «Don Quijote,» y el «Gil Blas de Santillana,» y «Rinconete y Cortadillo;» y que reventaba de risa con «Bertoldo» y la familia y que me embobaba con «Aladino» y su lámpara maravillosa.

Por todos estos recuerdos, pienso yo, que has decidido escribirme, pidiéndome consejos de *moco de pavo* y rogándome de paso que te cuente los íntimos secretos de mi vida, para saber tú á que atenerte respecto del porvenir; pues haciendo memoria de la felicidad que reinaba en esta honrada casa, quieres tener norma para comenzar una existencia que te parece á ti la más envidiable de este mundo.

Trabajillo me cuesta darte gusto; pero abramos el libro de las confesiones y puedes escucharme muy atento si es que has de hacerte cargo de lo que te diga.

Debes tener en la memoria, por habérmelo oído muchas veces, que tus abuelos y mis padres que en la gloria se hallen, dedicábanme á la carrera eclesiástica, pues apreciando en mucho mi discurso nadie les apeaba la ilusión de que yo llegaría á ser obispo cuando menos, ó guardián muy rollizo y muy lustroso de frailes agustinos; pero también recordarás que las aficiones endemoniadas que iba *el rapaz* sacando, á libros y periódicos, que ni hablaban de santos ni eran carlistones, valiéronme cuatro ó cinco tundas regulares, el pasaporte firmado por el rector del seminario y la mochila de soldado con que me adornaron en Oviedo las costillas, cuando me llevó mi padre á reconocimiento.

Mi madre que era santa, desde las madreñas hasta el pico del pañuelo de la cabeza, desfogaba, llorando, la pena de no verme con hábitos, pero mi padre que tenía más firme carácter que firmes son los arcos del acueducto de la ciudad, no quiso que me reconociesen en el concejo porque mi madre se entendía con los físicos y con el alcalde por medio de regalos, y tenía miedo á que

me declarasen sordo, cuando maldito cuanto de sordo había sacado.

Se las compuso de manera, mi padre, que desde la capital me reclamaron, y hácia Oviedo nos encaminamos creyendo yo dar vuelta para casa y sabiendo ya mi padre las vueltas que me aguardaban: las medias de la derecha y las medias de la izquierda, haciendo el ejercicio.

Tu abuelo era labrador, desempeñado, y no era poco; nada debía á nadie; cojía maíz para el año, pagaba poca renta y tenía ganado suyo; pero no quería pedir prestado para ponerme sustituto porque decía, con razón muy justa, que jamás acabaría de pagar los réditos cuanto más el préstamo que tomase para redimirme. Si antes se había decidido á *estudiarme* para cura, era porque yo prometía mucho y porque podía librar de empeños á la casa y hasta aumentar la dote de mis hermanas; pero ni el mayorazgo permitía estirar la pierna hasta fuera de la manta, ni era mi padre tan suave que me perdonase la ninguna afición que á los misales demostraba.

Fuí á servir al rey con mucha pena, y no podré decirte cuanto sufrí de *señardá*, los primeros años; mas al cabo de los ocho cuando tomé la licencia, era sargento segundo y le tenía más amor al uniforme que á la picuda montera y al calzón rabicorto.

Volví para mi casa ya con pena y sintiendo que me mandasen á *fozar* la tierra; porque á decirte la verdad habíanseme puesto los huesos unas miajas duros y me parecía imposible retorcerlos para doblar el cuerpo.

Si de muchacho no me tiraban el arado y los bueyes ¿cómo habían de tirarme á los 28

años y con dos galones amarillos en la chaquetilla de soldado?

Tentado estuve de quedarme en Madrid para buscar un empleo, pero era yo el mayorazgo; y aunque mi padre tenía pensado casar á tu tia Pepa en casa, al hacerme á mí cura, una vez que les había salido *hija* el propósito, defendió mi madre mis derechos y quieras que no quieras volvíme para Asturias dejando el corazón en los madriles.

¡Qué de trabajos pasé, querido hijo, para que no se me cayesen de la mano los *armamentos* de labranza!

Había yo dejado en la Corte una novia á quien quería más que á las niñas de mis ojos: intenciones muy santas de casarme con ella tuve durante el tiempo de nuestras relaciones, pero mis padres encontraran ya nuera y no valieron razones ni disculpas para reducirlos á darme consentimiento.

Yo quería á una muchacha que servía en clase de doncella á la generala de la dirección de Infantería, y mis padres estaban apalabrados con los de tu madre, por lo cual no tuve más remedio que obedecer sin rechistar, una vez conocida la inquebrantable decisión de tus abuelos.

Ya sabía yo que la cabeza de mi padre era de cantería y no quise insistir contradiciéndolo cuando lo ví montado en su capricho.

Aterrábale á mi madre también, una nuera madrileña que se emperegilase, y se encastillaba así mismo en que los matrimonios han de hacerse sabiendo la vida y milagros de la mujer; y de quién fuere hija; y conociendo hasta la más pequeña raiz de su árbol genealógico. Maldita de Dios la cosa que mi madre entendía de amores

arraigados, ni de mandatos del corazón ni de felicidad de uniones apasionadas: para ella todo se reducía á deberes, obediencias, respetos, bien estar, fidelidad conyugal y muchachones robustos como bendición del cielo.

Casáronme, pues, con tu madre, que tenía 20 años y era más hermosota y fresca que las rosas de Mayo.

Teníame *buena ley* según pude conseguir que me dijese el día de la boda y cobrésela yo después, porque no pudo darme Dios mejor esposa.

Fuñe fiel y constante mientras ha vivido y aunque nunca olvidé la novia aquella que en Madrid dejára, no llegó á conocérmelo tu madre, porque bien supe ocultar que la recordaba sin poder remediarlo, como supe llorar, escondido, cuando me dijeron que se había muerto tísica, algunos años después de haberme yo casado.

Sírvate de escarmiento este recuerdo, para que si te casas, heches cuentas sobre el matrimonio, y reflexiones mucho.

No te quiero decir que entre por algo para ser felices, un amor imperioso que nos mande; pero también te diré con mis razones, que la vida es Otoño interminable cuando nada la rije ni la mueve, en los altos y bajos de celos y pasiones.

Yo leía esto en cierto libro, y poco á poco iba cayendo en que el autor, copiaba lo que yo tenía escrito en la *foja* más honda de mi alma.

No vayas por esto á creer, hijo querido, que no quise á tu madre con ternura: nunca un disgusto pasó ella por mi causa; fué siempre ama y señora de lo mio; obedecíla tanto como á mi madre obedeciera y *en jamás* otra voz que la suya tuvo mando de las puertas á dentro de esta casa.

¿Para qué recordarte como *vos* ha criado?

Eso lo sabes bien, como lo saben tus hermanas casadas y felices, que llevaron, como tu madre me trajo, cuantas buenas condiciones puede apetecer el hombre para vivir en santa paz en este mundo y alcanzar la gloria en el eterno.

Pero si me preguntas *ahora* otro particular no podré darte cuenta de nada.

Si quisieres saber si fui feliz y si viví contento, contestaréte con verdad que sí lo fui; pero sin satisfacciones ni alegrías, ni sentir nunca en el pecho aquella cosa que me prometían los ojos amorosos de mi novia madrileña.

.....

Presumo por tu carta preguntona que tienes intenciones de casarte y de venirme al pueblo: si así no lo pensases no tomarías consejo, queriendo que yo te diga en que se pueden emplear aquí unos reales y que ramo de la agricultura puede darte renta mas saneada.

Fijaste para pedirme parecer, en que yo soy muy curioso y muy instruido segun dices; y aunque lo primero es verdad, porque siempre lo he sido, fáltame mucho, mucho, ¡ya lo creo! para ser lo segundo.

Leyendo papeles públicos y saludando algún libro de vez en cuando, no se pueden aprender grandes cosas; rocín sería yo sin embargo, si viviendo en la folganza como vivo, gracias á las rentucas que tu y tus dos hermanos me habeis aumentado, no procurase recordar las aficiones á leer que tenía de muchacho y que se mantuvieron quebrantadas mientras tuve que trabajar para criaros y sostener la casa en el pié regular que la dejó mi padre.

Voy á contestarte como pueda, sin pedir parecer á nadie respecto del empleo que puedes

dar á tus realitos; y sobre lo de casarte, ya te dije algo contándote mis secretos: remacharemos el clavo por conclusión, para dejar bien sentadas las costuras del sayo.

.....

Asturias no es país agricultor, querido hijo: los cordales y la agricultura son enemigos jurados; y los terrenos como el nuestro, no pueden producir mas que pastos en las faldas de las montañas, maíz en las vegas que bordean los ríos y legumbres al rededor de nuestras casas.

Cuanto, fuera de esto, pretendamos hacer será contrario á las leyes de la naturaleza.

Muchísimas aldeas están llamadas á desaparecer; los atrasos que de año en año van postorando al contribuyente, le hacen emigrar al otro lado de los mares, porque aquí donde no debía haber labradores, propiamente dicho, se empeñan todos en serlo, revelándose contra Dios que hizo así nuestra provincia.

El trigo no debiera sembrarse jamás en nuestras tierras: el cultivo de este cereal es una ruina para el labriego que pasa algunos meses con el alma en un hilo, pensando en las tormentas y en las granizadas, para cojer luego insolaciones segándolo, y majándolo á fuerza de brazos.

Y todo esto ¿para qué?

El labrador que recolecta trigo bastante para pagar la renta al amo y volver á sembrar es un potentado entre los suyos y le quitan el sombrero por la bienandanza que disfruta.

¿Merece acaso la pena?

En Asturias no tenemos el bracero de Andalucía y de Castilla y de la Mancha.

Aquí cada cual cultiva para sí la tierra, y el

que recoje maíz suficiente, es más feliz de lo que parece porque sus hijos tienen, con esto, el pan asegurado.

Luchan los aldeanos con la ingratitud del suelo para el cultivo de granos; con las volubilidades del clima; con lluvias torrenciales ó con sequías agostadoras; con los manejos de los caciques, políticos de campanario, á los cuales está sujeto el aumento ó la disminución de contribuciones y luchan, en fin, con las rancias costumbres, á las cuales viven apegados sin querer variar de postura.

Las necesidades han ido en aumento, hijo mío, á medida que los ferrocarriles y las diligencias han traído la civilización á estos antes solitarios y honradísimos pueblos; pero los medios para atender á estas necesidades son los mismos de hace muchos años, cuando la vida era patriarcal y las contribuciones insignificantes; y cuando las ropas se hacían con telas hiladas al amor de la lumbre por nuestras mujeres, y cuando se criaba buen ganado y el maíz se compraba á dos y tres reales vellón la *medida*.

Y así como en Astúrias no hay labradores, en todo lo que la clase abarca, tampoco hay ganaderos propiamente dicho; pero todos procuran engordar alguna res en el invierno para llevarla á la feria en primavera, de lo cual resulta que esta crisis que nos va consumiendo afecta por igual á los grandes y á los chicos.

Dicen que se preocupa mucha gente de remediarla y que la sociedad de «Amigos del País» piensa en los medios de atajar el mal, cosa que yo encuentro difícil, porque no se trata de un gremio ni de una clase como en otras provincias, donde se encuentran ganaderos en gran-

de escala que dilucidan entre sí lo que afecta á los intereses del gremio.

En Astúrias no podrán surtir efecto los remedios puestos en práctica en otras regiones pero, sí como dicen, es verdad que hay asturianos de buena fé que se preocupan de levantar la riqueza pecuaria, podrán conseguir mucho en plazo no lejano siempre que los aldeanos les ayuden en sus buenos propósitos.

Las pocas y malas tierras, que tenemos dedicámoslas á los cereales, privando por consiguiente al ganado de pastos abundantes y sabrosos.

Todos los que engordan bueyes los engordan á fuerza de maíz y de pan, que muchas veces se quitan de la boca escatimándolo también á sus propias familias y las interminables noches del invierno pásalas el ganado comiendo borona así como muchos días en que la nieve cubre el suelo.

¿Y recolecta Astúrias el maíz suficiente á sus necesidades?, No. La mayor parte de los aldeanos tienen que recurrir á la usura harto desarrollada por desgracia; y si el ganado es de difícil salida porque no esté bien mantenido, el labrador queda empeñado comenzando así una cadena que de año en año va oprimiéndolo con mayores vueltas.

De algún tiempo á esta parte vemos que los emigrantes van huyendo de los acreedores más que de la falta de terrenos para cultivar.

Las deudas del labrador asturiano no reconocen más que tres orígenes: la compra de maíz; el pago de contribuciones ó el haber librado los hijos del servicio de las armas.

Si añadimos á esto que va escaseando el buen

ganado y que los tratantes se encaminan á Galicia, Portugal y Marsella, tendremos una explicación racional de que la ganadería se acabe si no nos damos prisa á poner los remedios para que reviva.

Son las *parcerías* un motivo más para que se amortigüe el entusiasmo por engordar las reses.

El labrador que mantiene bueyes agenos no encuentra en la pequeñez de la ganancia estímulo suficiente para cuidarlos; y muchos que los tienen propios necesitan venderlos las más veces, para comprar el trigo que les ha faltado.

Siendo pues la abundancia de maiz la fuente principal de alimento y de riqueza para los asturianos, ya sabemos que con hartura de este grano tendríamos el problema resuelto.

Si de los países productores nos trajesen maiz y aquí entrase libre de derechos, nadie se mataría sembrándolo y dedicarían todos sus afa- nes al ganado, para el abastecimiento de carnes.

Por estos apuntitos, hechos á la ligera para darte gusto, podrás comprender que puesto yo en tu caso, dedicaría mis realitos á la ganadería: Tienes aquí las tierras que me has mandado comprarte y que á medias lleva Domingo del Pandal junto con las mías: dejándolas de prado todas, y metiendo en ellas algunas cabezas de vacuno, te encontrarías á los dos años con renta fácil de administrar y á los seis con una riqueza cuya extensión no podemos calcular todavía.

Si piensas retirarte con tus ahorros, bien se me alcanza que no vienes á trabajar la tierra, porque ya no es posible que así sea; pero para cuidar ganado, no perdiendo de vista

á los criados que lo manejen, sirves tú como sirve todo el mundo por poco que le llame el entendimiento hácia ese tráfico.

Podemos también dedicarnos si es que te decides al cultivo de la alfalfa y del ramié, pastos poco conocidos en estos andurriales y todavía nos queda tiempo para mejorar las arboledas que van perdiendo mucho y de cuya riqueza no hacemos aquí todo el caso que debiésemos hacer.

No vayas á creer que con esto llevo yo miras interesadas ni que voy buscando bienes personales en provecho propio; nada de eso: ya sabes que tu padre nunca se acordó de sí cuando pudo hacer bien y si no lo sabes dígo- te, que quiero más que á mí propio á esta provincia y que diese los años que de vida me restan por verla tan feliz y próspera como la sueño en mis afa- nes.

Si el tráfico de maiz se hiciese, tendrían carga los barquitos de cabotaje y pan los mariner- os de nuestras costas; si el trabajo del campo disminuyese irían más años á la escuela los mu- chachos, y se desarrollarían entre nosotros los oficios; y entonces el fantasma del servicio mili- tar que se considera una ruina porque quita bra- zos á la tierra, dejaría de serlo, ganando mucho con ello la patria y los reclutas; y ya con esta conformidad dejarían los padres de tomar dinero á réditos para comprar á los Alcaldes una liber- tad de Quintas que á veces sirve para que otros emigren con nombre subplantado.

Otra de las cosas que puedes emprender con grandes probabilidades de ganancia es la cría de aves para la exportación; y una vez que alguien se lance á este comercio y vayan los aldeanos tocando el resultado favorable, cambiarán ellos

tambien de sistema y emprenderán vías nuevas abandonando la rutinaria de sembrar terrenos que la naturaleza no ha creado para dar cereales. Aumentando el comercio aumentarán las comunicaciones; se harán indispensables los ferrocarriles; tomarán incremento los puertos de baños que apenas hoy comienzan á ser conocidos y todo lo llegaremos á lograr con un poco de buena voluntad para dar el ejemplo y con perseverancia y firmeza para mantenerlo.

Me has preguntado en que puedes trabajar aquí empleando cuatro mil duros que tienes libres y yo creyó haberte dado como padre el mejor de los consejos.

A los treinta y tres años que tu tienes, ningún hombre debe dejar el trabajo, mucho mas si la suerte no le ha soplado bien, como parece no haberte soplado á tí en esa isla; no te apures por eso; deja muy alto el nombre honrado de tus padres y confórmate con lo que tienes que con menos has venido al mundo, ya que viniste en cueros.

.....
Ahora sí que se me presenta más difícil de contestar la otra preguntita:

Dices que quieres saber mi opinión sobre si vendrás casado ó si vendrás soltero y yó no puedo contestar nada seguro. Díjete rápidamente algo de mí vida pasada y aunque me llene de orgullo que quieras darme gusto en ese trance, el más grande á que se arriesga un hombre, veóme yó en calzas prietas para aconsejarte porque antes mil veces prefiriese morirme, que indicar una cosa que no llenase tú corazón por completo.

Si tienes algo pensado por ahí; si tu palabra

está empeñada y si confías en el amor de una mujer, cástate con ella; pero antes hazle tu situación presente; exponle tus ideas; cuéntale tus propósitos y dile que piensas venir de vez para tu pueblo y no le ocultes que quieres hacer la vida del aldeano, aunque con las ventajas de bienestar que tus ahorros pueden proporcionarte.

Si piensas casarte en esa, y venir como dices, no traigas á tu mujer engañada: tenemos en el pueblo un ejemplo reciente y las carnes me tiemblan al pensar que pudiese en mi casa repetirse lo que en casa de Pepe Rico se lamenta.

Ya sabes que vino Juan de esa y que vino con propósito firme de quedarse; pero lo que aquí no sabíamos era que había ocultado la resolución á su mujer, que contaba hacer un viaje de recreo y regresar á Cuba después de darse gusto.

Pronto comprendieron los padres de Juan Rico que su nuera se avergonzaba de ellos y las cuñadas advirtieron que ponía reparos á ir á las romerías, estableciéndose disidencias que pusieron la casa endemoniada con dimes y diretes.

Viendo el padre de Juan que su nuera no hacía migas con ellos, aconsejó á su hijo que comprase casa en Oviedo y que se fuese allá para quitar motivos de riña entre el matrimonio ya que no conocían otra causa que las diferencias de traje y de costumbres.

Juan que estaba muy enamorado de su mujer, encontró razonable el consejo paterno, pero tropezó con la resistencia de su compañera, que al comprender las intenciones del marido replicó, formalmente que no se quedaba en España y que tomaba el tole si la contradecían.

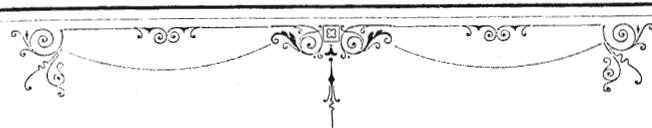
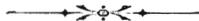
No quiso Juan ser blando ni que le plantasen *en rostro* su falta de caracter y cuando creyó que tenía amansada la fiera se le escapó esta hace ocho días con Joaquín de Pina que vino á pasar el verano con la madre.

Como Juaco es buen mozo y cuentan que está rico, no faltan malas lenguas que digan que se *namoró* ella; pero es el caso hijo, que el pobre Juan quedóse acá y está medio alelado *en fuerza* de vergüenza.

Piénsalo todo mucho; no partas de ligero y antes que te decidas consúltale *al tirano* que siempre es la mujer, para que no se llame luego á engaño y puedas tu obligarla con derecho si no quisiere hacer lo que tu quieras.

Tu padre que te abraza

PEDRO PEREZ.



LA CASA DE ASTURIAS



CUANDO hace año y medio fui invitada á la inauguración de la luz eléctrica en los entresuelos del "Centro Asturiano", bauticé aquél edificio con el título que encabeza este rapidísimo trabajo, escrito á vuela pluma, y á ruego de mis amigos los redactores de *El Heraldo de Asturias*.

Apenas dos horas me han señalado para escribirlo de la cruz á la fecha y esta imposición tendrála por inquisitorial todo el que haya pisado la noche del jueves los regios salones del «Centro Asturiano» de la Habana. Dos horas para describir aquello!.... ¡Pero si no se dice en dos años lo hermoso que estaba!

Repito que bauticé con el nombre de *La Casa de Asturias* la que prometía tanto, y hoy

después de haberla visto terminada, podría abarcar con su título la nación entera.

La casa de España debiéramos llamarla, ya que el amplio criterio de su Junta Directiva traspasa los límites del regionalismo, con lo cual nada pierden el recreo, el buen gusto y el interés de la patria, una é indivisible.

Mucho tiempo hacía que la mente de todos los asturianos y de muchos que sin serlo gozan en esas grandes fiestas, que forman época en la vida de los hombres y en la crónica de los tiempos, estaba obsesionada con una idea, con un deseo, con una noche.

La inauguración del «Centro Asturiano» era el descomunal juguete para los curiosos y para los impresionables; como era el *gran día* para los que á fuerza de constancia y á prueba de sinsabores y á despecho de todos los obstáculos naturales en las grandes empresas, veían coronados sus esfuerzos y contemplaban la enseña de la tierra querida sobre el pavés de sus titánicas luchas.

Yo no voy á describir los salones que he calificado de régios sabiendo á cuanto obliga el adjetivo, y sin caer en las exageraciones que en esto como en todo las hay, si bien disculpables y hasta perdonables en gracia al entusiasmo y al buen deseo ¡y si no! ¿cómo dejar de perdonar á mi querido amigo Valdivia, aquello de *tapices gobelinos* así como suena, y sin bastardilla, en la minuciosa descripción que del «Centro Asturiano» ha hecho?

Nosotros sabemos que la imaginación de Aniceto lo agranda todo, lo ennoblece todo, lo abulta todo, lo deprime todo, pero donde lean fuera de aquí *La Lucha* del día 7, y vean que

gastámos *gobelinos* para las escaleras de un Centro de recreo, castañetearán la lengua contra el paladar y dirán en el colmo de la sorpresa: ¡Caracolitos con los asturianos!

Y si yo no voy á describir el «Centro» porque ni hace ya falta, ni tendría oportunidad, cuando tantos lo han descrito con la fantasía que el caso requiere, voy á decir algo de la fiesta inaugural, fiesta que se puede marcar con piedra blanca en los fastos de la sociedad habanera.

*
* *

Como de todo acontecimiento que rompe la monotonía de un pueblo, y el que nos ocupa ha hecho cachos la que en este emporio comercial esencialísimamente, tiene pocas soluciones de continuidad, se ha dicho mucho, se ha comentado más y se ha desbarrado no poco.

La oficiosidad de un diario callejero perturbó por unos días á los mismos asturianos y puso en ebullición las conciencias patrióticas de todos los buenos españoles, á causa de frases mal interpretadas ó imprudentemente dichas.

No era el nombre del señor Montoro, invitado reiteradamente para pronunciar un discurso, nó; el nombre del señor Montoro, hablista castellano, dialéctico nuestro, mal que pese á los que pretenden buscarle avatares griegos; el señor Montoro, tribuno español, amamantado en la ubre fecundísima de nuestros parlamentos y resellado con los aplausos alcanzados más de una vez (por su elocuencia y por su corrección) en las Córtes del Reino, ni podía, ni debía ser sospechoso en *La Casa de Asturias*, en donde tienen entrada todas las inteligencias, sean

cuales fueren sus tendencias políticas, siempre que estas tendencias obedezcan al verbo uno y trino de la patria española.

Con los adversarios podemos discutir, con los enemigos no hay discusión posible.

No era pues, repito, el nombre de Montoro el que soliviantaba los ánimos patriotas; Montoro no es nuestro enemigo y si lo fuese tampoco nos deshonraría que se lo solicitase con insistencia, porque á los grandes hombres es á los que hay que perdonar grandes errores; eran los nombres de medianías enemigas, lanzados en son de tolerancia, débil por nuestra parte, de tolerancia equivalente á una exposición de armas ayer afiladas y bruñidas y hoy melladas y *ferroñosas* por el desuso y el abandono.

El diario que gozó en llevar la perturbación al seno de la familia asturiana, aseguraba hablar por boca de un astur, parte muy integrante en la Directiva del Centro: Si el periódico no menta creemos que el astur en cuestión no fué comprendido en aquel calificativo célebre de «aves de paso» ni le ha tocado nada de los apóstrofes con que se nos *acarició* en una velada de la «Caridad del Cerro» no hace mucho tiempo.

Más dejemos esto: los ánimos se han aplacado: la inauguración resultó un triunfo y después de la victoria ningún general vuelve grupas á tiquis miquis averiados.

*
* * *

Voy á fiar á la memoria lo que ví, lo que escuché y lo que más hirió mi sensibilidad, tínicamente localizada aquella noche.

La entrada al edificio fué el acto más difícil

de cuantos se han realizado desde que se comenzaron las obras de reparación. Las barreras humanas eran infranqueables, aterradoras; no fué posible *reservar* ni las escaleras *reservadas* para las comisiones y para las autoridades y demás personas cuya presencia se había solicitado por medio de B. L. M. del presidente.

Después de traspasados los amplios dinteles, se ascendía con más facilidad; podíamos darnos cuenta de la magnificencia aunque de manera poco satisfactoria para la curiosidad y el asombro de que el ánimo se poseía.

Nueva empresa titánica: llegar, una vez ya en los salones, á los asientos reservados: aquello no se describe, se deja uno aplastar y enmudece.

El efecto del recinto resultaba deslumbrador, grandioso, imponente, y la impaciencia dominaba á los miles de personas, cuyas almas estaban suspensas en las regiones de lo ideal; porque algo y mucho de ideal tiene la combinación de flores y luces distribuidas con el más alto y exquisito gusto artístico.

Yo estoy *enojada* con el presidente de la Sección de Recreo y Adorno, mi querido amigo Rosendo Fernández, pero al recordar que llevó al Centro toda la poesía de su cerebro olímpico, amasado con notas musicales y colores divinos, olvidé casi mis enojos y dije quedo, muy quedo: ¡Qué honra para Luarca!

Luarca es el pueblo de Rosendo.

Ya nos íbamos impacientando cuando aparecieron la inteligente señora de Noriega y la Reina de la fiesta, del brazo de dos caballeros, que las conducían al escenario para que cumpliesen la misión que se les había confiado. Se descorrió la cortina y apareció el escenario en

donde se agrupaba la Directiva, al rededor de las señoritas Valle, Esperanza y Clara, representando una á la Habana y la otra *monina* y graciosa con el traje provincial de Asturias.

Estoy segura que al leer «Reina de la fiesta» en todos los pensamientos se dibuja un nombre; Concha Valle.

Ella era: la señora asturiana estaba radiante, bellísima, encantadora.

Yo que me callo siempre ante la magestad del dinero, hablé ante la magestad hermosa y sentí orgullo; y quedo tambien, muy quedo dije: ¡Viva Asturias!

Joven, elegante, lujosa, (sin profusiones de mal gusto) severa entre los pliegues artísticos de su risueño traje color oro pálido, adornado con perlas y luciendo brillantes purísimos y gruesos, estaba mi paisanita ocupando su puesto de compañera amante y digna del hombre generoso al cual se debe la erección de ese templo regional, gala de la Isla y orgullo de Asturias.

Conchita Heres, merece su posición y sus millones; ni la fortuna, ni la importancia que en esta Sociedad tiene su marido han sido bastante á enorgullecerla: es afable con todos, cariñosa con pobres y ricos; sencilla para nobles y plebellos y virtuosa para cuantos la rodean.

Hay muchas maneras de honrar la tierra donde se ha nacido, y en el terreno privado Concha la honra con sus bondades y con su pureza.

¿Quién puede negarle el galardón de musa inspiradora del Centro Asturiano?

Recuerdo que á mi paso para New-York me decía Prudencio Noriega—Sin el dinero de don Manuel Valle no habría Casa ni habría Centro ni habría nada—y Noriega me refería detalles

que honran al noble astur, noble por sus bondades, noble por su honradez y noble por su alteza de miras.

¿Qué nudo invisible ató las expeditas lenguas de Saturnino Martínez y José Aguirre, para que tan absolutamente se olvidasen de su Presidente, del factor, importantísimo, del que trajo las gallinas en una palabra?

Todos sabemos que sin la caja de D. Manuel Valle no habría Centro Asturiano, pues aunque Aguirre pidió con entusiasmo plausible, aplausos estruendosos para cincuenta obreros que se asociaron primero, y para el iniciador del Centro cuyo nombre no recuerdo, sobrado sabe Aguirre que cincuenta hijos del trabajo sujetos al jornal con ansia esperando el sábado para cubrir las atenciones de la semana, no pueden aprontar otra cosa que entusiasmo y buen deseo con los cuales se llega á poseer una *accesoria* para reunirse pero nunca un semipalacio cuyos salones elevó al séptimo cielo el Sr. Aguirre, con muy poca modestia por cierto; pues que ya sabe mi distinguido amigo y buen orador que esas cosas las cantan los ciegos de la otra parroquia.

Voy creyendo que me pongo insoportable en fuerza de digresiones: recojo velas y tómo el hilo; falta me haría el de Ariadna en este laberinto de la belleza y de la poesía.

*
**

Un acorde estruendoso de la orquesta dirigida por el maestro La Rubia me volvió la vida sacándome de la contemplación muda.

Era que comenzaba la fantasía de este

Maestro titulada «Por Asturias,» escrita para este acto y dedicada al Presidente del Centro.

La fantasía me resultó un poema musical asturiano, con recuerdos vivos de nuestras canciones y reminiscencias apenas veladas, pero bien percibidas por mi oído aldeano, de la música pastoril de nuestros *cordales* y de las giraldillas salerosas de nuestros campos.

No voy á desentrañar composición ni contrapunto, por más que creo no decir una heregía diciendo que el Sr. La Rubia es en contrapunto un maestrazo: no me meto en dibujos musicales, pero la fantasía me gusta mucho, haciéndome la ilusión (un colmo) de que la oía bien ejecutada, siendo como fué la ejecución, un desastre.

El maestro tampoco la dirigió como si fuese suya: cualquiera podía creer que era de un enemigo y no supo ó no quiso, imponerse á los descarriados instrumentos que le degollaron su bella obra.

Parte del público pretendió degollar á sí mismo el pasaje más inspirado y más musical de la fantasía; el *tutti* felicísimo, vocal é instrumental, del Himno de Riego «Virgen Soberana» y Marcha Real.

Los acordes de esta última produjeron siseos inconvenientes y fuera de cacho.

Vamos *paisaninos*; menos sangre roja, que todavía la monarquía no obliga á sus *súbditos esclavos* á ponerse de pié cuando se toca la marcha Real como las naciones republicanas de América obligan á sus *ciudadanos libres*, sin distinción de sexos ni de edades, á levantarse y descubrirse en cuanto suenan las primeras notas de la canción nacional.

Hasta «La vida por el Czar» se oye con res-

peto y con admiración, no por el Czar: por el arte.

Habló Saturnino Martínez y nos llevó y nos trajo en alas de su fantasía, bien llevados y bien traídos. La mujer cubana fué objeto preferente de sus halagos y esta galantería que ya huele á puchero de oradores pasados de moda, pues que la mujer cubana se decanta sola por sus merecimientos, como se decantan en todas partes las mujeres que valen, ha sido *noblemente* devuelta al vate aflagranado por los cronistas habaneros en su mayoría.

Los tales cronistas *cursis*, si señor, que se pasan la vida gorgeando ditirambos de talco, no tuvieron una frase para la que nos proporcionaba aquella noche espléndida y aparecía hermosa sobre las hermosas.

Pero Concha es peninsular y los chicos *cronistas*, no hacen justicia nunca á las uvas verdes.

Gracias criaturitas, en nombre de vuestro compañero Saturnino Martínez.

* * *

Don Joaquín Ruiz es un orador fácil y correcto: su tema aunque bueno y de lucimiento no era para aquel auditorio: la atmósfera de un público que *aquí* se compone de elementos heterogéneos y muy encontrados, asfixia, y el Sr. Ruiz aunque no se asfixió, pudo escurrirse fácilmente comprometiendo su fama.

Yo le oía por vez primera y me complazco en haberle oído: habla muy bien: le aplaudí un pasaje descriptivo cuyo párrafo contorneado y dicho con expresión clásico-poética, fué un encanto de pureza y de elevación.

Habló y habló bien Aguirre: Desde la pri-

mera vez que le oí ha ganado mucho, muchísimo: lástima que no se corrija los *perfetos* pudiendo como puede corregirlos.

Hizo ó creyó hacer la historia del «Centro»; para mí no la hizo, y si hoy pregunta al noventa y cinco por ciento de los asturianos le contestarán como yo; que es muy pronto para que la Asociación sea ingrata con el que le prestó su dinero, su entusiasmo tranquilo, y su buena fé nunca desmentida; con el Presidente.

Ya sabemos que las grandes ingratitudes llegan con el tiempo pero el Sr. Aguirre se adelantó al porvenir.

¿Era consigna?

No lo creo; no puedo creerlo, pero el silencio resultó tan significativo que será la comidilla asturiana por espacio de mucho tiempo.

Terminado que hubo el orador fogoso elevaron al Presidente una súplica para que se alterase el programa.

Querían *algunos elementos* que hablase Eduardo González, el jovencito anarquista paisano nuestro, y D. Manuel fué débil autorizándolo: no debió consentirlo.

González podría ser algo mañana y no será nada jamás si repite actos como el del jueves pasado. Sobre todas las cosas, está el sexto sentido, que como dijo Sagasta, es el de hacerse cargo; y mi apreciable amigo no se ha hecho cargo del local, ni de la concurrencia, ni de que presentes había entidades respetables, invitadas con fines distintos de los que se proponía el tribunito de los socialistas.

Lo siento por él, y porque siento siempre que se malogren en ágraz, los racimos de la inteligencia y del estudio.

Después que habló González, nos quitó el mal humor el maestro Julián, con la fantasía morisca de Chapí: ¡Bien ejecutada!

¡Valiente batuta, maestro!

¡Chóque usted!

Como yo soy un *ostión* metido en su concha eternamente, encuentro nuevo todo lo que voy viendo; por eso no sabía que puntos calzaba este maestro dirigiendo.

No hablo de Cervantes ni de la señorita Otero porque digo la verdad: no pude oírlos, y no quiero juzgarlos.

Estaba riñendo con el Alcalde cuando ellos tocaron.

Y a propósito del Alcalde.

La señora de Corujedo es un *cacho* de cielo.

Todos los malos Alcaldes tienen suerte y si no que lo diga Bosch y Fustigueras haciendo caer un ministerio por sus alcaldadas.

El Coro Asturiano bien dirigido y todo lo ajustado que podía resultar en tal noche y con semejantes emociones: la cantata el «Regreso á la Patria» es de muy difícil empeño.

Mi aplauso más sincero y entusiasta para el Sr. Raluy y para los jóvenes que lo secundan.

El barítono García, paisano nuestro también, tiene voz robusta y agradable, pero como García parece no haber entrado de lleno en la carrera, pues de haber entrado no lo tendríamos en la Habana sin contrata, quizás se descuide y no llegue á donde podría llegar con vocación profunda, á prueba de amarguras y de privaciones y de desencantos.

Yo quisiera que llegase y el puede.

¿Porqué no quiere?

* * *



Lo mas saliente del programa era el discurso de Montoro.

Cuando el gran orador subió á la tribuna ya estaban presentes las autoridades todas, civiles y militares, que habían concurrido antes al banquete con que el arma de Infantería festejó á su patrona la Purísima Concepción.

Todo el elemento oficial desde el Gobernador General para abajo: caballeros representantes del dinero, de la política y del saber, descolando entre estos los señores Varona y Jorriñ; políticos en activo servicio, como don Francisco de los Santos Guzmán, el Marqués de Apezteguía, el Conde de la Mortera, el Presidente de la Diputación y el Marqués de Pinar del Rio; representantes de cuantas sociedades regionales hay en la Habana y cuanto aquí bulle, figura y se mueve; en una palabra todo se había congregado en aquellos deslumbrantes salones disponiéndose á escuchar la palabra de Montoro que fué saludado al ocupar la tribuna con una estruendosa salva de aplausos.

Entre los seis mil socios hijos del trabajo en su mayoría, que de pié se agolpaban detrás de las sillas destinadas á unas mil señoras no se oyó ni un rumor y se hubiese podido percibir el zumbido de un cinife.

La peroración de Montoro estuvo correctísima y ajustada al objeto. Tuvo frases tan felices y tan oportunas que no puedo seleccionar sin que se me atropellen las ideas: dejé á todos contentos.

No sé si lo estaría D. Francisco, pero aplaudió y yo escudriñaba su sonrisa (la sonrisa de Santos Guzmán que hay que apreciarla por el forro y no por el lado derecho) y tras el pliego

de sus aristocráticas mejillas se leía esta reminiscencia del poeta.

«Lástima grande, que no sea verdad tanta belleza.»

El final del discurso de Montoro me *dislocó*; perdóneseme la chabacanada.

Aquel arranque de unión Ibero americana que á mi me pareció salir del alma, unión á la cual he consagrado luchas y desvelos de mi pobrísima vida intelectual, me hizo entrever ese cielo de preponderancia que yo en mis sueños (también me permito soñar) ansío para la raza ibera.

¡América, Asia, Africa, España?.....

¿Quién ha dicho que somos decadentes, cuando todavía nuestra lengua es la dueña del mundo?

Voy á terminar con un aplauso á Triay y otro á Saturnino Martínez, por sus composiciones poéticas.

El primero leyó y el segundo recitó, ambos correctamente. No juzgaré del mérito de los versos; solo sé que fueron oportunos, que gustaron y que se aplaudieron. Creo que ninguno de los dos pretendía otra cosa.

Ni puedo nombrar á todas las señoras que me llamaron la atención por su belleza, ni aunque pudiese me sería fácil; tropezaría con el inconveniente de no saber sus nombres.

Yo no frecuento la sociedad y por lo tanto no la conozco.

Pero además de las señoras citadas al principio, lucían en aquel Cielo, tres cubanas bellas y distinguidas: tres tipos tan opuestos como interesantes cada uno por su estilo, esposas las tres de asturianos conocidos y muy apreciados.

La señora de Patricio Sánchez, hermosa criatura; la espiritual y elegantísima Lola Monteverde, compañera digna de ROSENDO y Rosita Quiñones, mujercita adorable, trigüeña con ojos verdes como el ideal de Gustavo Adolfo.

Antonio Diaz Blanco es el dueño feliz de esta joya cienfueguera

Y.....

Colorin colorao por hoy: los olvidados que perdonen, los resentidos que se alivien.

Yo digo lo que siento: no pensaba decirlo, pero á la fuerza me han sacado á bailar y he bailado.

Si he perdido el compás culpa fué de los músicos que han desafinado.

El Heraldo de Asturias me puso en el disparador con su petición reiterada.

NOTA BENE.

Esta crónica me ha valido algunos varapalos y no pocas enemistades por haber señalado la omisión incomprensible de la personalidad más relevante en la formación del Centro: de su Presidente don Manuel Valle y Fernandez.

Pero.....

Aun cuando yo cargué, no pacientemente, con el saco de las piedras, triunfaron mis opiniones en toda la línea.

Pocos dias después con ocasión de celebrar su santo el señor Valle, obsequiólo la Directiva que preside, con un precioso álbum en el cual han escrito algo todos los individuos de la Junta.

Los autógrafos no se refieren á otra cosa que á lo mucho que debe el «Centro Asturiano» de la Habana á su actual Presidente.

La mayoría repiten lo que yo ¡he consignado; que sin don Manuel Valle no hubiese habido *Casa de Asturias* de tanto fuste.

Me conformo con los varapalos porque han hecho justicia á los méritos del bondadoso astur y á la imparcialidad de mi pluma.

¡Satisfecha!



MARIA DE PIN

(A MI MADRE.)

LE llamaban Mariquina la Santa porque era bondadosa, de carácter muy dulce y tan blanca, tan colorada y tan rubia, que parecía amasada con leche, con harina de flor y con polvos de oro.

Mariquina era orgullosa por temperamento: creíase superior á las demás y con exacta conciencia de su valimiento rechazaba sin altanerías, pero con dignidad, á todos los aldeanos que la pretendían para matrimoniar. Huérfana de padre y madre, tenía un hermano mayor casado y con hijos y este hermano veía con malos ojos que Mariquina despreciase cuantas proposiciones se le presentaban.

—¿Con quién piensas casarte?—le preguntaba el jefe de la familia.

—Con nadie, replicaba la muchacha.

Y Xuanon, el hermano, que era bruto de veras sin poder remediarlo comenzó, á partir de esta contestación, á burlarse de la hermana, á llamarla *marquesa* y á contar por el pueblo que María despreciaba á los de calzón de sayal porque los quería de *pantincour* y de reló en el *bolso*.

Duras habían sido para Mariquina las burlas y las chanzas que contra ella se desataran: sufríalas, sin embargo, sin replicar palabra, porque en medio de todo le servían para ahuyentar moscones.

Los disgustos entre María y su cuñada menudeaban también conforme la una despreciaba pretendientes y la otra veía que se prolongaba la soltería de la hermana de su marido.

Pero las agarradas llegaron á mayores cuando un labrador rico pretendió á Mariquina, demostrando estar tan enamorado que no reparaba en dote por peso más ó menos.

Dos mil reales podía llevar María de su legítima, si su hermano le daba lo que debía darle, pero la mujer de Xuanon pensaba bienamente que si el rapaz estaba ciego, como parecía estarlo, bien podrían mermarle veinte pesos sin escrúpulo alguno de conciencia.

Mariquina había dicho á este novio que no, como lo había dicho á otros y con aquella negativa puso la primera piedra en el edificio de sus desventuras.

—Estúpida, pollina, bestia, orgullosa, mentecata ¿qué estás aguardando? le decían en su casa.

—Yo no aguardo nada: no tengo ganas de

casarme porque no quiero á nadie ¿pretendeis que me case sin tener ley al marido?

—La ley entra—respondía la cuñada—y cuando llega una proporción como esta se aprovecha porque si esperas otra, no te cae por barba.

—¡A mi que me importa!

Y Mariquina haciendo un mohin, daba la vuelta, cojía una herramienta para marchar al campo ó derramaba el agua de la *ferrada* con el único objeto de cortar la discusión yendo á la fuente.

Así pasaron años y más años llegando Mariquina á los cuarenta.

Pero ¡que cuarenta años! Representaba veinticinco; tenía toda la frescura de los prados donde segaba hierba, y el color de los repinaldos; y los ojos garzos con pestañas negras y una mata de cabello rubio con reflejos tostados que daba enojos al sol cuando sobre su moño hacía visajes.

Vestía con bastante limpieza la indumentaria aldeana y sentábale como unas rosas aquel pañuelo rojo con flores amarillas que anudaba con gracia detrás, en la cintura.

Cuando remangaba la falda de percal dejando al descubierto el refajo encarnado con cintas de terciopelo negro, y se le veían los zuecos tan curiosos y bien hechos, con piezas de borcegui muy alto, se comprendía por lo que asomaba bajo el borde del refajo que Mariquina debía ser una estatua en la corrección de formas.

Tenía labios de bermellón y dienteitos de aljofar, tan iguales y blancos, como perlitas alineadas en formación correcta.

Pocas veces, muy pocas, sonreía Mariquina;

pero cuando su rostro se plegaba abriendo una sonrisa, asomaban las dos hileras de cuentas y resultaba su boca tan graciosa que jamás otra semejante pudo causar impresión á un hombre apasionado.

El asombro de todo el pueblo era que no pasasen años por María: trasplantada de pronto á un país donde se desconociese su partida bautismal, nadie se atrevería á echarle ni 30.

Parecía ella no advertir el don de la perpétua juventud que la naturaleza le otorgara y continuaba impasible en la monotonía de su trabajo rudo; hablando poco á su cuñada, dirigiendo la palabra sin mirarlo á su hermano y dejando de besar á sus sobrinitos desde el punto y hora que caminaban solos.

Parecía que conforme las criaturas iban creciendo se apartaban intuitivamente de la solterona que los miraba ya como enemigos de su estancia en la casa.

Acababa de cumplir los cuarenta Mariquina, cuando un escándalo fenomenal, de esos tan asombrosos como inesperados fué á trastornar el pueblo grandemente. María de Pin estaba embarazada porque le crecía el vientre y porque las faldas no caían redondas y porque de repente había dado un bajón terrible su hermosura saliéndole á la cara el mal paso y los años.

Enterarse Xuanón y encerrarse en el desvan con la hermana todo fué uno: era preciso saber como había sido aquello: quien era el novio de María y donde se había llevado á cabo el desperfecto.

—Ven acá, mala pécora, ¿es cierto que estás embarazada?—preguntó Xuan de Pin á Mariquina.

—Es verdad que lo estoy *¡pa* qué negarlo?

—Indina, sinvergüenza, grandísima bribona ¿y dónde tienes el novio?

—Donde á tí no te importa.

—Vas á decirme quien es porque si no te cuelgo de esa viga!

—Puedes ir preparando la cuerda porque no te lo digo.

—Mira bien lo que haces por que te descuartizo.

—No te descuides mucho si es que piensas hacerlo, porque como yo presuma que me vas á matar lo que tengo en el vientre dejándome con vida, júrote por mi madre que te mando á dormir á la *casa sin vigas*.⁽¹⁾

—¡María no me provoques!

—No te provoco Juan: déjame en paz.

—¿Que te deje yo en paz y sin saber dónde tienes el novio?

A tí nada te importa: cada uno paga con su cuerpo y tú no has de sentir los dolores de parto.

¿Y la vergüenza quien la siente?

—¿Quién te manda tenerla? A tí no han de echarte la culpa: no soy ninguna muchacha de 15 á quien hayas dejado suelta: yo cometí la falta y yo la pagaré.

—Pero dime quien es tu novio para que te cases con él.

—Déjate de casorios porque no quiero casarme.

—¿Qué no quieres casarte? ¿Quieres vivir entonces amancebada?

Anda, que te perdono la herejía.

(1) El cementerio.

—Pues anduviste en algun mal paso con un hombre casado?

- -Tiénesme muy en poco.

—Téngote en lo que eres.

—¿Qué soy?

—Una bribona, tunanta, que me deshonoras á mí y á mi mujer y á toda la familia.

—Vaya, hombre, vaya; pues si *vos* deshonor me marcharé de casa: *dáime* lo mío y me voy ahora mismo.

—¿Qué te dé yo lo tuyo sin verte casada y viviendo como Dios manda? Que se te quite de la cabeza: ó me dices de quien estás embarazada ó no te doy un real y te echo de casa.

—Pues ya me voy sin nada, porque no lo digo.

—¿Qué no lo dices?

—¡No!

—Mira que te rompo un brazo

Y dicho y hecho, cogió Xuanon una estaca que en el desván había, y descargó con ella un terrible golpe en la espalda de su hermana. Mariquina dió un salto de tigre hambriento y se lanzó sobre su hermano para quitarle el arma, pero luchando luchando cayeron al suelo hechos un ovillo. Ella era una moza garrida que podía medir sus fuerzas con las de cualquier hombre, fuerzas que se le redoblaban con la ira de que estaba poseida por lo cual no llevaba el hermano la mejor parte en la lucha.

Al ruido que hacían revolcándose, subió la mujer de Xuanon y viendo á éste y á Mariquina en el suelo, pegándose puñetazos, mordiscos y patadas, se lanzó sobre ellos para separarlos, aunque sujetando á su cuñada para quitarle la acción.

—¡Matones, sinvergüenzas, cobardes! ¿venis dos contra mí? pues no *vos* temo—dijo Mariquina. Y haciendo un esfuerzo rabioso con brazos y piernas rechazó al hermano y á la cuñada que la creían segura debajo de los dos.

Sea que Xuanon estuviese satisfecho, sea que atendiese las razones de su mujer, que le decía: «déjala, Juan, que si malpare vas á ir á la Cárcel.» Es lo cierto que vomitando frases groseras y dejándose sujetar por la mediadora dió tiempo á que Mariquina se pusiese de pié y cogiese la tranca que su hermano había soltado en la refriega.

—Criminales, bandidos, dijo Mariquina descargándole un garrotazo en la cabeza, garrotazo que le hizo caer al suelo atontado y arrojando sangre por una herida tremenda en el parietal izquierdo.

La mujer de Xuan comenzó á dar gritos pidiendo auxilio, pero sin atreverse á vengar á su marido; y Mariquina dispuesta á ir camino de Roma por todo, sacudió otros dos garrotazos en las espaldas á su cuñada, y salió del desván arrojándoles cuantos improperios le acudían á los labios.

Los chiquillos que oyeron los gritos de su madre, gritaron también agrupándose aterrORIZADOS y al ver á su tía bajar la escalera huyeron despavoridos temiendo á la tranca que todavía no soltara de la mano.

—Debiera *matarvos* condenados, hijos de malos padres: ¡no querían ellos matarme el mío! Pues como tenga un mal parto; juro á Dios Baco y serrano que no quedais ninguno para contarle á nadie.

Mariquina se fué á su cuarto, amontonó su

ropa, la metió precipitadamente en un arca de madera, cerró el arca con llave y la subió como pudo sobre un poyo de piedra que había en la habitación; hizo con su delantal una rosca que colocó sobre la cabeza y poniéndose en cuclillas para cargar con más facilidad, asentó el arca sobre la rosca equilibrándola bien para que no se tambalease: Hizo dos ó tres esfuerzos para levantarse y se puso de pié al fin, saliendo sin responder á los vecinos que acudían atraídos por los gritos de la mujer de Xuanon y de los chiquillos.

Fueron avisados el alcalde y el juez de paz, y el pedáneo, y el alguacil, y el médico y el cura; todo el pueblo se reunió allí para hacer comentarios, procurando disuadir á Xuan de Pin de que diese parte de su hermana.

Pero ni marido ni mujer se apeaban de querer mandarla á presidio, y solo cedieron cuando un aldeano de muy buen sentido y medio letrado, dijo:

—Bueno Xuan; pues entónces atente tú á las resultas. Acabas de confesar que pegaste primero á tu hermana porque no quiso decirte de quién estaba preñada; y como eso sólo ya es un delito gordo, tú sabrás por *aonde* vas á salir del fregado.

—Pero yo hago las veces de padre y puedo matarla.

—¿Quién te lo dijo, *hom*. Lo que tú puedes es echarla de casa, pero, ¿matar á una mujer soltera porque esté embarazada? ¡Dios nos libre! para eso no hay castigo en las leyes, ni debe haberlo, ¿te parece poca desgracia la que les echa el mundo encima?

Convenciose el hermano de Mariquina de

que debía callar, y pedir á Dios qué su hermana no tuviese malos resultados, y á los quince dias ya se desentrapajó la cabeza, porque no teniendo esperanza de castigar á la agresora, lo mismo le daba que lo diese el médico de alta ó que no lo diese.

Ninguna consecuencia tuvo Mariquina, más que la de no volver á poner jamás los piés en la casa de sus padres, en aquella casa que tanto había querido, tanto, que según ella había dicho muchas veces, la pena de tener que dejarla era el principal motivo para no casarse.

Alquiló una bodega; ⁽¹⁾ que le costaba dos medidas de trigo al año y era húmeda, oscura, sin más luz que la que penetraba por la puerta y por el agujero redondo que en el tejado servía de chimenea.

A duras penas consiguió que le diesen su cama gracias al vecino aquel que había convencido á Xuanon de que no se metiese en las honduras de dar parte. Dos banquillos, cuatro tablas, un jergón de paja, una almohada de lana y dos colchas de trapos recortados, tejidos en casa con estopa: ni una sábana ni nada más quisieron darle.

En cuanto á su dote se resistieron cuanto les fué posible y cuando Xuanon vió el pleito mal parado la despachó con una tierra, la más mala, renunciando Mariquina á sus derechos y cortando de una vez toda relación con la casa en donde había nacido.

El embarazo adelantaba y apenas podía ya

(1) Llámase bodegas en ciertas regiones de Asturias á las casuchas que tienen una sola pieza sin piso, ó á las que están debajo de los hórreos.

Mariquina salir al campo á ganar un jornal; ¡y qué jornal! Un real de vellón y mal comida, por trabajar desde el amanecer hasta la noche.

—¿Qué será de tí Mariquina?—le decían—No tendrás más remedio que mandar á la inclusa lo que venga y marcharte tu á criar á Madrid.

—¿A la inclusa?—replicaba—mal rayo me parta si lo hago: á Madrid ¿quién sabe? Si encuentro quien me lo crie aquí dando la mitad de lo que yo gane.....

María de Pin ya no era la muchacha hermosa: sus cuarenta años cayeron sobre su naturaleza salvaje y nadie le echaría menos de cincuenta. Tales extragos habían hecho en ella las privaciones, las amargas y el embarazo. Pero ¿quién era el padre de aquella criatura? ¿Quién era?

De tal manera estaban los hombres del pueblo interesados en descubrir el secreto que turnándose en la guardia, todas las noches rondaban la miserable vivienda de Mariquina para ver si alguien entraba á visitarla.

Llegó la hora suprema para la desgraciada.

Le dieron los dolores durante la noche: estaba sola, sin luz, sin leña, sin fósforos para encender unos tojos que había ido á buscar al monte el día anterior: felizmente hacía luna y entraba claridad por el ojo redondo por donde el humo salía. No hacía frío: la primavera estaba muy adelantada y Mariquina abrió la media puerta de arriba para ver mejor.

Levantó la tapa del arca de madera que le vimos sacar de su casa y revolvió hasta encontrar un atadito que tenía en el fondo: era el *equipo* de lo que naciese: había hecho camisitas y

pañales, de camisas suyas; y mantillas de su refajo encarnado de pañete, de aquel refajo que con tanta gracia movía bailando en las romerías, causando envidia á las muchachas y levantando de cascos á sus pretendientes. Mariquina tenía muy buena ropa como aldeana: las mujeres de la casa de Pin siempre se habían vestido con lujo; pero entre vender algunas prendas para comprar cuatro sábanas y unos cuantos trebejos y una libra de chocolate para el parto y en preparar lo necesario para la criatura, se había quedado Mariquina con lo peor, con lo más pobre, con lo que nadie le hubiese comprado aunque intentase venderlo.

Sacó la ropita y la puso con mucho cuidado sobre un banco muy tosco, único asiento que en la casucha había: la cocina estaba señalada por una baldosa grande y lisa y por un montoncito de ceniza tan raquíptico que delataba las pocas veces que allí se encendía lumbre.

Al sentir que los dolores le apretaban y levantarse de la cama, se había puesto un refajo atándose un pañuelo á la cabeza y otro al cuello y descalza, sin medias, sin zuecos, caminaba de un lado para el otro; no rechistaba: cuando un dolor le apretaba mucho no hacía otra demostración que encojerse, apretar la cintura y morder los labios.

Tan pronto se sentaba en la punta del banco para no arrugar la ropita como se echaba en la cama, como se apoyaba en la media puerta cerrada. De su boca no salía una frase, ni un quejido, ni una oración: pero aquellos ojos fijos en el firmamento cuando parecía buscar entre las estrellas algo de lo que en la tierra le faltaba eran un poema; un poema de dolores sin tre-

gua, de penas devoradas en el silencio, de amores, quizás, acurrucados entre los pliegues más ocultos de aquel espíritu salvaje.

La gente del pueblo no se daba por vencida y seguía creyendo que podría descubrir el misterio de la encarnación.

Ella estaba para caer en la cama y seguramente podrían pescar al ratón en la ratonera: debían vivir los amantes en inteligencia porque de no ser así Mariquina hubiese acusado al seductor y cuando no lo acusaba era señal de que se encontraba satisfecha.

Así pensaba todo el mundo incluso el cura que había negado á la moza la absolución porque no había querido delatar al hombre.

Aquello fué un escándalo; la levantó del confesonario y la penitente se fué para su casa sin tomar la comunión: después predicó contra ella escomulgándola y todas las mujeres huían de Mariquina como de una apestada.

Algunas más bondadosas ó menos fanáticas le aconsejaban que volviese á confesarse y que se pusiese bien con Dios. Pero María de Pin contestaba que ningún cura del contorno volvería á verla arrodillada delante de sí; que se confesaría cuando fuesen por allí misioneros y que lo mismo le daba una cosa que otra.

Esta tranquilidad de la moza asombraba á todo el mundo y no faltó quien dijese que tenía los diablos en el cuerpo y que era necesario *decirle los Santos Evangelios* para que le saliesen.

La excomunión echada por un cura de misa y olla con el solo objeto de aterrorizar á una pobre aldeana no llegó á oídos del obispo ni se atrevió el *padre* á prohibirla entrar en la iglesia, porque la moza tenía muchas agallas á lo que

parecía y era muy capaz también de dejar de ir á misa. Pero la emplazaba el buen *pater*, desde sus adentros, para cuando bautizasen el crío: ya le pondría él las peras á cuarto.

La noche que Mariquina estaba de parto le tocaba rondar á un mocetón soltero que ya pasaba de los 35 y que también había tenido sus pretensiones á la muchacha de Pin: Si las gentes no mentían le había cobrado tan buena ley que nunca se la había perdido y se compadecía de ella como nadie en el pueblo.

Estaba más interesado que ninguno en descubrir el secreto y siempre se encontraba dispuesto á reemplazar á otro en la guardia, pero cada mañana que rayaba el alba y se retiraba sin aclarar las dudas, sentía que se redoblaban sus afanes por saber cual era el feliz mortal que había conseguido lo que tanto el sosiego le quitara.

Detrás de una pared bajita ocultábase el mozo tendido boca á bajo y levantando la cabeza de vez en cuando para echar una ojeada á la casa de Marica.

Cual no sería su sorpresa al divisar á la moza apoyada de brazos sobre la media puerta.

No escapaba: eran las doce de la noche y estaba esperando.

Pero pasaban los minutos y Mariquina daba, á juzgar por las entradas y salidas, muestras de la mayor ansiedad. Al centinela no le cabía duda que aguardaba al novio; todo se volvía ojos y oídos y casi hubiese podido percibir la respiración de la de Pin; de tal suerte concentraba su vida en aquella media puerta cerrada.

La luna caminaba y las estrellas iban palideciendo y el *caminito de Santiago* perdiéndose



detrás de una estribación del próximo Cordal y la hermana de Xuanon continuaba lo mismo: entrando y saliendo, recostándose en la puerta, levantando al cielo la mirada y pasándose la mano por la frente muy á menudo.

Alguna vez que luciendo la luna libre de nubecillas daba de lleno en la figura de Mariquina, creía el guardián que la cara de la mujer tan querida para él en otro tiempo se parecía como una gota de agua á otra gota al rostro de la dolorosa que había en la iglesia; aquella dolorosa pálida, amarillenta que tenía en el pecho un corazón de plata atravesado por las siete saetas que representaban otros tantos dolores.

No faltaba mucho para rayar el alba cuando Ricardo que así se llamaba el mozo sintió las mayores ansias de impaciencia: ni Mariquina se asomaba hacía mucho tiempo ni alma viviente tenía trazas de entrar en la casucha.

No pudiendo contenerse y deseando saber que pasaba allí dentro saltó la pared con muchísimo sigilo: quitoñe los zuecos para no hacer ruido y fué poco á poco llegándose á la puerta, llevando el calzado en la mano izquierda y apretando con la derecha el corazón para *que no hiciese ruido*.

De tal manera le golpeaba el pecho que Ricardo temía que llegasen los martillazos á oídos de Marica.

Llevaría diez segundos pegadito á la puerta cuando oyó claramente la voz de la vecina que decía con acento de dolor comprimido. *¡Ay mi mamá!* ⁽¹⁾ y casi al propio tiempo sonó el llanto de una criatura recién nacida, como si con sus va-

(1) ¡Ay mi madre!

jidos quisiese el angelito pedir auxilio para la mujer sin ventura que acababa de lanzarlo al mundo.

—¡Marica, Marica! dijo Ricardo comprendiendo lo que sucedía allí dentro.

—¿Quién es?—contestó la pobre mujer.

—Yo, que pasaba por aquí para el monte y como ví la puerta abierta pensé que te ocurría algo—dijo Ricardo metiendo el brazo para correr la clavija y entrando en la bodega decidido á prestar auxilio á los dos seres que allí se albergaban.

—¿Pariste, Mariquina?

—Sí.

—¡Y no tienes fuego, ni luz, ni nada!

Valate Dios mujer: ¿tú porque no llamabas á *dalguien*?

—Por no incomodar.

—Voy á buscar á mi madre.

—No querrá venir

—¿Quién te lo dijo?

—¡Le tendrá miedo al cura!

—No le tendrá miedo á nadie por que estoy aquí yo: y mi madre viene queriendo su hijo. ¿Pero donde estás mujer, que no te veo en la cama?

—¡Aquí!

—Jesus, Avemaría Purísima; parece que *non* tuviésemos en tierra de cristianos. ¿No tienes leña?

—En aquel rincón hay unos *tojos*.

Ricardo sacó su yesquero, golpeó la piedra con el eslabón y soplando, soplando logró producir una llamita con la que prendió un *tojo*. Cuando la luz se hizo vió á Mariquina acurrucada sobre un montón de paja y tapando con el

refajo una cosa que debía ser el recién nacido.

—¡Acuéstate mujer!

—No puedo: tengo la criatura prendida.

—Voy á escape á levantar á mi madre.

Y echando unas cuantas ramas en la humbre salió Ricardo corriendo, sin acordarse de los zuecos que había soltado en el cubil de la parurienta.

Volvió á los pocos momentos el caritativo mozo con su madre que llevaba un candil y un rollo de manteca para *lavar* la criatura y cuando Dios amaneció, ya Mariquina estaba en la cama y tenía el hijo arregladito y vestido entre sus brazos.

Los sentimientos caritativos de las vecinas pudieron más que las amenazas del cura y cuando en el pueblo vieron que Ricardo y su madre se prestaban á ser padrinos del muchacho, ya estrecharon las distancias y cada cual contribuyó con lo que pudo para ayudar á salir de la cama á la recién parida.

El cura no quería bautizar el niño de María de Pin, pretestando que la había escomulgado y que no se confesaba; pero Ricardo amenazó con dar parte al señor Obispo y se valió del párroco de un pueblo vecino para que entendiese el sacerdote que debía bautizarlo.

A los ocho días de dar á luz, andaba ya Mariquina ganándose el jornal. Llevaba á su hijo envuelto en un mantón, para las tierras donde trabajaba; lo acostaba á la sombra de una pared ó de una cesta grande y le daba de mamar cuando pasaba mucho tiempo.

—Vete á Madrid, Marica—le decían.

Bien vestida y bien alimentada volverás en tí y sabe Dios la suerte que te aguarda: si te to-

ca una buena casa feriate; de todas *las maneras*, seis duros al mes has de ganar; con uno y medio que des á quien cuide el muchacho no te faltará mujer que te lo críe.

Pero Mariquina no contestaba: antes de nacer su hijo le parecía que podría tener valor para marcharse, por su bien, siempre por su bien; pero despues de nacido no había poder en el mundo que la convenciese. Aquel hijo de sus entrañas, aquel pedazo del alma que miraba ella pendiente de su pecho y que le parecía el niño Dios en persona de tan blanco y tan rubio..... Imposible: si se moría trabajando mejor; su hijo no pasaría hambre porque ella no lo destetaría hasta que ya no hubiese jugo en su seno, ni sangre en sus venas, ni médula en sus huesos.

Mariquina logró á fuerza de indiferencia para todo y para todos, sobreponerse á cuanto le rodeaba: para ella no había más que un ser en este mundo y dos en el otro; sus padres en el cielo y su hijo en la tierra.

Alguien trató de reconciliarla con su hermano: inútiles trabajos: Ni Xuanon quería que le hablasen de ella ni Mariquina oía conversación que se relacionase con su familia.

Tampoco pudieron conseguir que se confesase.

—No me confieso mientras no vengán misioneros por aquí ó no me confiese con el señor Obispo.

Y su voluntad era tan inquebrantable, su palabra tan firme que nadie insistía en predicarle cuando Mariquina rechazaba una idea.

Los padrinos de Ricardín, que así se llamaba el hijo de Marica, querían mucho al ahijado;

la verdad era que el muchacho lo merecía: era tan hermoso, tan robusto, y tenía unos ojazos que miraban tan serio...

¿De quién sería hijo aquel chiquillo?

Se despegaba de todos los del pueblo.

Se parecía mucho á su madre, muchísimo, pero también tenía otra raza que no conocían por el contorno. Era una criatura que no lloraba nunca, *arramandose*, como los demás muchachos: estaba tendido, envuelto en el mantón si hacía frío y en un delantal si hacía calor, aguardando el pecho, con la tranquilidad serena del hombre: si le daban la teta, bien; sino se la daban, tranquilito lo veían hasta que iban á dár-sela.

Cuando su madre llegaba junto á él y se sentaba en el suelo y lo cojía con extremos de amor exaltado, Ricardín la recibía abriendo mucho los ojos, saludándola con una sonrisa y soltando dos ó tres carcajadas, de esas que traduce ¡ajú! el fonetismo de las madres.

Mientras el niño mamaba, no cesaban de mirarse la madre y el hijo: ella le pasaba la mano por la cabeza, se la acariciaba, le hablaba como si la entendiese, y el angelito clavaba sus ojos en los que lo miraban, demostrando regocijo ó tristeza cuando, por efecto magnético quizás, le comunicaban sentimientos de alegría ó de pena.

Si dejándose llevar por las impresiones de su alma ó volviendo la vista á un secreto que nadie había podido penetrar, rodaban lágrimas por las mejillas de María, el niño soltaba el pecho, la miraba fijamente como si la interrogase y una nube acuosa empañaba también sus azuladas pupilas.

—Nó, hijo de mi alma, nó; tú no llores, cordero; tú no llores—decía,—y lo besaba, lo besaba tanto que acababa el angelito por suspirar muy hondo, como si en el corazón tuviese un peso que dificultase el sistole y el diastole.

¿Con cuántos trabajos crió Mariquina su hijo? Pero lo crió llegando á los cuatro años sin una enfermedad, sin un tropiezo.

Trabajaba á jornal durante el día, y como el muchacho comía ya y resultaba una carga para las casas á donde su madre iba, lo dejaba ésta en la de su madrina, que lo mimaba mucho y lo quería como si fuese propio.

Ya sabía la madre que no pasaba el hijo hambre, pero siempre le guardaba la leche que le daban si era ordeñada del día, ganga que no le tocaba muchas veces, ó le llevaba entre dos pedacitos de pan la miaja de *compango* ⁽¹⁾ que le había correspondido.

Cuanto Mariquina ganaba era para su *nenin*: le compraba chocolate, si le sobraba una peseta, y algunas libras de pan blanco, y jamás lo llevaba descalzo desde que había afianzado los piecitos en el suelo.

—Anda que no parece hijo de *bodeguera* ⁽¹⁾—solían decirle las vecinas.

Y ella contestaba con aire de desprecio hacia las que se lo decían—Más merece.

—¡Ni que fuera hijo de un marqués!

A esto no replicaba María de Pin una palabra. Jamás por una contestación ni por un indicio pudieron hacer la más pequeña conjetura.

(1) Carne, tocino, etc.

(2) Que vive en una bodega.

La madrina de Ricardín dijo un día á su comadre.

—¿Por qué no te metes á panadera?

—¿De dónde saco el trigo para empezar?

—Mira; como Dios nos dé este año buena cosecha préstote yo la primera *fanega*; si te va bien me la pagas y sino irá por el alma de mi marido.

Y Dios lo quiso: la cosecha sobrepujó las necesidades y Mariquina se *metió* á panadera comenzando con la hanega prestada por la madrina de su hijo y contentísima porque podría dar á éste pan blanco todos los días.

Aunque no ganase más, ya le parecía que estaba recompensado su trabajo.

Luchando mucho en un principio, salió Mariquina adelante: cuando desmayaba y le parecía mejor vida la de ganar un jornal, se acordaba de que su hijo no comía *borona* y pensaba que podía criar cerdos con las raspaduras de la masa y con el salvado que apuraba, y esto era más que suficiente para sostenerla el ánimo. Su Ricardo tendría jamón, chorizos, morcillas y tocino todo el año, ¿qué le importaba á ella ir el lunes y el martes al monte, á buscar *tojós*, y cocer dos hornadas el miércoles, y cargar con el pañ, el jueves, hasta la villa vecina y volver el viernes al monte y cocer de nuevo el sábado y caminar al mercado el domingo; si después de todo esto veía á su hijo gordo y colorado, ir á la escuela con una taza de chocolate en el cuerpo y un zoquete de pan de trigo en el bolsillo y le tenía buen potaje y algo más para la comida y lo acostaba de noche, harto, con su taza de sopa y buena leche caliente?

Mariquina iba mejorando de caracter con-

forme veía á su hijo crecer rodeado de cuantas comodidades podía proporcionarle.

Seguía viviendo en la *bodega* pero le había añadido un horno y puesto baldosas en el suelo: ya no era de tierra, ya no chorreaba agua ni se encharcaba cuando llovía: tenía intenciones de comprarla pero le pedían por ella veinte duros y no había logrado verlos juntos todavía.

Ricardo era muy aplicado, muy formal y muy bueno; no aprendía más en la escuela porque no sabía más el maestro, ni ayudaba á su madre porque ella no le dejaba. Quería que estudiase, que estudiase no más: ya trabajaría ella.

Cuando el niño tenía diez años Mariquina parecía la abuela de Ricardín; tanto había trabajado, tan desmedrada estaba de figura que su cuerpo parecía de cartón y hasta se diría que había menguado su estatura. Pero no le faltaban algunos ahorros: decíase que tenía dinero; cuarenta ó cincuenta pesos lo menos, y la bodega suya; ya la había comprado y también un pedazo de huerto que le había añadido fabricando un cuarto con piso de madera para el hijo.

Ricardo adoraba á su madre; no veía más, que por sus ojos; ni se hacía sin ella, ni podía vivir cuando no estaba en casa.

Un día le dijo que ya podía él cargar la leña para el horno y que no consentiría que ella fuese al monte.

Después de una discusión tenaz, por parte del hijo que no cejaba en su resolución, la madre dijo que compraría los *tojós*, pero era una peseta á la semana.....

Y rebajar una peseta semanal de las exiguas ganancias era una ruina; pero su hijo lo quería

y decidió cocer tres veces en lugar de dos para compensar lo uno con lo otro.

Ricardo ya no se quedaba en casa los jueves y los domingos: iba al mercado con su madre y mientras ella despachaba el pan daba algunas vueltas obligado por Mariquina que le decía—anda por ahí: mira si te gusta algo.

Vió una tarde Ricardo dos muchachos sentados en la puerta de una tienda; tenían un libro en la mano y discutían una lección. Arri-móse á ellos con disimulo y escuchó. El no entendía una palabra de lo que decían: aquello no lo había pasado y sin embargo ya no lo adelantaba más el maestro de su pueblo porque decía que no tenía que enseñarle: que lo sabía todo.

Los muchachos no advirtieron de pronto que tenían un oyente embobado y que este los miraba como si mirase á sabios respetables, pero al levantar la cabeza y ver á Ricardo arri-mado á la pared con los ojos fijos en el libro dijo uno, descarado y atrevido como granuja de villa cursi:

—¿Qué miras tú, rocín? ¿Entiendes algo désto?

—Ricardo sintió ganas de ahogar al que de tal suerte lo insultaba, pero se acordó del disgusto que daría á su madre, á su madre que siempre le decía: «no te metas con nadie *fijín del alma*,» y se contuvo; se contuvo en los ímpetus que le asaltaron, marchándose triste y dejando á los muchachos engolfados en aquello que él no había entendido ni podía entender.

¿Luego en la escuela de la Villa enseñaban por otros libros? ¿Allí aprendían los muchachos más que á leer, escribir y contar?

Ricardo estuvo preocupado todo el día y su

madre asustada le preguntaba cada diez minutos si estaba enfermo.

—No tengo nada, ¿por qué se asusta?

Marica de Pin no podía dormir; aquella noche su hijo había cenado poco y le sentía dar vueltas en la cama. Se levantó dos ó tres veces y tan asustada la vió el hijo, que le dijo de repente:

—Pues tengo..... que quiero ir á la escuela de la villa.

—¡Ave María purísima, hijo, que susto me diste! ¿por qué no me lo has dicho antes?

Ya irás hombre, ya irás con mil santos: yo te buscaré allí casa para quedarte.

—Eso no; quiero ir y volver todos los días: yo no me separo de usted, no podría estar sin verla.

—Bueno, querido de mis ojos, bueno: pues te compraré un borriquín para que no te canses; ahora duerme, anda; duerme así *tapadín*, que hace mucho frío.

—Pues acuéstese usted, que está dando diente con diente.

—No, hombre no, si es de risa por la ocurrencia tuya; mira que ponerte así por no decirme que querías ir á la escuela de...

—¡Acuéstese, madre!

—Sí, *fijo*, sí: buenas noches.

Ricardo fué á la escuela de la villa, que como era completa y tenía maestro superior regenteándola, resultaba lo mejor que se conocía por aquellos contornos.

Con recomendación del alcalde y algunos regalitos de Mariquina se avino el maestro á dar lección á un muchacho de otro concejo, pero á los pocos meses háiale ya tomado tanto

cariño que cifraba en Ricardo el orgullo todito de la escuela.

Los muchachos condiscípulos odiaban al aldeano con sus cinco sentidos, pero el aldeano continuaba su camino dejándolos atrás y desdeñándolos con un desprecio tan marcado que cualquiera lo tomase por descendiente en rama directa de la casa más aristocrática de Asturias.

Con motivo de su inteligencia, de su aplicación y de su conducta, se habló mucho de Ricardo entre las personas más pudientes de la villa y salió á relucir la historia de la madre y volvieron á suscitarse las ganas de saber quien era el padre del chicuelo.

Se acercaron algunos á la panadera, so pretexto de hablarle del hijo, para ver si la traían al terreno de las confianzas, pero ella daba rodeos á la conversación apartándose del punto capital y contestando á los que se arriesgaban á formular la pregunta.

—No se cansen; de veras; porque pierden el tiempo.

Volvieron á tocar el resorte de que se confesase para ver si hablaba y, con aquel carácter entero que jamás se doblegaba á exigencias de nadie, daba la misma respuesta que otras veces.

—Cuando venga el Obispo ó vengán misiioneros: á todos los curas del contorno téngolos demasiado conocidos.

Quince años iba á cumplir Ricardo y 56 su madre.

El muchacho era ya maestro en la primera enseñanza superior y estaba apto para marchar *bien instruido* á las Américas; pero ni la madre pensaba en semejante cosa ni el hijo creía posible separarse de la madre sin morir de pena.

Y sin embargo á él ya se lo había dicho el maestro.

—¿Tú que piensas hacer, Ricardo?

—Lo que mi madre me mande.

—¿Pero si tu madre no te manda nada?

—Nada haré.

—Mira que ella no está para mucho: yo creo que tiene algo en el corazón y eso es endemoniado.

El muchacho se aterró: su madre enferma; su madre en peligro..... le dieron ganas de echar á correr para casa á ver si estaba allí al pié del horno ó de la *masera* ⁽¹⁾ donde la encontraba siempre.

—No hombre, no te asustes, dijo el maestro, no es cosa del momento, pero quiero decirte que ya estás perdiendo el tiempo: tú eres que ni pintado para seguir una carrera: ¿Te gustaría?

—Mi madre es pobre.

—¿Pero te gustaría?

—Ya lo creo.

—Por que no te marchas á la Habana.

—¿Y mi madre?

—Para seguir carrera tambien habías de dejarla.

--Si pero no estaría tan lejos.

—No estando juntos todo es lejos.

—No podría vivir sin ella.

—Te costaría trabajo los primeros días, pero despues te sucedería lo que á los demás; yo creo que harías fortuna; la hacen otros que no valen la mitad que tú.

A partir de aquel día estuvo siempre Ricar-

(1) Artesa.



do preocupado, pero su madre no lograba que le dijese la causa de su preocupación.

Las únicas personas á quienes Mariquina consultaba sus cosas, era á los padrinos de su hijo: la madrina había muerto pero vivía el padrino que se había casado con una santa mujer y ya tenía un rebaño de chiquillos.

—Sabes compadre—dijo Mariquina una tarde que con intenciones de hablarle fué á buscar á Ricardo—que no se lo que tiene tu ahijado; hace días que lo *topo* muy triste con poca *apetencia* y de noche da muchas vueltas en la cama.

—¿Y no se lo preguntaste?

—¿Crearás que no puedo sacarle nada del cuerpo? dice que son cosas mias.

—Mira comadre con ese muchacho vas á tener que tomar una determinación. ¿Tú que piensas hecer del?

—¿Qué qué pienso hacer del?

—Sí.

Para Mariquina aquella pregunta fué un rayo: ella no había pensado nunca en lo que haría de su hijo, ni á que lo pondría, ni para que lo criaba. Trabajar para él, verlo contento, sentir orgullo de su hermosura, de sus bondades, de lo que aprendía en la escuela; ver como pagaba aquel amor ciego, sin límites que ella le tenía y vivir así, solos, en la intimidad de aquella casita, teniéndolo allí, sentado al lado del fuego mientras se achicharraba *roxando* ⁽¹⁾ el horno; contándole él las maldades de los muchachos y repitiéndole las lecciones que á ella le parecía

(1) Calentándolo hasta ponerlo al temple que necesita el pan.

entender, de tan claras como se las explicaba su hijo.....

Eso, eso era lo que había tenido por eterno, por indestructible, sin volver atrás la vista, sin mirar adelante; sin recordar á nadie y sin pensar ni que aquello fuese vida ni si lo era que pudiese tener término con la muerte.

—¿Quedástete pasmada, comadre!

—Sí, compadre, lo confieso; yo no pensé nunca que se acabase esto.

—¿Esto qué, mujer?

—La vida que tengo.

—¿Pero tú no piensas que el muchacho tiene quince años y que pronto entrará en quintas?

—¿En quintas? Pero, ¿no puedo yo sacarlo, no teniendo, como no tengo, á nadie mas en el mundo?

—Tú no.

—¿Qué no! ¿por qué? ¿Colasa de abajo no sacó el suyo y es soltera como yo?

—Sí, pero...

—¿Pero qué?

—El de Colasa reconociólo Pepe de Lico para que pudiese sacarlo.

—¿Y si no está reconocido no se libra?

—No.

—¿Pero quién hace esas *leis*, compadre—dijo Mariquina en un arranque de desesperación.

—Los que mandan, *fiya*.

—¿Los qué mandan! Mal rayo los parta; infames, canallas ¿con que porque mi hijo no tiene padre ha de ir al servicio y el de Colasa que se lo han reconocido de limosna para salvárselo no vá? ¿y es esto justo? dilo Ricardo, dilo, ¿es esto justo?

—No mujer, no, ¡qué ha de serlo! pero no te apures; no te apures ni te desesperes porque todo en este mundo tiene remedio menos la muerte.

—Remedio, ¿cuál? ¿Qué vaya mi hijo á servir al Rey? ¿Qué me lo maten por cualquier parte? ¿Qué muera sin verlo yo y dejándome *neste mundo*?

—¡Calla, mujer, calla! ten un poco de paciencia: hace muchos años que no te veo como hoy, pareces aquella Mariquina que pegó el garrotazo á Xuanon; pensé que ya se te habían apagado los *fuelgos*, pero, comadre, los conservas.

—*Estonces*, quieres que oiga con paciencia lo que me dices, que mi hijo tiene que ir al servicio, que...

—Todo se puede arreglar, dime: ¿quién es su padre?

—Cuando ya no te lo dije hasta ahora no te lo diré nunca.

—Pues buscaremos quién lo reconozca.

—Tampoco: no quiero padre prestado: mi hijo es mi hijo solamente.

—¿Tienes bastante dinero para librarlo?

—No sé cuánto costará: yo tengo unos mil quinientos reales en dinero y la casa; y la tierra que fué de mis padres; puede que no valgan las dos cosas otros mil y quinientos.

—Pero mujer si te deshaces de todo ¿con qué comeis luego? ¿qué te queda?

—¿Con qué come él? dirás—seguiré trabajando y pagaré renta por la casa.

—Pero te figuras que cuando mi ahijado tenga tres años más consiente eso? Se te escapará de casa por el mundo.

—¿Qué se escapará?

—Sí mujer, sí, porque le dará vergüenza vivir á costillas tuyas.

—¿Y qué quieres que haga?

—Mándalo para la Habana.

Mariquina sintió una punzada agudísima en el corazón y tuvo que apoyarse en la pared para no caer.

Cuando pudo hablar creyó que había estado muerta y que había resucitado: no lloró, no dijo nada: no pudo replicar, pero la expresión de su rostro lo dijo todo.

Ricardo se aterró creyendo que se le quedaba en el sitio.

—*Válate* Dios, muger, que susto me diste! Pues mira hace falta que lo pienses sin ponerte así y que sea cuanto antes; por que ahora costará menos trabajo y menos cuartos el pasaporte.

Después ya sabes que se necesitan Dios y la madre para que escapen.

—¡No, no, compadre!

—¿Entonces quieres que tu hijo sea soldado?

—¡Menos!

—¿Y qué carrera piensas darle aquí? ¿No te gustaría que mañana fuese un hombre rico, un caballero?.....

Mariquina asintió con la cabeza.

Pues entonces mándalo para la Habana: el chico es listo y bueno; dentro de pocos años ya no necesitas tu trabajar porque te mandará él bastante.

—Yo trabajaré mientras pueda aunque sea mi hijo marqués; cuanto más le deje mejor.

Algunas sanas razones añadió Ricardo para convencer á su comadre y esta con el alma tras-

pasada de pena fué para casa dispuesta á tener una conversación con su hijo.

Ricardín estaba leyendo á la luz del crepúsculo cuando llegó su madre: al verla cerró el libro de repente y se levantó para ir á su encuentro. Mariquina lo abrazó frenética como si corriese un grave peligro y rompió á llorar con dolorosos extremos.

—¡Madre, madre! ¿qué tiene?

—¿Qué le hicieron? ¡dígamelo, dígamelo—gritaba Ricardín dando muestras de desesperación al ver así á su madre—¿qué le hicieron?

—¡Nada, querido, nada!

—¿De dónde viene?

—De casa de tu padrino.

—¿Riñó con él?

—¡Quiá hombre! ¿por qué había de reñir?

—Pues dígame qué le ha pasado.

Mariquina sin reparar en nada ni aguardar más preguntas contestó entre sollozos:

—Que me aconseja que te mande á la Habana.

Entonces fué Ricardo el que rompió á llorar abrazándose á su madre fuertemente y así abrazados y llorando se metieron en casa.

—¡Calla hijo de mi alma, calla, no llores que no te mando, no! ¡qué he de mandarte! primero me muero.

—Si no lloro por ir.

—¿Pues por qué lloras?

—Por la pena de dejarla; por la que usted pasará: porque tiene razón mi padrino: también el maestro me lo dijo.

—¡Hijo de mis entrañas! ¿Con que quieres irte?

Ricardo no contestó, pero había transcurrido

una hora lo menos y todavía estaban abrazados llorando, Mariquina y el hijo.

Por fin el muchacho hizo un esfuerzo; se apartó de la madre y encendió el candil: estaban á oscuras, muy á oscuras, sin darse cuenta del tiempo.

Ninguno de los dos pudo tragar bocado: se acostaron sin cenar y ambos taparon la cabeza para ahogar los sollozos y engañarse mejor el uno al otro.

Cuando Mariquina se levantó al amanecer, como tenía por costumbre para preparar la hornada, su hijo dormía suspirando á intervalos, pero ella no había podido pegar los párpados.

Cerró todo con mucho cuidado tapando con trapos las rendijas y fué á encender el fuego secándose los ojos que todavía manaban lágrimas.

Al reflejo de la llama viva que producían los *tojós* parecía la pobre Mariquina de Pin un espectro recién sacado de una tumba.

¿Qué quedaba de la Santa, como le habían llamado por dulce y por hermosa?

La Santa había desaparecido con la inocencia, y dejado paso á la madre amorosa y á la mujer mártir.



El encargado de la cartería de Longo era el segundón de una casa fuerte; de un mayorazgo rico; un buen señor que no había servido para nada jamás, gracias á la vagancia en que lo habían criado, á la sombra del árbol, genealógico.

Pero llegó la hora de la desmembración y la casa vino abajo con estrépito llevando el mayorazgo por la posta. Los hijos del hermano

mayor salieron unos señoritos de aldea incapaces de ganarse la vida ni de doblarse á trabajar en el campo ni de nada que á sujeción se pareciese.

El tío, D. Joaquín, que había envejecido en la casa solariega, gastando su mermada legítima en jugar al monte y en vestirse, comió de la mesa común mientras su hermano y su cuñada vivieron, pero una vez muertos los que formaban el tronco, separáronse las ramas de tal suerte que se pasaban los días y las semanas sin que se encendiese lumbre en la cocina.

Una antigua criada iba de vez en cuando á levantarles las camas y barrer, no porque le mandasen, ni los muchachos se ocupasen de esto, pero á ella le daban lástima aquellos señoritos á quienes había criado; mucho más cuando sus padres la habían criado á ella.

D. Joaquín llegó á verse tan pobre que los vecinos le daban una taza de pote y otra de leche por caridad; hasta que el diputado de aquel distrito pidió para él la cartería y el estanco, á fin de que tuviese siquiera una peseta diaria.

D. Juaco, como los aldeanos le llamaban, era tan noble de sentimientos como de abolengo: conservaba las rancias costumbres de su madre, una señora feudal nieta de un título, y jamás de su boca una mentira había salido, ni una mala expresión para recriminar á nadie, ni una queja contra la suerte, que siendo él tan gran señor á tan miserable condición lo había reducido.

Lo querían mucho, no solamente los aldeanos de Longo, sino todos los del contorno, respetando en D. Juaco al último vástago de aquella casa noble, que en otro tiempo fuera el ama del concejo.

—Es un alma de Dios—decían todos—y como á un alma de Dios lo consideraban.

Unos le regalaban huevos, otros leche, otros tal cual pollito, y Mariquina de Pín, desde que D. Juaco vivía solo, jamás dejó de hacerle el bollo, con lo cual tenía el buen señor, pan para toda la semana.

Cuando el diputado le consiguió la cartería y el estanco, ya pudo vivir con más tranquilidad D. Joaquín y llevar á su lado á la sirvienta fiel de sus hermanos; y en aquella casa tan grandona y tan vieja, vivían los dos solos, pues los sobrinos emigráran por fin, arrojados por la imperiosa necesidad de ganar la comida.

D. Joaquín era el que leía y escribía las cartas á María de Pín; las cartas de su hijo que se había marchado á la Habana, después de sufrir las amarguras de una separación que había hecho llorar al pueblo entero. Hasta la mujer de Xuanon, la cuñada de Mariquina, había llorado; el dolor de aquellos dos seres, de aquella madre y aquel hijo que tanto se adoraban, hubiese conmovido á las mismísimas piedras.

María no cesaba de llorar, sino cuando estaba en el mercado vendiendo el pan, pero sino lloraba entónces, suspiraba en cambio tan angustiosamente que dejaba suspensas á las parroquianas.

Todos los ahorros los había gastado en su Ricardín del alma: le había hecho un equipo bueno, de lo mejor que salía del pueblo, y como se había quedado sin dinero tenía que ahorrar, comenzando de nuevo, para tener algún repuesto, por si su hijo lo necesitaba.

Volvió á buscar ella misma los *tojós* y las *gancillas* para cocer el pan; cargaba las pesadas

cestas para ir al mercado, y cuando sola, allá en las alturas del monte, se sentaba á descansar después de haber atado la enorme carga, desahogaba el corazón llorando hasta verse libre de un peso que parecía rasgárselo.

Después que pasaba el ahogo y le parecía respirar mejor, se sentaba en el suelo al lado de abajo de la carga; doblaba un mandil de sayal sobre la cabeza dejándole caer un poco por la espalda y se recostaba boca arriba hasta meter la cabeza entre la *gancilla* y la cuerda, quedando esta sujeta en el medio mismo del cráneo. Se levantaba con muchísimo trabajo; dando media vuelta primero, arrodillándose después y haciendo titánicos esfuerzos para ponerse de pié, y apoyando en el muslo derecho la mano para hacer más fuerza, lograba levantarse al segundo ó tercer intento.

Cuando María de Pin conseguía tenerse derecha, le parecía que había ganado la mayor batalla y otra vez respiraba con fuerza porque sentía el ahogo; aquel ahogo y aquel peso que la sofocaban tanto.

Legua y media, dos leguas, á veces, caminaba con la pesada carga, remangadas las faldas para que no la estorbasen al andar ni se le rompiesen en los zarzales; descalza por evitar el peso de los zuecos, que prendía en la cuerda conque ataba los *tojós*, y descansando solo tres ó cuatro veces antes de llegar al pueblo, allí donde encontraba una pared apropósito para recostar la mole grandísima de leña que pesaría lo menos seis arrobas.

—Un día te quedas por el monte Mariquina, le decían.

—No me quedo, no: primero he de tener carta de mi hijo.

Y decía verdad, porque la tuvo: D. Juaco le había dicho que los papeles públicos traían la llegada del vapor á la Habana y también le echaba cuenta de cuanto podía tardar en tener noticias.

La víspera del día que se esperaba el correo, fué dos veces al monte, por la mañana y por la tarde, para tener el martes libre y correr á la villa y aguardar la diligencia y al peatón que conducía las cartas á Longo; pero el peatón salió con la balija cerrada por el administrador y hasta que no la abriese D. Joaquín, que tenía otra llave, nadie podía saber lo que llevaba dentro.

Mariquina se conformó con caminar haciendo guardia á la balija; mirándola, palpándola de vez en cuando, como si pudiese adivinar por el tacto, donde estaba aquella carta que su hijo le habría escrito con el corazón, seguramente.

—¡Pero mujer!—le dijo el peatón—¿usted que adelantaba con venir?

—Nada porque yo no sé leer y no quiero que me las lea nadie más que D. Juaco, pero quería llevar la carta en mi mano y besarla mucho.

No fué posible contener las ansiedades de la madre y D. Joaquín, en cuanto vació la balija sobre una mesa, buscó la carta dirigida á María Muñiz.

Allí estaba; era la letra clara y cuidadita del muchacho que había puesto el Señora Doña con redondilla, para destacarlo, como si sintiese necesidad, hambre, de aplicar á su madre aquellos títulos.

—¡Vaya mujer aquí la tienes! Sosiégate y siéntate—dijo D. Joaquin dando una silla á la pobre madre.

El corazón le batía tan fuerte, á Mariquina, que se advertía el latido por un movimiento acompasado del pañuelo que le cubría aquel seno seco y extenuado, envidia en otro tiempo de las mozas y asombro de rendidos pretendientes.

—¡Lea, D. Juaco, lea por el alma de su madre!

—Sí mujer, sí, que se esperen los otros.

Y el noble cartero de Longo rompió el sobre con mano temblorosa emocionado quizás por el recuerdo de su madre que también lo había criado con ternura infinita.

Habana 24 de Noviembre de 188...

Mi madre queridísima del corazón y del alma: Dios quiera que esta carta la encuentre tan buena como yo lo estoy, en compañía de mi padrino y de todos los del pueblo, porque á todos los quiero por igual desde el punto y hora que los perdí de vista.

Hice el viaje muy bueno y saludable; sin marearme siquiera, ni tener miedo como usted pensaba; pero me parecía que cuantos más días pasaban más pena tenía en el pecho y no paraba de llorar recordándola á usted que también estaría llorando

Hasta que el vapor no se movió no me parecía á mí verdad que me marchaba, ni que estaba tan lejos de Longo y aunque la Coruña es muy bonita y mejor que la villa, á mí se me figuraba que andaba yo paseando mientras usted vendía el pan y que á las cuatro de la tarde nos iríamos á casa.

Pero cuando el vapor se movió un poco, sentí un hueco tan grande en el estómago y un temblor en las piernas que me parecía estar cayendo de un árbol y buscaba una rama donde sostenerme.

Arriméme á la baranda, y mirando, mirando á los otros barcos que parecía que pasaban y se estaban quie-

tos, por que los que andábamos éramos nosotros, se me fué quitando aquello; pero entrome de repente otra cosa más triste; entrome el *aquél* de que ya no podía desembarcarme y volver á mi pueblo, aunque tuviese que hacer á pié el camino. Entonces si que pensé que me moría de pena y eché á llorar á gritos como nunca en mi vida había llorado.

La gente me mandaba callar; unos se burlaban de mí y otros demostraban lástima, pero como yo no tenía trazas de sosegar me vinieron dos marineros con un señor *de mando* y me dijeron que me fuese para abajo que estaba asustando á los demás.

Yo no sé como bajé ni como fuí, pero hasta el otro día no pude tener calma ni paré de llorar: así me quedé dormido y cuando me despertaron y subí á la cubierta ya no se veía nada más que cielo y agua y todas las caras me parecían diferentes.

¡Cuántas horas me pasé mirando el mar que dejamos detrás, queriendo ver las peñas de nuestro puerto porque me parecía que por allí andaría usted mirando si pasábamos!

Me convencí de que no tenía remedio y entonces me entró el afán por llegar pronto á la Habana y me parecía que el vapor andaba poco: cuando salimos de Puerto Rico ya empecé á echar mis cuentas sobre lo que haría en cuanto desembarcase, porque como no nos faltaban más que tres días, me parecía que se pasarían en un minuto. Pero fueron los más largos: no acababa de anochecer ni de amanecer y pensaba yo que estábamos en un punto en que los días tienen seis meses y otros tantos las noches.

Por fin llegamos: el tío Juan de Castillo fué á buscar al barco á todos los que veníamos de Longo y nos trajo á su casa donde aguardamos colocación.

Dicen que yo sirvo para tienda de ropa: á mí lo mismo me dá: lo que quiero es ganar dinero pronto para mandar á usted tanto como gastó en mi viaje: todavía tengo 15 duros que me quedaron: ninguno traía tantos cuartos como yo, de sobra.

No llore mucho, mi madre: ya nos veremos pronto si Dios quiere, porque yo no puedo estar sin usted. Dé

muchas memorias á padrino y á todos los que pregunten por mí y á don Joaquín también y á mi maestro de la villa y usted reciba muchísimos abrazos de este su amante hijo que la quiere mucho,

RICARDO MUÑIZ.

A Mariquina le rodaban lágrimas silenciosas por las mejillas, cayéndole hilo á hilo sobre el pañuelo del cuello mientras don Joaquín leyó la carta.

No dijo una palabra: no pronunció una sílaba, porque no quería perder nada de lo que su corazón recojía conforme don Joaquín iba leyendo, pero al oír la firma dió un ¡ay! tan desgarrador que el mismo D. Joaquín sintió un estremecimiento doloroso.

—Vaya mujer: alégrate, llegó bueno y escribe más tranquilo de lo que pudiésemos pensar: Anda, anda para casa y toma algo que quizás no hayas probado bocado en todo el día.

—Ni ganas tengo.

—Eso es; déjate morir de necesidad que ha de agradecértelo mucho tu hijo; ¡si lo supiera!

—Tiene razón, don *Joaquín* del alma, tiene razón y voy á comer alguna cosa aunque sea sin ganas.

Así fué viviendo Mariquina dos años, dos años mortales, esclava del correo de Cuba, como si para ella no hubiese más día de vida que aquel en que recibía carta de su hijo.

Indefectiblemente se la veía la tarde que esperaba el peaton sentada en el poyo de piedra que había junto á la casa donde estaba la cartería.

Si los rayos del sol estival descendían sobre la viejecita (que tal parecía aquella mujer de 58 años) achicharrando su curtida piel, dobla-

ba el mantón de lana en ocho dobleces y lo ponía sobre la cabeza para resguardar los sesos como ella decía: pero no quería meterse dentro de casa: ¿cómo vería venir al peatón si se apartaba de la puerta? Ya no iba al monte, María de Pin, ni cargaba la cesta para bajar al mercado; no podía; le faltaban las fuerzas; y luego aquel estorbo que tenía en el corazón y que le tomaba todo el pecho era un *diaño* que se empeñaba en que había de vivir de señora.

Su hijo le había mandado dos mil reales; todos sus ahorros, para que repusiese cuanto había gastado en su viaje, y como gracias á Dios no debía nada á nadie, partía las ganancias con una mujer que le ayudaba y le acarrea los *tojós* y á la cual había prometido dejar la parroquia cuando ella no pudiese mas.

Un día recibió don Joaquín una carta de Ricardo: había llegado por correo extranjero y por consiguiente era extraordinaria.

¿Que pasaría?

El sobre no tenía otro nombre que el suyo: luego era para él y no quería el hijo que se enterase la madre.

D. Joaquín abrió la carta temblando.

¿Qué le pasaría al muchacho? ¿Qué le pasaría?

Habana, Castillo de la Cabaña.

.....

«Mi señor D. Joaquín siempre muy querido: Tenga usted valor para leer esta carta como yo lo tengo para escribirla, y sobre todas las cosas, cuídeme á mi madre, á mi santa y queridísima madre, de la cual no he debido separarme nunca.

Me van á fusilar, D. Joaquín.....»

¡Jesús!—gritó el administrador de correos

al leer esto—¡Jesús! ¿qué habrá hecho aquél infeliz?

D. Joaquín se sentaba, se paseaba, se rasaba la cabeza, juntaba las manos elevándolas al cielo; se daba golpes en los muslos, y sobre todo sentía un temblor en todo su cuerpo que le parecía tener en las venas millones de hormigas circulando atropelladamente.

¡Virgen santísima del Rosario—dijo después de unos minutos—¡Pero quién le dice esto á Mariquina? ¡Yo no! ¡yo no se lo digo! ¡yo no la mato! Sería una crueldad; una infamia. ¡Pero señor! ¿Qué crimen cometió aquél chico; un muchacho tan bueno?

D. Joaquín hizo esfuerzos por serenar el pensamiento y los nervios y la vista; y continuó leyendo.

«Me van á fusilar don Joaquin y si no fuese por mi madre, por mi madre del alma, sentiría mas placer cuando me llevasen á fusilarme que si fuese para una romería.

Ha de saber usted que maté al capitán de mi compañía.»

¡Avermaría purísima!—exclamó don Joaquin santiguándose y levantándose otra vez y paseándose como fiera enjaulada,—¡Jesús Nazareno nos ampare y nos valga! ¿Quién había de presumir tamaña barbaridad en un muchacho como Ricardo?

¡Claro está! Si yo lo digo; yo lo digo: En cuanto salen de aquí se echan á perder; olvidan el santo temor de Dios y se los lleva Judas con las malas compañías..... Don Joaquin se volvió á calar los anteojos y continuó:

.....«Que maté al capitán y no me pesa, ni me arrepiento aunque los confesores me machacan mucho para que diga que sí; pero como no se mentir no pueden sacarme la mentira del cuerpo.

Si lo viese otra vez delante de mí otra vez lo mataría.—Mi madre; mi pobrecita madre se morirá de pena: ¡Ay señor don Joaquín! Cuanto le pido á Dios que se la lleve antes de saber la noticia!

Hace tres días estaba yo de guardia: había encargado en casa que me mandasen las cartas en cuanto llegase el cartero porque acababa de entrar el correo y mi principal que es muy bueno me mandó la de mi madre á tiempo que me tocaba de centinela.

Llegó el muchacho y sin mas ni más me la dió: yo la cojí lleno de alegría: como que es el único momento feliz que tengo desde que los dejé á ustedes: leer lo que usted y mi madre me dicen.

Ya no me paré en nada: se la arrebaté temblando de emoción y con ganas de llorar; desabroché la chaquetilla y metí la carta en el pecho, pero el capitán de mi compañía que era muy malo, vió que me daban un papel y que yo lo guardaba y vino desafortado á reñirme y á quitármelo.

Le pedí perdon y le enseñé lo que era: me arrebató la carta y callé pensando que después de enterado me la volvería, más al romper el sobre, dijo una palabra tan fea contra mi madre, tan fea y tan infame y tan mentirosa, que no sé lo que sentí; me cegué: Quería ahogarlo; necesitaba ponerle las manos encima y apretar mucho y pellizcarlo y morderlo y retorcerle el pellejo, pero como tenía el rifle terciado no se me ocurrió tirarlo al suelo y echarme sobre el hombre infame que dirigía aquel insulto á mi madre, y dando dos pasos atrás monté el gatillo, le apunté á escape y le descargué un tiro destrozándole la cabeza.

Ni así mismo estaba yo satisfecho: La bala lo había matado y me parecía que no estaba mi madre vengada por mi propia mano.

Ya sabe usted porque me fusilarán dentro de unas horas: señor don Joaquín: porque un hombre insultó á la mejor y mas santa de las mujeres que tienen hijos ¿Y por esto me matan? ¿Por qué no consentí que dijese mentiras infames de mi madre? ¿Los hombres que me juzgan no habrán tenido madre nunca? ¿Serían ellos capaces de callarse si les dijese lo que el capitán me dijo?

Me visitan coroneles y generales y mucha gente gorda: todos me tratan con cariño.

Un general que parece ser muy bueno, me abrazó: ¡si le hubieses arrancado la lengua, sin matarlo!—me dijo—no te fusilarían.

Yo estoy contento: un infame menos. Pero mi madre, mi madre: si estuviese seguro de que muriese ella antes de saber la desgracia ¡que contento moriría yo! De todas maneras mi madre no ha de vivir siempre: está muy delicada. Cuando pensaba que había de quedarme sin mi pobrecita vieja, me entraban ganas de morir también y pereza para trabajar y lo mismo me daba hacer dinero que no hacerlo. Yo lo quería todo para mi madre, faltándome esta no ambicionaba nada: por eso no me asusta mucho la muerte.

Si pudiese verla: si pudiese despedirme de ella ¿qué me importaría que me fusilasen? No tiemblo á los tiros que me van á pegar, señor don Joaquín; ¡pero me entra una desesperación tan grande cuando pienso que no la veré mas; que no la veré; que no le daré muchos abrazos, muchos besos, muchos apretones!.....

Don Joaquín tuvo que suspender aquí la carta; ahogábanle los sollozos y lloró; lloró maldiciendo á los hombres que insultan á las madres, invocando para mal su nombre y que hieren á los hijos en lo más grande, en lo más sublime que tienen: en la honra de las que les dieron el ser.

—¡Sí!—decía el noble señor—secando las lágrimas que le habían desahogado el pecho, brotando á raudales de sus ojos—yo también lo hubiese matado: lo hubiese matado: si: todo hombre bien nacido tiene obligación de defender á su madre.....

¡Bien nacido!

Aquí se detuvo el pensamiento de don Joaquín de la Torre Aznar.

El era un noble de abolengo; un vástago po-

bre de señores feudales; pero Ricardo, aquel muchachito nacido al acaso de una mujer buena, sí: muy buena, de sangre honrada, de familia intachable por su conducta pero..... ¿Quién era su padre? A quién tiraban aquellas altiveces de Caballero que le llevaban á morir por el nombre de su madre.

La casa de Pin tenía antecedentes de *fijos dalgo*: Allá de muy antiguo venia un abuelo con *Don* y ejecutoria, por proezas guerreras; pero hacía ya lo menos cuatro generaciones que la casa estaba en poder de aldeanos, aunque la verdad era, que siempre se podía contar un individuo, cuando menos en cada generación, que resultaba por altivéz y carácter despegado de los demás.

Don Joaquín pensó, pensó mucho sobre el nacimiento de Ricardo, recorriendo cuantos señorones había en el contorno por la época de su nacimiento: todo inútil; se quedó como estaba; rompiéndose la cabeza sin caer en la cuenta de quien pudo haber enjendrado aquel chiquillo que tenía las condiciones de los caballeros.

Toda vez que encontraba grande, noble y disculpable lo que había hecho Ricardo, pero aterrándose ante la idea de que María de Pin lo supiese, procuró acabar de leer la carta: necesitaba serenar el juicio y discurrir lo que había de hacer. ¿Cómo preparar á la madre y como escoger el momento para clavarle el puñal en el corazón?

¡Volvió á leer!

«Acabaré mi señor don Joaquín: acabaré: están esperando muchas personas que quieren hablarme y yo no tengo más que decirle á usted.

¡Mi madre! mi madre de mi alma: cuídemela don

Joaquín: no le diga porqué me matan, no se lo diga: que no sepa ella que le han llamado una cosa tan mala: que no lo sepa.... Lo mejor será que le diga usted que me he muerto del vómito negro y que estuve bien cuidado y bien asistido para que su pena no sea tan amarga: sí; eso es mejor: dígale que me dió el mal de aquí y que no pudieron salvarme: pero que he muerto bendiciéndola y adorándola y contento porque nos hemos de juntar en el Cielo, quizá primero de lo que nos hubiésemos juntado en este mundo.

Prepárela antes que llegue el correo nacional para que no eche de menos mi carta.....

Esta saldrá mañana cuando ya no viva yo: cuando ya me hayan matado.

Adios don Joaquín: diga á todos los vecinos que me perdonen si en algo los ofendí de muchacho y á mi maestro de la villa que también me acuerdo mucho de él en este calabozo y que me sirvieron de poco sus buenos consejos de que no me metiera con nadie: ya ve: se metió con mi madre un hombre sin dar ella motivo.

¡Y qué me digan que no hay gente perversa en el mundo!

¡Si me hubiesen llamado á mi ladrón!

¡Pero tal cosa á mi madre!

Adios, otra vez don Joaquín: Cuidemela mucho; mucho. Si se enferma no la deje sola; y cuando se muera, tampoco; hasta que la entierren acompañela; acompañela ¿sí? y también mi padrino: dígale que se lo pido yo en mi última hora: que no me dejen el cuerpo de mi madre sin compañía cuando esté muerto: el alma estará conmigo en el otro mundo: ¡cómo la llamaré don Joaquín; como la llamaré!

Hágalo todo por el amor de Dios que se lo agradecerá desde el cielo su servidor

Ricardo de Pin».

Don Joaquín sufrió un ataque de llanto angustioso y necesitó más de dos horas para poder disculparse con su criada que se volvía loca pretendiendo saber lo que le había pasado.

Pero el noble señor de la Torre Aznar se mantuvo firme; no dijo una palabra: temía que llegase á oídos de Mariquina la noticia sin precauciones de ninguna clase.

¡Pero que precauciones ni que ocho cuartos! No se lo decía, no señor, se lo callaba: de su boca no salía una palabra y estaría alerta por si alguno del pueblo mandaba á decir algo para impedir que se divulgase: no debía saberlo: escribiría él las cartas, las cerraría, les pondría un sello de Cuba, viejo, y al volcar el peaton la valija sobre la mesa haría él un enjuague metiendo la supuesta carta del hijo tan esperada por la madre.

Ella que siempre estaba presente cuando se abría la balija no tendría lugar á maliciar nada.

Y así lo hizo el bondadoso D. Joaquín. Escribía las cartas de la madre para el hijo y contestaba las del hijo á la madre.

Siempre estaba temblando á las imprudencias de tres vecinos que sabían el fusilamiento de Ricardo, aunque le habían prometido solemnemente guardar el secreto.

Pasaron algunos meses en esta situación y llegó la cuaresma. María de Pin estaba cada vez mas enferma: ya no podía ir al mercado ni hacer otra cosa que dirigir las hornadas.

D. Joaquín veía que se apagaba aquella lámpara exhausta y temblaba á que se muriese de repente sin confesión, sin absolución de sus culpas.....

De sus culpas no: de un pecado; de uno solo; del pecado de haber tenido un hijo por obra de varón desconocido y sin ceremonia de bendición eclesiástica.

Sabía D. Joaquín que sería inútil cuanto le

dijesen y calló la boca, pero, la providencia le preparó una ocasión que aprovechó gozoso.

El cura del pueblo había rogado al Obispo, que le enviase unos misioneros para que predicasen en la cuaresma, porque andaba la parroquia un tanto desmoralizada, y el Obispo accedió mandándole dos franciscanos que tenían fama de buenos oradores y con los cuales todo el mundo quería confesar.

—Vaya María—dijo una tarde D. Joaquín— gracias á Dios que vas á ponerte bien con *El*: vienen misioneros dentro de quince días: prepárate y haz confesión general: ya verás que descansada te quedas despues que la hagas.

Sí señor: sí que la haré: también yo tengo ganas: no quisiera morirme sin confesarme, pero como no venga confesor forastero, aunque me condene no la hago: téngolo jurado y por nada rompo el juramento.

Si mujer si: van á venir dos frailes.

—Entonces voy de esta vez D. Juaco: y despues mándoselo á decir á mi hijo que se ha de alegrar: él se confesaba siempre.....

—Bueno, bueno: ya se lo diremos.

Llegaron los misioneros y con ellos un alboroto para el pueblo y para todos los del contorno.

Desde las siete de la mañana hasta las once confesaban los padres sin interrupción y por riguroso turno á cuantos penitentes se les acercaban: á las doce comían; hasta las tres dormían la siesta y á las cuatro comenzaba el sermón: una tarde predicaba uno y otra tarde otro.

Solamente ocho días habían de permanecer en la aldea y la gente se atropellaba por confesar con los misioneros.

María de Pin llegó á las seis y media de una mañana, fría, muy fría, á la iglesia y se dirigió al confesionario que ocupaba el más joven de los frailes: la voz general decía que aquel era mejor confesor y que predicaba más claramente que el otro. Todavía no estaba el padre ocupando su asiento en el tribunal de la penitencia y ya no se podía llegar á él: tal aglomeración de mujeres había.

Cuando María de Pin quiso abrirse paso para avanzar un poco y ser de las primeras, se oyeron murmullos y cuchicheos que la hubiesen puesto colorada si ya no los esperase: pero tenía tal desasosiego, sentía un temblor tan grande en las piernas y una opresión en el pecho que apenas podía respirar ni tenerse en pié. Como se le advertía la dificultad en la respiración por los silbiditos que exhalaban los bronquios, todas las mujeres le abrieron paso y la que estaba más cerca de la rejilla le dijo:

—Ven Mariquina que yo te dejo el sitio para que seas la primera y acabes pronto.

Aprobaron todas y María de Pin fué á ocupar el número uno de las penitentes.

Cuanto más próxima se vió al sitio que debía ocupar el juez del alma, mayores inquietudes sintió que la invadían: estaba fría y pálida como una muerta; su piel arrugada tomaba el color de la tierra cocida, al reflejo de una lámpara que pendiente del techo alumbraba á la Virgen de los Dolores, y sus manos temblaban como si fuesen de azogue pasando las cuentas coloradas de un rosario de coco.

De vez en cuando daba vuelta al delantal para limpiarse la cara, como si sudase á chorros; y después cruzaba su mantillina de paño, rodea-

da de terciopelo, apretándola mucho contra el pecho, porque sentía frío; mucho frío, que le hacía tiritar hasta castañetear las muelas.

A las siete apareció el confesor que acababa de decir misa y de tomar chocolate en la sacristía.

Todas las mujeres se pusieron de rodillas al verle dirigirse hácia ellas.

Era un hombre alto, de regulares carnes; andaba con majestad; llevaba la capucha puesta y la cabeza inclinada hácia el suelo.

No miró á nadie, ni torció la cabeza: abrió la puerta del confesonario, se metió dentro y volvió á cerrar desapareciendo á la vista de las penitentes.

Se oyeron, un murmullo dentro y varios cuchicheos fuera.

Mariquina de Pin se disponía á descargar la conciencia después de muchos años de arrastrar su peso.

La pobre mujer daba diente con diente: apenas podía mantenerse arrodillada y cuando quiso persignarse no pudo levantar la mano hasta la altura de la frente. Hizo las tres cruces sobre la boca sin saber lo que hacía. Comenzó el yo pecador cuatro ó cinco veces: dijo lo menos diez «¡por mi culpa, por mi culpa, por mi gravísima culpa!» y esto lo vieron y lo oyeron claramente las vecinas que la rodeaban.

Por fin, sin saber si había rezado ó que había dicho, cuando movía maquinalmente los temblorosos labios, abrió los brazos y la mantilla apoyando las manos fuertemente en los costados de la rejilla: dejó caer la frente sobre la madera y esperó, esperó temblando, sintiendo que le zumbaban los oídos; oyendo los latidos del corazón,

que aceleraba por instantes sus funciones y haciendo esfuerzos sobrenaturales para mantenerse de rodillas.

Hubo un momento de silencio: las mujeres que esperaban tranquilas á que les llegase la hora, tenían fijos los ojos en aquella figura encorbada, cuyo temblor se advertía y ninguna pensaba en los pecados propios: todas tenían el pensamiento en aquel secreto, que por vez primera en tantos años iba á revelar la boca de Mariquina.

¡Oh, si pudiesen penetrarlo para darse después el gustazo de repetirlo!

La voz de la penitente murmuró algo: se oyeron monosílabos y entonces una joven que estaba cerca dijo:

—Quitémonos de aquí porque vamos á oír.

Se retiraron todas á la insinuación de la muchacha; ninguna quería cometer el pecado de escuchar y Mariquina se quedó sola, atenta al ministro de Dios que escudriñaba su conciencia.....

Habrían pasado cinco minutos y se advertía aun que la de Pin hablaba sin cesar, como si contase algo seguido, sin titubear, sin detenerse: Era el cuchicheo suyo el que se percibía continuado, sin interrupciones del padre, sin tropiezos que la detuviesen.

De pronto calló; ya nada llegaba á los oídos, pendientes de aquella confesión.

El padre debía estar hablando, pero ni un murmullo, ni un siseo siquiera, traspasaba las rejas del perdón divino.

Otros cinco minutos quizás; acaso menos: ¿quién sabe cuanto tiempo habría pasado desde que cesara la voz de Mariquina? cuando se vie-



ron caer sus dos brazos; primero el izquierdo, después el derecho y luego oscilar el cuerpo y por fin desplomarse éste como cuerpo muerto, sobre las losas carcomidas del pavimento sagrado.

Salieron gritos de todas las gargantas, se arrastraron hácia el cuerpo exánime, las mujeres que estaban más cerca, corrieron otras al milagro y como chispa eléctrica corrió el asombro por la iglesia.

El misionero salió precipitadamente y se arrodilló ante la infeliz mujer: la tocó, la pulsó, acercó el rostro á su boca y dijo con acento indefinible: ¡ha muerto!

—¡Sin absolución! ¡Condenada! exclamaron algunas.

—¡No, no!—dijo en voz muy alta el confesor—yo la había absuelto; yo la absuelvo otra vez, yo la absolveré siempre.

El entierro de María de Pin fué un acontecimiento: acudieron todos los curas del contorno acompañados de los padres misioneros.

El que había confesado á la muerta, no dejó de velarla ni un solo instante, rezando y leyendo á su lado durante las 24 horas que estuvo el cadáver insepulto.

D. Joaquín cumplió el ruego que le había hecho Ricardo y tampoco abandonó el cuerpo inanimado de aquella martir á la cual calificó de santa el franciscano.

Preguntó este por el hijo de la difunta y cuando el señor de la Torre Aznar le refirió la historia y le dijo como había muerto aquel muchacho tan bueno, tan noble y tan amantísimo hijo, rogó á D. Joaquín que fuese á buscar la carta.

La leyó; la leyó el misionero á la luz de los

blandones y á la misma luz pudieron verse dos lágrimas que desprendiéndose con trabajo de sus párpados, se estendieron por las mejillas, sin rodar, sin mostrarse límpidas, sin surcar las mejillas rasuradas y ásperas y como avergonzadas de haber brotado de un corazón empedernido á perpetuidad por atrofiamiento convencional.

Después de leer aquella despedida del pobre voluntario de Cuba, el padre misionero quedó un instante indeciso con la carta en la mano.

—Metámosela en el pecho. ¿No le parece á usted?

—Si padre: que se la lleve: es la única que no ha besado.





LA FIESTA DE ASTURIAS.

(AL MARQUÉS DE PINAR DEL RIO).

Que disponía á salir de casa para dirigirme al templo de la Merced, cuando pasaba la marcial cuarta compañía del 7º batallón de voluntarios, compuesta en su mayoría de gallardos muchachos asturianos. La música tocaba una canción que en Cuba ha pasado á ser «Himno de Covadonga,» y que trayendo á la mente mía recuerdos de la infancia, trajo también á mis ojos lágrimas de *señardá*.

Los que no hayáis oído esta palabra sabed que la *señardá* constituye la más sublime expresión de la nostalgia y de la *morriña*.

Yo no me avergüenzo diciendo que padezco ese mal incurable: incurable sí, porque mil ve-

ces he podido convencerme de que la *señardá* me consume: soy nostálgica, como otras son histéricas, ó linfáticas, ó achacosas por cualquier extravasación del organismo.

El recuerdo de Asturias, de sus cordales, de sus valles, de sus riscos, de los sotos, de los bosques de chopos, de los picachos coronados de nieve, de los ríos bordeados de vegas hermosísimas, y de las pumaradas olorosas, brotó repentinamente en el foco cerebral, y retrocedí, retrocedí tanto, que me contemplé á mi propia cuando era niña, y me oí canturrear inconscientemente la canción que tocaba la banda del séptimo.

«Romeros venid
vecinos llegad
y veréis á la virgen de Nieva
que manto que lleva
que bonita vá.»

Estos incorrectísimos versos que yo no recordaba, ni quizás hubiese recordado nunca, vinieron á mi memoria al escuchar la música, como si se hubiese descornado de pronto el velo que los ocultaba.

Llegué al templo: esperaba á los invitados una comisión de la Sociedad de Beneficencia, organizadora de la fiesta, y á la cabeza estaba su presidente el Marqués de Pinar del Río.

Al sólo nombre de Asturias, y al sólo recuerdo del *terruño*, fúndense aquí las almas asturianas, sin pasiones bastardas, sin rencores mezquinos, sin nada de lo que encoje, de lo que estrecha, de lo que empequeñece las nobles actitudes.

Acrece el entusiasmo y el espíritu se levanta cuando se ven hombres como el marqués de Pinar del Río, prócer del dinero y de las con-

sideraciones sociales; y otros asturianos ricos y felices como don Juan Bautista Alvarez, y cien más cuyos nombres sería cansado enumerar, descender desde la cumbre de su retraimiento independiente, para mezclarse en el llano con los más humildes y después subir con ellos, cogidos de las manos y engarzados por el pensamiento, las montañas sagradas de la tradición regional.

Porque en la fiesta de Covadonga únense los socios de la beneficencia y los asturianos en general, sin distinción de clases, ni de partidos, ni de aspiraciones; se mezclan gozosos y entusiasmados y se apiñan todos á los piés de la regeneradora de España, lanzando el patriótico *ixuxú* de los astures: *gloria in excelsis*, de nuestra reconquista.

Hallábase el hermoso templo de la Merced lleno de fieles y de curiosos, atraídos por la fama que gozan las fiestas de la Beneficencia Asturiana y por lo que prometieran las vísperas fastuosas que habían tenido lugar la noche antes.

Minutos después de llegar las autoridades dió comienzo una sinfonía á grande orquesta admirablemente ejecutada por cuarenta profesores.

Se cantó la misa del maestro Ankerman, llamada ya *de los asturianos*, tomando parte 25 cantantes, entre los cuales encontrábanse los distinguidos artistas del teatro de Albisu, Villareal y Buzzi y el tenor Rigalt.

Villareal cantó algunos solos encantando á los fieles con su voz pastosa y de agradable timbre, que llenaba aquel escenario de la religión católica conmoviendo las fibras más rehasias al sentimiento.

El señor Buzzi adoró á la *santina* con el

«Ave María» de Mercadante, y podemos decir que nos gustó más el tenor italiano cantando á María que cantando «La Bruja», sin que esto sea decir que nos disguste en el teatro.

Estuvo muy bien.

Como brillante engarzado en hermosa joya, estaba anunciado el sublime «Jerusalem,» principalísimo fragmento del gran oratorio «Galia,» del inmortal Gounod.

En el solemne momento del *ofertorio*, cuando la concurrencia medita y el sacerdote ofrece al Dios de los Ejércitos la consagración del pan y del vino, sonaron los primeros acordes de la gran obra y apareció delante del enrejado de la tribuna rodeado de jóvenes entusiastas que le formaban coro, el Excmo. señor don Rosendo Fernández, nuestro querido Rosendo, como siempre le hemos llamado.

Recordamos entre los coristas aficionados, á Luciano Vidal, José Montes, Aniceto Gutierrez, Enrique Madrazo, Agustin G. Castro, Alfredo Rocés, José Inclán, Manuel Menéndez, Miguel Arias, Alfonso Moreu, Francisco García, Juan Martínez, José Suárez, N. García, José Cruz, y muchos otros muchachos asturianos que no por olvidados sus nombres son menos dignos de ser mencionados.

En el momento del *tutti fortísimo*, cuando la orquesta y el coro y el órgano acompañaban á Rosendo en el grandioso empeño de elevar los espíritus cristianos á las regiones altas, donde lo impuro muere, invadió el templo una corriente de entusiasmo, que se apoderó de los cerebros, agitó los nervios y puso en contacto con los ángeles aún á los que viven condenados á demonios perpétuos.

Sin los respetos del recinto, hubiese estallado un aplauso delirante y largo, muy largo; tan largo, como grande, era el entusiasmo sagrado de los pecadores.

El profesor Stolzemberg dirigió la «Jerusalem» con *amore*; con mucho *amore* y Rosendo cantó poniendo el alma en la garganta y á la garganta arrancando sonidos envueltos en vapor de lágrimas; lágrimas caldeadas por el recuerdo de dos madres ausentes; la *madre* de Covadonga, hermosa y la viejecita idolatrada que lo espera en Luarca.

Rosendo ya no quiere cantar más que para su Virgen y para sus paisanos: sus paisanos y su Virgen le pagan con creces esa deferencia; la una colmándolo de venturas inefables en el hogar; los otros no recordando que es Excentísimo señor y llamándole siempre Rosendo á secas.

¿Qué mayor prueba de cariño intenso y verdadero pueden darle?

No se debe aspirar á mayor grado de popularidad cariñosa.

Los señores Villareal, Buzzi y otros artistas que componen la capilla bien organizada del maestro Ankerman, tomaron parte en la «Jerusalem» contribuyendo á su magnífico conjunto.

A cargo del padre Pí, de las Escuelas Pías de Guanabacoa, estaba el sermón alusivo á la fiesta.

Decir que estuvo bien no es decir nada; ya sabemos que siempre lo están los Escolapios.

Pero el orador tuvo inspiradísimos momentos y sobre todo arranques de entusiasmo tribunicio cuando recordó la gloria que debe la patria á nuestra *Santina* de Covadonga.

Asistieron el Gobernador general, su es-

posa y su ayudante; el Gobernador regional, una comisión del Ayuntamiento, presidida por el Alcalde nuestro distinguido paisano don Segundo Alvarez; una lucida comisión del gran Centro Asturiano, llevando á la cabeza al vicepresidente, presidente en funciones nuestro querido poeta Saturnino Martinez; las sociedades regionales de beneficencia, el nobilísimo instituto de voluntarios, el coro asturiano, la Directiva del partido de Unión Constitucional y sobre todo, estuvo representada la belleza, por cientos de mujeres hermosas y elegantes, engalanadas con riquísimas joyas.

Ni las conocimos á todas ni sería posible nombrarlas, pero recordamos además de la consorte de la primera autoridad, que vestía de faya blanca y capota dorada con flores lila; á la marquesa de Pinar del Rio, fastuosamente ataviada y luciendo esmeraldas hermosísimas, pero no tanto como su hija la señora de Pinillos, que le daba guardia de honor. A la muy elegante y bella señora de Corujedo se la daba su espiritual reproducción, la señora de Romero futura condesa de este nombre. La señora de Rosendo Fernández, la siempre elegantísima y distinguida Lola Monteverde y Rosa Quiñones de Diaz, dulce y hermosa compañera de Díaz Blanco, vestían con elegante lujo y componían con la marquesa de Pinar del Rio y la señora de Corujedo el cuarteto admirable de consortes de asturianos meritísimos.

Perdónenme las demás; no he conocido otras, pero si he visto que había mujeres encantadoras y preseas, *secuestrables*.

Celia del Monte de del Monte, hechicera esposa de mi amigo Antonio, asistió á la misa as-

turiana sencillamente vestida con elegante traje de piqué blanco. ¡Estaba monísima!

Entre las fieles, descollaba la condesa de Romero, escoltada por su bellísima hija Mercedes, y ostentando la severa mantilla, como diciéndonos, con harta razón: «Mirad como van á misa las españolas.»

Verdad condesa; y de desear fuera que la patriótica lección nos sirviese de ejemplo.

Terminada la fiesta hubo en la sacristía lo que en Asturias llamamos *las once*: dulces y vinos para entretener la debilidad hasta la hora de almuerzo.

Por la noche asistimos á la función profana que tuvo lugar en el Gran Teatro de Tacón á beneficio de los fondos de la sociedad de beneficencia.

Después de dos piezas muy bien cantadas por el coro asturiano, se representó el juguete de *Nolón* titulado *Don Luis* y escrito expresamente para esa noche.

Los versos de *Nolón*, son fáciles y chistosos y el juguete hizo reír cuando hablaban en bable.

De *Campanone* no decimos nada: muchas veces han sido aplaudidos los artistas de Albisu cantando esta zarzuela.

La concurrencia numerosa y distinguida. Asistieron las autoridades y todas las señoras que vimos por la mañana en la Merced.

Los condes de Mortera recién llegados de los Estados Unidos y el marqués de Apezteguía; el bien amado jefe de los constitucionales, emocionado aún por el recibimiento que ocho mil españoles asimilistas acababan de hacerle tres horas antes, asistieron también al beneficio dado por nuestra Sociedad benéfica.

El Centro Asturiano ocupaba siete palcos engalanados: ¡qué simpática, que alegre era esa nota *harmónica* para mi corazón! ¡Asturianos todos, todos!

Las dos entidades se complementan, las dos son dignas una de la otra.

El Centro tiene recreos y Quinta de salud para sus enfermos; la Beneficencia devuelve al hogar de *allá* á los pobres, á los enfermos y á las mujeres desvalidas; y socorre aquí á las criaturas que viven en la indigencia.

Ya eternamente marcharán unidas esas dos potencias asturianas de la Isla de Cuba.

¡Que suceso tan fausto para todos nosotros!

En resúmen: que la Virgen de Covadonga es la que más entusiasmo despierta en este país y que sus fiestas religiosas son las más simpáticas; fenómeno comprensible que tiene su virtud en la propia imágen que se venera.

Sin Covadonga, no habría pátria española y sin pátria española no hubiese encontrado Colón una gran mujer goda que vendiese sus joyas para descubrir un continente.

¿Y quieren que no seamos altivos y que no estemos orgullosos los asturianos?

Ingratos seríamos si no lo estuviésemos, con el lugar esplendoroso que en la Historia ocupamos; porque siendo Covadonga la cuna de nuestra nación, nadie puede disputar á los peñascos del Auseva la gloria de haber concebido el verbo de donde surgió un mundo.



FRAY PILOTO.

(A JOSE MARIA RUIZ).

SALIO el bergantín de la Coruña con viento fresco y dirección á Luarca. La tripulación se componía del patrón, un piloto buen mozo y muy simpático de cuya figura estaban prendadas las muchachas de su pueblo; cuatro marineros que trabajaban como fieras en el gobierno del buque y un *motil*, chiquillo de diez años hijo del contra-maestre; futuro marinero que comenzaba la carrera mondando patatas y guisando el rancho para sus jefes y parientes, que todos resultaban serlo dentro de aquella cáscara flotante.

Llamábase el bergantín «Luarqués» era de la matrícula de Luarca y tenía fama de velero y seguro, tan seguro y tan velero, que jamás contra-tiempo había sufrido en veinticinco años que llevaba flotando; desde el memorable día que en el

diminuto astillero de Viabelez lo botaran al agua en presencia de todos los señores del contorno; de algunos cientos de aldeanos, y á compás de repique de campanas, pimporrazos de música y estampido de voladores.

El buen mozo que mandaba el «Luarqués» era hijo segundo de una señora de noble abolengo aunque de menguada fortuna; viuda de un capitán de barco de vela que hacía viajes á Cuba, con el cual había contraído matrimonio apesar de la diferencia de clases porque ya comenzaba por entonces el cruce de sangres, gracias á los vientos democráticos que soplaban, según los aristócratas decían para disimular; pero en verdad porque los vientos no eran otros que nordestazos de holganza que agostaban las fortunas antiguas, radicadas en vínculos y privilegios mal administrados por mayorazgos sin instrucción ni carrera, ni *farrapo* de gaita. Hija de uno de aquellos nobles señores y hermana de otro era doña María de las Nieves Castrillón y Anleo, señora de virtudes austeras, religiosa hasta el fanatismo y cumplidora de sus promesas como el más chapado de sus progenitores.

Doña María había llegado á los treinticinco años sin matrimoniar: vivía con su hermano el mayorazgo y á la sombra del árbol genealógico cuyas ramas ya poco frondosas no evitaban que se achicharrase por no encontrar marido según sus condiciones y linaje.

Ocho mil reales de vellón; cuatrocientos pesos por toda dote, ofrecía D. Lino Castrillón con la mano blanca de D^a María; y esto que para pobres labradores era mucho resultaba muy poco entre la gente que nace, según gráfica expresión de los aldeanos de mi pueblo, con la taza del cho-

colate en la mano izquierda y la tostada en la derecha. Ya pensaba D^a María quedarse para peinar el rodete á Santa Rita cuando llegó el capitán Castaños á Luarca con ánimo de descansar un mes entre tanto hacían reparaciones á su fragata en el puerto de Bilbao. Algunos años había estado ausente y todo el mundo se quedó lelo viendo el porte y las maneras que había adquirido Juliancito; aquel pilotín joven y aprovechado que desde los quince años navegaba por mares extraños haciéndose hombre de dinero según podía colegirse por lo mucho que mandaba á su madre y á sus hermanas.

A los quince días de estar en Luarca ya le había correspondido D^a María de las Nieves Castrillón y Anleo, con escándalo de señoras y enemiga de artesanas que no veían con gusto el fraude que les hacía una hidalga, rebajándose á casarse con un hombre que por juro de heredad pertenecía á cualesquiera dellas.

Pero ni las habladurías ni los chismes de vecindad hicieron mella en la familia de Castrillón y prefirieron un matrimonio que pusiese á cubierto de la miseria á la nieta de señorones antes que verla anciana y desvalida rodando por casa de parientes mal humorados.

Casóse, pues, el capitán Castaños con doña María y después de una luna de miel tan corta como dulce para el rudo marino, se hizo éste de nuevo á la mar, llevándose como prenda de orgullo, la satisfacción íntima de que su nombre humilde y obscuro se mezclaba con las oraciones de una dama hermosa y llena de intransigencias así para los casos de religión como para los de honra.

Doña María lloró mucho la ausencia de su esposo y lloró sin ficciones, porque no sabía

cómo ni por qué, pero resultaba enamorada del capitán con toda la fuerza de sus treinticinco, pasados entre ayunos, abstinencias y rosarios, con el ítem de hacer calceta, bordar tules, confeccionar dulces y jugar al ajedrez por toda distracción.

Castaños era tipo diametralmente opuesto al de su mujer: franco, casi descreído, sencillito; relativamente culto, de costumbres decentes sin ser refinadas; de inteligencia mediana, con barnices variados y sabio, muy sabio y muy valeroso, según fama, cuando se lanzaba á la mar llevando bajo su custodia las vidas y los intereses encomendados á su honradez y pericia.

Por otra parte, Castaños que se mostraba brusco y mal humorado con todo el mundo era cariñoso y amantísimo para la familia. Sentía por su compañera admiración respetuosa y le parecía que con cien vidas no podría pagar la honra que le había dispensado entregándole su mano, su corazón y su sangre noble.

Un año tardó Castaños en volver á casa pero volvió loco de alegría y con más ilusiones que se había marchado.

Ya tenía un hijo: un hijo hermoso como su madre, un hijo que colmó de delicias el amor paterno.

Todo para los pedazos de su alma le parecía poco: sentía nobles ambiciones; ansias de adquirir riquezas; deseo de proporcionar á su compañera el rango que sus abuelos habían tenido y apesar de sus 38 años de edad y de sus 25 de navegación, renacían en su organismo las energías y se consideraba capaz de vencer alguno más á los desencadenados elementos con que batallaba de continuo.

Dos hijos tuvo este felicísimo matrimonio y diez años duró la dicha inalterable que disfrutaban, eclipsada únicamente por las ausencias que tanto martirizaban á Doña María, como mortificaban á Castaños.

Por fin las súplicas de ella y los deseos de él iban á tener término. Era necesario que viviesen eternamente unidos; que no se separasen jamás y que se trasladasen á Oviedo para que su hijo mayor entrase en el instituto: así se acordó y así debía hacerse. Pero Castaños quiso despedirse con un viaje redondo: Cargó vino por su cuenta, empleó la mayor parte de su fortuna en el cargamento y llevando el resto en efectivo se hizo á la mar con rumbo á Venezuela dispuesto á regresar abarrotado de Cacao con cuyas ganancias se retiraría á vivir con modestia elegante, en la capital de la provincia, ya que su buena compañera renunciaba á sueños de grandeza.

El viaje fué feliz; pero en las mismas costas de su pueblo; en el mar indómito y traidor que bañaba las peñas donde Castaños había sentido amor al Océano, pereció la fragata y perecieron con ella todas las ilusiones, todas las energías de que Julian Castaños había dado pruebas durante su carrera.

Se salvó la tripulación pero el naufragio puso entre la vida y la muerte á la fiel esposa que creyó haber perdido el amantísimo compañero de su hogar.

Cuando Castaños llegó á Luarca, el estado de doña María era gravísimo: estaba sacramentada; no conocía á nadie y durante cinco días interminables no pudo conseguir el pobre naufrago que la esposa ejemplar fijase sus pupilas

en aquellos ojos que con tanto amor la contemplaban.

La naturaleza obró por fin el milagro que el atribulado marino le pedía y las primeras frases que la santa mujer articuló después de darse cuenta de que á su lado estaba el padre de sus hijos; fueron para decirle:

—Si vuelves á navegar me muero.

—Pues vive que no navegaré.

Pero este ofrecimiento era superior á sus fuerzas:

Una vez pasado el peligro, y cuando su María del alma estaba buena, echó cuentas Castaños con dolor profundísimo sobre el estado de su fortuna. No era nada; resultaba una miseria; rebañando los restos producirían una renta escasa, tan escasa que apenas podría llegar á seis pesetas diarias.

Mas como la casa en que vivían era propia y todavía conservaba doña María un caserón grande y destartado en la aldea, y allí se cogían patatas y verduras y frutas; y se podían tener vacas y otros animales domésticos, propuso la buena señora que se vendiese la casa de la villa y que se dedicase el producto á dar carrera al hijo mayor no distraendo un real de tan sagrada obligación.

Ni razonamientos, ni luchas, ni súplicas, hicieron mella en la descendiente de los Castrillonos: si su marido se marchaba no quería vivir; á la ausencia prefería las escaseses y hasta la miseria.

Se hizo todo como quería ella que se hiciese y se trasladaron á la altiplanicie de Luarca; á una aldehuela pintoresca y miserable donde no se podía aspirar á otra cosa que á robustecer el

cuerpo y fortificar el espíritu con la contemplación de la naturaleza.

Cuando los momentos fueron oportunos se trasladó á Oviedo la familia para dejar al primogénito instalado en casa que del agrado fuese de la madre y aunque un miembro de su cuerpo parecía que le habían amputado cuando la desprendieron de su hijo, volvió D^a María relativamente tranquila á su aldea porque Julián quedaba bien y su marido no volvería á dejarla sola.

El segundo de los muchachos tenía seis años: iría á la escuela del pueblo: se haría lo que se pudiese y mal había de quererlos Dios para que su hermano no llegase á poder darle carrera cuando ejerciese la suya.

Pero Rodulfo demostraba afición decidida por el mar, con íntimas alegrías del padre y penas exhaladas de la madre.

Hablaba de ser marinero: de remar y de izar velas, torturando con estas conversaciones el corazón de D^a María á la cual no se ocultaban las satisfacciones de Castaños por las aficiones del hijo.

Julián, el mayor, era delicado, enfermizo, de imaginación soñadora y aguardaban á que terminase el bachillerato para saber si persistía en seguir la carrera de abogado.

D^a María hubiese hecho de su Rodulfo un cura, no de misa y olla, pero sí de carrera mayor con la esperanza de que llegase á príncipe de la Iglesia como un tío de su madre que había sido Cardenal Arzobispo y de los más queridos en el sacro colegio romano.

El muchacho despuntaba por lo contrario y tenía gustos tan democráticos que lo mismo

le daba escapar á la playa descalzo, con otros chiquillos parientes suyos por parte de padre, que tomar chocolate arrellenado en antiguo sillón de vaqueta, en casa del hermano mayor de su madre.

Era listo como un rayo: aprendía cuanto le enseñaban y Castaños no desperdiciaba ocasión de encontrarse á solas con él para hablarle del mar y de la brújula y de los vientos y de los astros y de cuanto relación guardaba con el pilotaje.

Lo cierto es que Rodulfo dijo un día que deseaba viajar con un primo de Castaños y que aquel día estalló el primer disgusto en casa con tanto dolor para el viejo marino que hubiese dado la vida por no contrariar á su amantísima compañera.

Pasó el nublado primero aunque amenazaron otros y otros.

Por fin durante unas vacaciones de Julián pudo éste convencer á su madre de que no debía contrariar las inclinaciones del chico.

Se le consintió, pues, embarcar á condición de prueba y de que no había de navegar en invierno y de que como su vocación no fuese decidida no estudiaría después para piloto.

Conformes con todos se hizo á la mar Rodulfo: D^a María de las Nieves pasaba la vida en sobresalto continuo pero allí estaba su marido para consolarla, para infundirle ánimo y para hablarle de la seguridad que ofrecen los barquitos de la costa durante el verano.

Castaños apesar de todo se consumía lentamente. Sin sus hijos, sin su fragata, sin su fortuna, enterrado en la aldea, rezando para no contrariar á su esposa y devorando sus nostalgias

para que ella no las advirtiese, contrajo enfermedades dimanadas de la hipocondría que lentamente iba minando su existencia.

Después de algunos veranos de navegar decidieron que Rodulfo pasase á Gijón para seguir la carrera de piloto.

Juliancito había tenido que suspender sus estudios: los médicos decían que estaba tísico y el resto de dinero que quedaba para que terminase su carrera se gastó en llevarlo á Caldas y á Panticosa y por fin á morir en la aldea rodeado de sus padres, de toda la familia y de los aldeanos que lloraban maldiciendo á la muerte que se llevaba un señorito tan bueno y que tanto sabía.

El golpe fué mortal para Castaños: la madre pudo resignarse rezando: el padre no halló consuelo para su dolor ni en la tierra ni en el cielo.

Hubiese querido salir de allí; embarcarse de nuevo aunque fuese de contramaestre en un Quechemarín, pero D^a María de las Nieves que por cualquier cosa desfallecía, entregando á la voluntad de Dios las penas que por sus decisiones le atenaceaban el alma, se convertía en hiena rabiosa cuando su marido hablaba de dejarla de nuevo.

No había medio: pero en cambio pudo vencerla Castaños de que lo mismo muere un hombre en la cama de un gabinete seguro que en la de un camarote inquieto.

Ya no sentía tan grande aversión al mar y se fué consolando de que tuviese Rodulfo la carrera del padre.

Salió el muchacho un buen estudiante y á los 16 años era piloto, pero necesitaba práctica,

serenidad, pericia y sobre todo curtirse en largas navegaciones.

Fué á la China: al Plata: á Cuba, á todas partes satisfaciendo así las ansiedades de su espíritu aventurero, pero al regreso de uno de estos viajes encontró á su madre desolada por la muerte del amante compañero que ni un solo disgusto le habría proporcionado á pesar de la diferencia de caracteres y de condiciones.

Rodulfo prometió á D^a María no salir de la Península mientras ella viviese para lo cual pidió y obtuvo el mando de un bergantín de la matrícula de Luarca sacrificando sus ambiciones y su carrera á la tranquilidad de su madre.

Este era el patrón que mandaba *El Luarqués*, éste el buen mozo que con envidia contemplaban las muchachas que lo conocían y éste el que jamás había tenido amores serios con ninguna mujer porque buscaba una que á su madre se pareciese.

Veinticinco años contaba Rodulfo cuando le vemos salir de la Coruña proa hacia Ribadeo, contento por haber encontrado carga para volver pronto á casa y contando pasar quince días en Luarca esperando flete para Bilbao, pues que así se lo tenían prometido desde antes de su salida.

El tiempo era magnífico y nada hacía presumir que una traidora galerna los estrellase sobre las rocas unas horas antes de traspasar la barra para embocar el Eo.

Inútiles fueron los esfuerzos de la tripulación para salvar el barco: cayeron rendidos aquellos hombres, sin fuerzas ya para otra cosa que no fuese encomendarse á la virgen del Carmen como protectora única de sus vidas.

De los siete tripulantes solo cinco pudieron salvarse milagrosamente en un bote que durante tres días fué juguete de las olas; dos marineros habían sido arrebatados por un golpe de mar antes que el «Luarqués» se hiciese astillas sobre las costas de Galicia.

Desde tierra habían visto estrellarse el buque sin poder prestarle auxilio porque no había marineros ni botes en aquellos parages y de haberlos habido ¿quienes querrían buscar inevitable muerte por salvar á unos náufragos desconocidos?

Desde Ribadeo habían avistado ya el bergantín y sabían que era el «Luarqués»; esperábanle aquellos días y no podía confundirse con ninguno.

Era tan esbelto, tan airoso, tan velero y estaba pintado de un blanco tan blanco y la lona de sus trapos era tan blanca también, que de no haber tenido nombre debiera llamarse «Armiño» desde que Rodolfo Castaños lo mandaba.

No cabía duda del naufragio.

¿Pero qué había sido de la tripulación?

Alguien dijo que se había visto un bote con hombres pero teníase por imposible que no se les hubiesen tragado aquellas montañas de agua que desafiaban las nubes y bajaban soberbias y volvían á subir furiosas hasta descargar su fiereza rebramante contra las inmovibles peñas de la costa.

Se cruzaron telegramas; se supo la desgracia en toda España, pero el bote no parecía con hombres ni sin ellos.

Se les contaba muertos y se perdió la esperanza de que se hubiesen salvado.

Relatar las angustias de los náufragos du-

rante tres días y tres noches que para ellos fueron tres años sería imposible; solo viéndolos, cuando pisaron los arrecifes del litoral asturiano se podía juzgar del sufrimiento que habían experimentado á bordo del botecito.

Al verse en salvo y en tierra firme cayeron de rodillas y rezaron; rezaron con devoción profunda, elevando al cielo la mirada y llorando tiernamente como si con lágrimas quisiesen demostrar á la virgen su reconocimiento.

Dedicaron algunos padrenuestros á los dos compañeros que mas desgraciados, habían succumbido víctimas del deber en el momento de aferrar una vela, y lloraron por ellos. Antes no se dieran cuenta.

Repuestos un tanto y alejados ya de todo peligro, sintieron los horrores de la sed que comenzaba á devorarlos; ninguno se acordaba de comer, pero todos dijeron á un tiempo ¿dónde habrá agua?

Siguieron un buen trecho costa adelante no sin echar una mirada al bote que dejaban entre los peñascos y después de discutir donde estarían sin lograr ponerse de acuerdo, se decidieron á buscar sitio que les ofreciese pocas dificultades para subir las altísimas peñas casi cortadas á pico que los separaban todavía del mundo habitado.

No se equivocaba mucho el que decía—debemos estar cerca de Navia—y aunque todos creían no estar lejos, no lograron ponerse de acuerdo sobre si estaban entre Navia y Tapia ó entre Navia y Vega.

Desfallecían ya, gateando más que subiendo por las peñas cuando á la mitad de la ascensión divisaron un muchacho que caminaba hacia

ellos remangado de pantalones, descalzo de pié y pierna y pegando saltos y brincos como si no corriese peligro de rodar hasta el mar ó de hacerse antes pedazos contra las protuberancias del ribazo.

Se detuvieron para esperarle, pero al ver el chicuelo aquellos hombres tomólos por bandidos y dió la vuelta tan rápidamente y echó á correr con tal precipitación que no se acordaban los naufragos de otra cosa que del peligro que corría aquella criatura huyendo tan desesperadamente.

El motil de el «Luarqués» que había sufrido todo con heroicidad de niño, avezado á las luchas con los elementos en el mar y con el hambre en tierra, hizo un esfuerzo sobre la debilidad en que se encontraba, y pensando que si daba caza al fujitivo, quizás pudiesen encontrar inmediatamente donde refugiarse, echó á correr también en seguimiento del muchacho sin que lo detuviesen los mandatos de su padre ni las exortaciones del patrón ni los gritos de los demás marineros.

—Espera chico—decía el motil saltando también de peña en peña y apretando el paso—espera que no te hacemos nada.

Pero comprendiendo que serían inútiles sus esfuerzos se decidió á decirle gritando:

—Pues ya que no quieres aguardar dime de donde eres.

—De *Lloza* contestó el muchacho gritando también pero sin volver la cabeza.

Detúvose el *motil* cuando hubo oído el nombre del pueblo y esperó que llegasen sus compañeros para decirles donde estaban.

La sorpresa y la alegría de dos de los náu-

fragos fueron grandísimas: estaban á la puerta de su casa: eran de Ortiguera y Ortiguera quedaba cerca, muy cerca: en cuanto acabasen de subir verían su querido pueblo; aquel pueblo de casitas blancas que parecían colgadas entre las peñas y ocultas como si fuesen nidos de gabiotas.

Lloraron ambos con ternura infinita; iban á estrechar á sus mujeres, á sus hijos; á sorprenderlos; á comérselos á besos, después de haber creído no volver á verlos más en este mundo.

¡Qué dulces emociones! ¡qué terror por el pasado! experimentaron entónces al saber que antes de media hora descansarían en sus pobres hogares donde quizás se lloraba por ellos y se los creía muertos.

El saber dónde se encontraban les hizo redoblar la ansiedad y por fin ascendieron hasta la llanura. Allí volvieron á caer de rodillas: volvieron á rezar, veían casas arrojando humo, distinguían pueblos y caseríos, volvieron á la vida después de haber estado tan cerca de la muerte.

—Ahora ya conozco el terreno, dijo uno de los marineros de Ortiguera: también sé donde hay una fuente; no está muy lejos: y sé un atajo para llegar antes á casa, porque ahora vamos todos á Ortiguera ¿no es verdad Rodulfo?

—Yo no voy: yo sigo para Navia; allí alquilaré un caballo que me conduzca á Luarca inmediatamente; ¿cómo estará mi pobre madre?

—Como todas—dijo el contramaestre—pero lo más probable es que no sepan nada, creerán que fuimos de arribada á cualquier puertecito que no tenga telégrafo.

—Mejor: Dios quiera que así lo crean, pero de todas maneras sigo viaje.

—Pues nosotros vamos á Ortiguera con estos: ¿quién nos pagaría el alquiler del caballo al llegar á Luarca? Tu tienes á tu madre: ya dirás allá que quedamos buenos, mañana después de descansar nos hacemos á la mar..... por la caretera.

—¿Y el agua? ¿Dónde está la fuente, Remigio?

—No está muy lejos: allí detrás de aquel vallado.

Apretaron un poco el paso y llegaron al pie de un pocito cristalino cuyo fondo peñascoso aparecía limpio sin que el manantial de donde el agua brotaba pudiese adivinarse.

Pero que el agua era de manantial no cabía duda: fresca, fina, excelente y reparadora la encontraron los sedientos náufragos: todos se arrojaron á un tiempo para echarse sobre el líquido ansiado, pero como no cabían y tenían que beber de dos en dos púsose de pié el patrón y designó los que habían de apagar la sed por turno. Primero el motil y el marinero más joven; el último él, que supo esperar sin impaciencia á que bebiesen pausadamente y todavía les recomendaba la calma para que el agua no les hiciese daño.

Cuando Rodulfo Castaños sintió el contacto del agua en sus labios, creyó morir de emoción: bebió pero bebió poco: después de haber deglutido los primeros sorbos se sentó sobre los tablonnes, esperó á que bajase una *bola* que se le había situado en la mitad del pecho y contuvo la respiración un rato para no agitar los pulmones que parecían subírsele á la garganta.

Habían ya echado sendero adelante los marineros de Ortiguera, con egoismo disculpable, pe-

ro el contramaestre que tanto quería como respetaba á Rodulfo ya porque había navegado con su padre, ya porque la madre era una señora de los Castrillones, ya porque el joven piloto se hacía querer de todo el mundo no se movió del sitio esperando á que su patrón apagara la sed.

—Te pones malo Rodulfo—dijo asustado.

—¡Cá hombre! ¿Ponerme malo ahora?

—¿Entónces qué tienes?

—La impresión del agua: no sabes que sed tan grande tenía.

—¡Y no lo decías!

—¿Para qué? ¿Para daros más sed á vosotros?

—Cuando te preguntábamos decías que no.

—Sino se quejaba tu hijo ¿querías que fuese el motil más fuerte que su patrón?

—Pero mira aquellos condenados como corren.

—Anda vete tras dellos.

—¿Y tú?

—Yo descansaré un rato aquí: al pié de la fuente y á la sombra de este vallado: beberé más agua y seguiré.

—¿Pero solo?

—¡Qué más dá!

—Sabrás el camino hasta Navia?

—¡Ya lo creo! Antes de cinco minutos salgo á la carretera.

—Me dá pena dejarte: mejor sería que vinieses á Ortiguera.

—No te molestes; me voy á mi casa sin detenerme.

—Pues hasta mañana Rodulfo, Dile á mi mujer que no se apure; que de todas maneras de

pobres no habíamos de salir. Voy á llamar á esos para que se despidan.

—Déjalos: que no vuelvan atrás, síguelos sin decir nada que nos veremos cuando vayan á Luarca.

El contramaestre y el piloto se abrazaron y el primero después de recoger su boina que había dejado en el suelo para beber el agua echóse á caminar en seguimiento de los marineros que ya le llevaban como doscientas brazas de delantera.

*
*
*

Cuando Rodulfo Castaños se vió solo, respiró como si un gran peso se le quitase de encima. Bebió de nuevo y una vez saciada la necesidad arrimó una piedra para sentarse al pié del arroyuelo formado por el agua que rebosaba del pocito.

Se descalzó tranquilamente: metió en el arroyo sus piés casi entumecidos por la debilidad y la inacción de tres días mortales en el bote y con las guijas menudas del arroyo se frotó los piés y las piernas hasta conseguir que circulase la sangre.

Con precaución fué desnudándose y repitiendo la operación en todo su cuerpo hasta lograr una reacción vivificante y como no tenía con qué secarse volvió á ponerse su camisa de franela gris y un traje de paño azul marino como si antes de vestirse hubiese envuelto su cuerpo en felpuda sábana rusa.

Una vez limpio y sintiéndose con elasticidad en los músculos, sentóse á la sombra: el fresco nordeste que corría alimentaba sus pulmones y refrescaba su cabeza haciéndole olvidar las nece-

sidades del estómago y las negruras de aquellos días pasados en lucha con la muerte.

Dirigió un recuerdo al *Luarqués* á su bergantín querido deshecho y arrojado sobre las costas gallegas pero la esperanza de abrazar á su madre; la idea de que iba á verla pocas horas después borra-ron todas las tristezas de su mente y solo pensó en presentarse á ella tranquilo y sin señales de sufrimiento alguno.

No tenía dinero: pero comería cuando llegase á Navia; y si pudiese dormir un rato mejor, con eso no adivinaría su santa madre los horrores sufridos por el hijo adorado.

Algunos minutos llevaba Rodulfo pensando ya tranquilamente cuando le invadió una pereza dulcísima, embriagadora y tan llena de emociones, que creyó ser el héroe de una aventura de amor esperando á la gacela de sus pensamientos.

Rodulfo era un hombre hermoso, muy hermoso; de figura arrogante, de cabellos castaños y barba rubia, muy espesa y rizada cuyos reflejos cuando los rayos del sol iban á herirla semejabán visiones de oro sin bruñir producidas por el color rojizo de una fragua. De color trigueño curtido por el aire del mar, de cejas negras y de pupilas verdes como limpísimas esmeraldas, resultaba el tipo de belleza masculina más acabado que humanos ojos pueden haber visto.

La camisa de franela gris con rayas azules; el traje azul marino; las botas altas y la gorra de franela azul también haciendo juego con el traje sentaban á Rodulfo mejor que al más elegante de los parisienses el correctísimo frac y el ancho *Mapharlan* de campanudas mangas.

No parecía el joven piloto un náufrago desfallecido al cuarto de hora de descanso: era el

marino en la plenitud de su vida; era el hombre de pasiones enérgicas y nobles, visto á través de los encantos que produce la soledad, á la sombra ideal de un vallado y al pié de un manantial de cristalino líquido. Rodulfo sentía cada minuto más pereza para proseguir su camino; las ideas cruzaban confusas por su cerebro y la pesadez caía sobre sus párpados comunicándose á la cabeza que á su vez se inclinaba insensiblemente contra el vallado.

De pronto se estremeció; había sentido ruido á su izquierda y volvió rápidamente la cabeza. Una mujer que llevaba una cestita en el brazo izquierdo acababa de bajar el promontorio que formaba la valla y se dirigía hacia la fuente; pero al ver un desconocido, medio recostado en aquel paraje que siempre estaba solitario, se detuvo quizás asustada, quizás ruborosa de verse sola con un hombre en sitio tan oculto. La mujer era una aldeana hermosa y exhuberante, cuya edad difícil de adivinar podía lo mismo frisar en los veinticinco que pisar los talones á los cuarenta. Era blanco su cutis, de color granate sus gruesas mejillas, rubio su cabello como la barba de Rodulfo, turgente su seno, redondas y abultadas sus caderas y flexible su cintura como copa de pino bamboleada por nordeste suave.

Vestía falda de percal color café con florecitas azules y chambrá color de rosa con pintitas negras. Se había quitado el pañuelo del cuello que llevaba pendiente del brazo derecho y le caía el de la cabeza sobre la espalda dejando al descubierto las crenchas, no muy alisadas, que remataban en sendos rodetes delatores de una cabellera espléndida.

Hubo un momento de silencio, que ninguno

de los sorprendidos se atrevía á romper, hasta que Rodulfo viendo que la recién llegada daba la vuelta sin levantar la vista del suelo, se puso de pie para detenerla diciéndole:

—No tengas miedo, soy un marinero de Luarca y me he sentado á descansar un rato porque vengo á pié desde muy lejos.

Que era marinero ya lo había visto la hermosa aldeana y sin mirarlo avanzó entonces dirigiéndose hacia el pocito sin saber qué hacer y como queriendo disculpar con la sed su presencia, pero Rodulfo conocedor del caracter de aquellas campesinas creyó prudente infundirle confianza hablándole en dialecto y mostrándose conocedor de las costumbres de aldea.

—Tendrás el ganado por ahí pastando ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿Y tú vendrás aquí á echar la siesta porque este sitio es muy apropósito?

La joven se ruborizó y dijo con voz que á Rodulfo le pareció una caja de música:

—No, señor: vengo á comer; como el agua de aquí es buena... Después coso hasta que cae el sol... el ganado no tiene qué destrozar y puede estar solo.

—¿Tienes la casa lejos entonces?

—Sí, señor; por eso vengo todo el día.

—Pues anda come; yo no te quito.

—No señor, no tengo gana.

—¿Que no tienes gana? ¿Pues no dices que venías á comer?

—Hoy venía más por beber agua.

—Pues bébela.

La aldeana dió dos pasos más y volvió á pararse.

—¿Por qué no bebes?

—No tengo con qué.

—¿No te atreves á doblarte porque estoy yo delante?

—No es por eso: es que tengo la cazuela con leche.

Al oír decir que había allí leche, al alcance de su mano, Rodulfo sintió un deseo grandísimo de tomarla pero no se atrevió á decirlo. Poco trabajo le hubiese costado contar que era náufrago, que no comía desde hacía tres días, pero ni quería impresionar á la joven tristemente ni podía conformarse con que ella se quedase sin comer porque él comiese.

Después de un segundo de vacilación dijo acercándose más á la muchacha:

—Pues si no tienes hambre y tienes sed tira la leche para beber agua con la cazuela.

—Es pecado: sería ofender á Dios cuando hay muchos pobres con hambre.

—Entonces arrodíllate y dóblate para beber.

—Así no me presta el agua.

—¿Y vas á pasar sed por tan poca cosa?

—¿Si tuviese usted gana de leche?

—Pues mira sí la tengo.

—Entonces tome usted—dijo la moza desenvolviéndose con franqueza, dejando la cesta en el suelo y sacando la cazuela de asa que estaba tapada con una servilleta.

De pronto se detuvo y exclamó:

—¡Ay!

—¿Qué te pasa?

—¿Que está migada?

—¡Bueno! me la comeré en lugar de beberla.

—Pero es con pan de maíz.

—¡Mejor—dijo Rodulfo alegrándose con to-

da su alma y saboreando de antemano una cosa que tanto le gustaba.—Tu no sabes muchacha: ¡si me muero por la leche con *boroña*!

—Será porque la come pocas veces.

—Sí muy pocas y si la boroña tiene mistura de centeno.....

—Pues mire, esta la tiene: y también traigo otro pedazo de pan misturado para la merienda ¡síéntese!

No se hizo repetir el mandato Rodolfo Castaños y volvió á sentarse arrimando la espalda al vallado mientras la moza le presentaba la cazuela y una cuchara de madera muy limpia aunque renegrida por el uso.

Ningún manjar podían haberle presentado al piloto náufrago que más de su agrado fuese, ni jamás creyó que comiendo, podía olvidarse un hombre del pasado y del porvenir, para gozar las delicias que proporciona el paladar á los glotonos.

El no lo había sido nunca: no sentía placer comiendo ni elegía manjares, aunque sintiese preferencias por algunos, ni supeditaba nada á las exigencias del estómago.

Pero en aquel momento no había más tierra ni más vida que la cazuela de leche que tenía en su mano y la mujer enviada del cielo con ella, para recompensarle las fatigas pasadas.

¡Qué placer experimentaba Rodolfo! y con que afán comía el pan de maiz reblandecido y casi desecho que pasaba de la boca al estómago suavemente, sin esfuerzo, dejando en el paladar un sabor delicioso! ¡y con qué ansiedad sorbió la última gota aplicando la cazuela á los labios y levantándola mucho para que no quedase nada en el fondo!

—¿Quiéres más?

—¿Más? ¿Dónde la tienes?

—Voy á ordeñar *la parda*: es una vaca muy mansa y se puede ordeñar sin que mame la *xata*.

—¡Te vas á molestar!

—¡Molestar! ¿Qué dice? ¿Molestarme por eso? No lo ha de conocer mi cuñada; *la parda* cría leche en dos horas y á la noche no se sabe que la ordeñaron al medio día: déjelo, verás.

Y diciendo y haciendo cogió la aldeana la cazuela, se remangó las mangas de la chamba dejando al descubierto sus brazos blancos y redondos con hoyuelos en los codos y se puso á lavar la vasija hasta dejarla limpia como una patena. Después lavó la cuchara, la refregó con arenilla pedregosa, extraída del lecho del arroyo y la dejó sobre una piedra al sol para que se secase, entre tanto ella regresaba con el líquido recién ordeñado.

*
* *

Acabado que hubo la operación echó á correr saltando como una corza y Rodolfo que había seguido embobado todos sus movimientos le dijo: ¿por qué no bebes agua antes de ocupar otra vez la cazuela?

—Ya no tengo sed—contestó la aldeana volviendo la cabeza pero sin dejar de correr.

El piloto se recostó más cómodamente y sintió la placidez precursora del sueño. Su estómago había recibido el refuerzo con tal agradecimiento que repartía por todos los músculos el bienhechor consuelo que experimentaba.

Los párpados del náufrago comenzaron á sentir peso: la mente se fijó con insistencia en aquella aldeana hermosa llena de encantos y de

vida; la vió allí á su lado, solícita, reponiendo con su propio alimento las fuerzas del caminante desconocido, y poco á poco, vagamente, conforme la conciencia del *ser* iba desvaneciéndose, más cerca la veía, más cerca, hasta rozar su cabello y tocar su cara y buscar sus labios..... sus labios que besó con avidéz sintiendo estremecimientos mayores que los que al contacto del agua había sentido.

Cuando la buena moza volvió con la cazuela de leche, sofocada y jadeante después de haber luchado para coger á *la parda*, y para que se estuviese quieta, y se dejase ordeñar, encontró al marinero dormido tranquilamete; pero advirtió cuando se aproximó á él, que respiraba agitado y como si fuese presa de una pesadilla; sin embargo su semblante no revelaba dolor: por el contrario, sonreía, entreabría los labios y dejaba ver los dientes blancos, iguales, pequeños y de un esmalte reluciente, tan reluciente que parecían dos hileras de perlas en estuche de raso color grana.

—¡Pobrecito!—pensó la aldeana caritativa— ¡estaría rendido! ¡pero qué daño se estará haciendo con esa piedra por cabecera!

¿Si pudiera meterle algún mullido?

Y poniendo el pensamiento en práctica se quitó el delantal y doblándolo con el pañuelo del cuello hizo un envoltorio que resultaba insignificante para el objeto.

—Esto es muy poco: ¿qué le pondría yo?—se dijo—si supiese que no abría los ojos me quitaba un refajo: con un refajo si que tendría buena almohada.

Sin discurrir más, avanzó la moza unos pasos, para evitar ser vista en el caso de que Ro-

dolfo se despertase, y levantando la falda desató rápidamente el refajo de encima que era de pañete rojo con tiras de terciopelo negro.

Se puso encarnada como si alguien la hubiese visto y temblaba como la hoja en el árbol: la almohada estaba hecha con el refajo y el delantal pero ¿cómo se la ponía? ¿Llamándolo? No: podía despertarse y era pecado mortal interrumpir el descanso de un caminante. ¿Levantarle la cabeza? Sí: pero tenía que tocarlo: podía sentirla.....

Jamás el corazón de aquella criatura había latido tan precipitadamente, ni con tal violencia.

Sentía una emoción extraña, muy extraña en todo su ser: y de buena gana se hubiese sentado para que su regazo sirviese de cabecera al marinero: ¡qué hermoso era! No se parecía á otros marineros que ella conocía; tenía distinto aire, cierta cosa que no podía explicarse; pero cualquiera lo tomase por un señor si no fuese el vestido.

Habíale dicho que era marinero y claro se veía.....los marineros todos se casaban con mozas de puerto de mar ¿pero qué tendría de particular que uno se casase con aldeana?

Como rayos por el espacio, cruzaban las ideas por aquel pensamiento virgen de sueños pecaminosos y después de un momento de duda se decidió por fin á ponerle la almohada que su piedad había improvisado. Se arrodilló al lado de Rodolfo, levantó con su mano derecha la cabeza, cuya boina cayó dejando al descubierto el ensortijado cabello y con la izquierda metió el rollo, bastante cómodo y mullido para producir inmediato bienestar á quien descansaba sobre un canto.

Rodulfo dió media vuelta, entreabrió los ojos y sin pensar ni darse cuenta rodeó la cintura de su bienhechora atrayéndola hacia sí; ella no tuvo conciencia de lo que hacía y oscilando su busto, inseguramente sostenido por las rodillas, cayó al lado del hombre que tanta ternura y tan dulcísimo interés le había inspirado.

Las cuatro de la tarde serían cuando Rodulfo despertó: había dormido durante las horas de más calor y la caída del sol influía en su organismo para despertarlo. Se incorporó sorprendido y sin darse cuenta de lo que por él pasaba hasta que vió cerca de sí con la cara entre las manos y mordiendo las puntas del pañuelo de la cabeza para ahogar los sollozos á la bondadosa criatura que con solicitud tan grande lo había cuidado.

Un puñal que hubiesen clavado en el corazón de Rodulfo no le hubiese producido mayor dolor que el recuerdo de lo que ocurriera, y arrastrándose lleno de conmiseración hacia la mujer desgraciada que la fatalidad había puesto en su camino, se acercó á ella diciéndole:

—No llores, que me partes el alma, no llores. Te juro que no te arrepentirás de haberme conocido, yo volveré: volveré, no lo dudes, espérame, y cuando venga á buscarte á este mismo sitio ya te diré muchas cosas, nos trataremos y ¿quién sabe? Yo no soy un mal hombre: no lo seré contigo.

—¿Pero lo volveré á ver?

—Sí, te lo juro: me volverás á ver dentro de unos quince días; antes de quince; espérame en este mismo sitio: hablaremos mucho; me contes-

tarás á todo lo que yo te pregunte; ahora no quiero saber más que cómo te llamas.

—¡María!

—Como mi madre. Bueno María, pues, no llores; yo te juro que no te olvidaré nunca, nunca ¿sabes? nunca. Ahora me marchó: quiero alquilar un caballo en Navia para llegar hoy á mi casa que está un poco más allá de Luarca: mi pobre madre estará loca creyendo que me he muerto y quiero tranquilizarla: no te quedes llorando, no quieras que yo me vaya desesperado sabiendo que hay una criatura á quien he pagado sus cuidados haciéndole verter lágrimas.

Y Rodulfo limpiaba las mejillas de María con su mismo pañuelo y la besaba y la estrechaba sobre su pecho acariciándola como si se tratase de una niña.

—¡Adiós, María! Espérame. ¿Sí? ¡Espérame! Dentro de unos días vengo á verte, después ¡Dios dirá! y Dios no dice cosas malas.

La desconsolada aldeana no se atrevía á pronunciar palabra ni á exigir nada ni á preguntar cosa alguna: hubiese querido detenerlo, le parecía que se llevaba un pedazo de su corazón, pero no tenía fuerzas para rogarle que se quedase un rato más.

Cuando Rodulfo dió los primeros pasos para alejarse de ella y como si una idea bajase del cielo en ayuda de la infeliz aldeana, dijo entre sollozos y arrojando el alma por la boca:

—¡La leche! Tome la leche antes de marcharse.

—¡No podría pasarla! Tómala tú: debes tener gana: por mi causa no has comido.

Y se alejó Rodulfo volviendo la cabeza hasta que el vallado ocultó completamente á sus

ojos la hermosa figura de María que semejaba la estatua del dolor diciéndole adios y mirando al cielo con expresión seráfica.

Cuando dejó de verlo arrojó la leche en el arroyo y se sentó, llorando desconsoladamente.

* * *

La carretera se veía desde allí y campo atravesado llegó á ella Rodolfo antes de cinco minutos. La siguió sin detenerse y á las cinco de la tarde cruzaba el puente de Navia donde le fué fácil alquilar un caballo.

Todo el mundo sabía en la villa la desgracia del «Luarqués» pero nadie de la tripulación.

Igualmente pasaba en Luarca, y en la aldea próxima, donde vivía retirada del mundo la señora doña María de las Nieves Castrillón y Anleo viuda de Castaño.

Pintar los acerbos dolores que trituraban el corazón de la madre infeliz sería imposible; los grandes dolores se sienten, pero no se describen ni pueden comunicarse ni transferirse.

Doña María llegó en los primeros momentos á olvidarse de Dios que tan cruelmente la trataba, á ella, su hija más sumisa; pero las ráfagas de impiedad duraban poco en aquella mente religiosa y fanática de tan buena ley, como de buena ley eran sus virtudes y sus propios errores.

—¡Sálvalo Señor; sálvalo y te prometo que dedicará á tu servicio el resto de su vida!

Esto decía la desgraciada madre llena de unción y de fé cristiana esperando un milagro de la divina gracia.

Cual no sería la impresión recibida por la desolada señora cuando aquella noche llamaron á la puerta y oyó la voz de su hijo que decía: ¡mamá!

Si está fuera de duda que no mata el dolor, no lo está sin embargo que deje de ser más peligrosa una emoción de dicha, en momentos en que la tierra no alberga cosa que pueda consolarnos de una pena insufrible.

El choque de la voz amada, contra los nervios auditivos, produjo en la noble señora la impresión de una corriente eléctrica en el cerebro; lanzó un grito y sin poder correr ni levantarse, ni sentir más de lo que sentía, cayó de rodillas exclamando:

—¡Será misionero Señor! Será misionero: Tuyo es tu siervo, tuyo es tu esclavo; yó su madre lo entrego, á tu voluntad infinita.

Pasadas las primeras explosiones de amor y cuando Rodolfo quería convencer á su madre de que aquello no había sido nada; ella le dijo con solemne tono y voz que parecía el eco de una sentencia bíblica.

—He ofrecido á Dios que serás su siervo, que serás misionero y que renunciaré á la dicha de tenerte á mi lado; todo por que te salvase la vida hijo mio, todo por volver á verte.

—Mamá esa promesa no puede ser válida.

—Las promesas que se hacen á Dios siempre lo son.

—Pero yó no me siento inclinado al sacerdocio.

—Mejor hijo mio; mejor, con eso será más meritorio á sus ojos tu sacrificio.

—Madre de mi alma usted no querrá que yo sienta no haber perecido en el naufragio.

—¿Que dices Rodolfo hijo mío? ¿Que estás diciendo?

—Que usted no me sacrificará.

—Yo no te sacrifico; yo te salvo; te salvo

haciendo el sacrificio de mi vida y de mi corazón.

Yo no te veré más hijo mío.

Tu serás misionero, marcharás lejos, muy lejos, á tierras tan estrañas que ni nuestra lengua hablarás, entre tanto yo me consumiré aquí sola, sola, pensando en tí y rezando por mis *difuntinos* queridos.

—¡Mamá!

—¡No se hable más! Tienes una deuda con Dios; deuda contraída por tu madre y las deudas de los padres son las primeras que deben pagar los hijos en esta vida para que no las paguen en la otra aquellos que les dieron el ser.

—¿Y si yo tuviese compromisos, madre mía?

—No hay compromiso humano que pueda anteponerse á los compromisos divinos.

No hablemos más; no me martirices haciéndome creer que no te importa mi condenación eterna.

Y no se habló más; inútiles hubiesen sido ruegos ni reflexiones; la voluntad de un Castriellón era incontrarrestable y una sentencia religiosa de doña María no encontraba apelación en tribunal profano.

A los seis años decía misa en Luarca un fraile buen mozo que antes de emprender viaje á Filipinas había querido abrazar á su anciana madre.

Sus amigos íntimos, sus compañeros de la juventud le llamaban cariñosamente *Fray Piloto* y él sonreía con expresión melancólica, recordando los felices tiempos en que arrojado y valeroso desafiaba las furias del cantábrico con su blanquísimo «Luarqués».

